

Novelas con corazón

Cuando llega la pasión

Michelle Reid

Cuando llega la pasión

Desde su primer encuentro, Jemma comprendió que en el vocabulario de Leon Stephanades no existían las palabras "para siempre". Ella no tenía experiencia, pero la pasión que compartieron fue tan poderosa que descartó sus dudas y aceptó la proposición de Leon, aunque sabía que él huía de los compromisos y que su aventura duraría hasta que Leon se cansara de ella...

Capítulo 1

EL lunes por la mañana, Josh llegó tarde a la oficina, y eso era un signo de que su fin de semana había sido terrible. Jemma sonreía molesta, mientras lidiaba con la correspondencia. ¡Debía admirar a Cassie Drake, la bella morena que había triunfado donde muchas, antes, habían fracasado. Es decir, mantenía al apuesto Josh Tanner a su lado, desde hacía tres meses!

Ese era un récord para él. Sus mujeres duraban sólo el tiempo que él tardaba en saciarse de ellas en la cama. Josh lo calificaba como una entrada al aburrimiento y era un hecho de que no podía resistirse a intentarlo con cualquier mujer atractiva que viera.

Jemma debía saberlo, pues lo había intentando en vano con ella una o dos veces. No le interesaba ninguna relación con el sexo opuesto, y menos con hombres como Josh. Bastaba con que él mirara a una mujer para ver el sexo, con S mayúscula, y nada más. Era un libertino, apuesto, presumido e irresponsable, y ella nunca se enredaría con alguien así. Jemma siempre estuvo en ese ambiente, a causa de su padre, y había presenciado lo que su hiperactivo libido le había causado a su madre. De ninguna manera caería dentro de esa trampa.

Sonrió al recordar que Josh no había desistido con facilidad. Tardó dos meses en aceptar la derrota, y otro, para dejar de mostrarse molesto. Desde entonces, habían pasado casi dos años, y ella se había convertido en su mejor amiga y confidente.

Por eso sabía lo de Cassie y lo que ésta le provocaba a Josh. Bastaba que él viera su cuerpo para que su temperatura aumentara.

— ¿Por qué ella? —le había preguntado él una vez, confuso y exasperado—. ¡Ni siquiera es mi tipo! Me gustan altas y esbeltas, con piernas largas, como las tuyas. ¡Y con el cabello largo, igual que el tuyo!

—Mi cabello no es rubio, es arenoso.

—Rubio —insistió—. Rubio dorado, como la miel —la miró

fijamente—. Hace que yo desee...

— ¡Tócame y se lo diré a Cassie!

— ¿Qué me haría ese bruja de cabello negro? —murmuró con menos pasión, y se dirigió a su oficina para cavilar.

Jemma pensó que tenía la respuesta pero se rehusó a dársela. Josh Tanner, el sensual libertino, había encontrado su Waterloo... y en manos de una mujer que no callaba lo que esperaba de él.

—Matrimonio, hijos... —le había dicho a Jemma, mientras esperaba a Josh, quien la llevaría a almorzar—. Estoy cansada de buscar —al parecer, veintisiete años eran muchos, dada la expresión en el rostro de Cassie—. Miré a mi derredor y encontré al candidato adecuado.

Ese resultó ser Josh, y eso le pareció extraño a Jemma, ya que su jefe sería el último hombre con quien una mujer desearía formar un hogar, por libertino. Decían que una se divertía con él, que era estupendo en la cama, pero definitivamente no era el indicado para convertirse en esposo.

—Conocí a Josh en una fiesta, a la cual asistí con un amigo. Me enamoré de él y debería ser ciega para no haber visto la mirada lasciva de Josh. El ambiente ardió entre nosotros y eso divirtió mucho a León. ¿Conoces a León Stephanades? —le preguntó y al ver la mirada en blanco de Jemma, agregó—: Querida, no sabes lo que te pierdes. Si me hubiera atrevido a ilusionarme con un hombre fuera de alcance, me habría dedicado a pescarlo a él en vez de a Josh. León es... especial. Muy griego. Muy rico. Y muy celoso de su libertad. Su padre ha intentado todo para que su hijo se case con una joven griega, decente y rica, que eligió para su hijo, pero León se rehusa a tomarla en cuenta. Tengo entendido que eso causó una desunión familiar —alzó sus bellas cejas y continuó—: ¿Qué oportunidad tendría una joven inglesa, no tan decente, que no tiene nada que ofrecerle, más que un cuerpo estupendo? Ninguna. De modo que decidí atrapar a Josh. León y yo seguimos siendo buenos amigos, aunque Josh tiene celos de él, porque piensa que corrimos una aventura sentimental —había dado a entender que le habría agradado lo contrario—. Pero sus celos y el hecho de que no deja de desearme, quizá sean los únicos rayos de esperanza que me permiten la relación alocada que llevamos... León dice que si pesco a Josh nos comprará un cerdito volador de treinta centímetros, de oro macizo, como regalo de boda, porque piensa que esa es la probabilidad que tengo de lograrlo. Pero sigo trabajando en eso —terminó, decidida.

Cassie debió decirle más o menos lo mismo a Josh, porque pocos días después de la conversación de ésta con Jemma, él había entrado

gruñendo a la oficina.

— ¡No me casaré con ninguna mujer! ¡Ni siquiera por un cerdo de oro macizo!

En ese momento, el teléfono comenzó a sonar. Jemma levantó el auricular y el ladrido impaciente de Josh le dio de lleno en el oído.

—Llegaré tarde. Tuve un fin de semana terrible. Acabo de despertar. Deberás estar al frente hasta que pueda llegar a la oficina...

— ¿Qué me dices de tu cita a las diez, con el ejecutivo de la Corporación Leonadis? —le recordó, y ojeó su reloj para confirmar que faltaban veinte minutos para las diez. Josh no llegaría a tiempo.

Escuchó varias palabras soeces. Por lo visto, él había olvidado esa cita. Y eso no era típico en Josh. El fin de semana debió ser tormentoso. —El más que nadie —murmuró Josh—. Es lo único que me falta hoy. Deberás encargarte de él —agregó, impaciente—. Trata de localizarlo antes que salga de su oficina. Ofrecerle mis disculpas. ¡Y si esa bruja conspiradora que he frecuentado se presenta, dile que he muerto y me fui al infierno, y que no se atreva a seguirme! — ¿Quién? —preguntó, ceñuda—. ¿Cassie? Pero Jemma le habló al aire. Josh había colgado. Ella permaneció quieta unos segundos, mientras trataba de comprender el último comentario, luego encogió los hombros y colocó el auricular en su lugar.

Sonrió para sí, al pensar que el lecho de los amantes debió tener espinas, y buscó el número telefónico de la Corporación Leonadis.

Esperaba que le contestaran y recordó que ignoraba el nombre del ejecutivo. Josh había concertado la cita el viernes.

—Odio a ese hombre, pero él busca nuevos proveedores para sus componentes de diseño y necesito el negocio —le había dicho Josh—. Supongo que deberé rendirle pleitesía.

Jemma hizo una mueca y se preguntó por qué ese hombre le disgustaba tanto a Josh. Su jefe no acostumbraba quejarse por atender bien a

los posibles, clientes. "De hecho, le agradaba hacerlo.

—Corporación Leonadis...

— ¡Ah! —Jemma parpadeó y no quiso parecer una tonta. Explicó quién era y por qué llamaba—. Tenía la esperanza de localizar al gerente general, antes que saliera de su oficina —terminó, y cruzó los dedos para que la recepcionista le diera el nombre, sin necesidad de preguntárselo.

—Gracias —esperó, pero el reloj le indicó que ya no tenía mucho tiempo—. ¡Maldición, Josh!

—Habla la secretaria del señor Stephanades. ¿Puedo ayudarla?

Stephanades, ¿dónde había oído ese nombre?

—Espero que sí —repitió las explicaciones—. El señor Stephanades tiene cita hoy con el señor Tanner, a las diez, pero el señor Tanner se retrasó. ¿Es tarde para ahorrarle un viaje inútil?

—Diría que sí, puesto que ya estoy aquí —repuso una voz grave, con marcado acento.

Sorprendida, Jemma levantó la mirada, y al ver al hombre más apuesto que hubiera visto en su vida, sintió que todo en ella se detenía.

El se apoyaba en el canto de la puerta, con las manos dentro de los bolsillos de su pantalón oscuro de seda, de modo que las solapas de la chaqueta exponían la anchura de su pecho, cubierto con una camisa blanca. Era alto y moreno, de cabello corto y levemente rizado. Su complexión era fuerte y la tez bronceada y tersa.

Jemma decidió que era perfecto. La sangre le bulló al grado de que no dudó por qué le ocurría, mientras la calidez en su estómago se lo confirmaba.

Al observarlo aceptó que se trataba de una atracción, sombría, caliente e incitadora.

El alzó las cejas por el silencio de Jemma, y ella respiró profundo para dominarse. Pero sus senos se irguieron debajo de la sedosa y blanca blusa y la mirada de él siguió el movimiento. Los pezones reaccionaron dolorosamente y Jemma se ruborizó, cohibida. Por primera vez en su vida deseó usar sostén, ya que no necesitó bajar la mirada para saber lo que él presenciaba.

— ¿Señorita Davis? —preguntó, intrigado.

—Yo... —se humedeció los labios—. No tiene importancia— murmuró, y colocó el auricular en su lugar, sin dejar de observar al hombre.

El sonrió y sus labios adquirieron una calidad de conocedor. Desde luego, Jemma sabía quién era él. Pero no pudo decir más que lo que Josh hubiera esperado de ella-.

— ¡Buenos días, señor Stephanades! —deseó saber su nombre de pila. Su corazón parecía explotar, los senos le pulsaban y sus piernas temblaban debido al impacto de ese hombre.

— ¿Nos vamos ya o necesita unos minutos más para dormirse?

— ¿Q-qué? —Parpadeó y sus azules ojos mostraron confusión—. ¿Ir-irnos a dónde?

—A mi apartamento —explicó, mientras cerraba la puerta y antes que Jemma pudiera digerir lo que significaba el primer comentario, agregó—: Debo decir que en mi vida me han hecho insinuaciones, pero nunca con tanta franqueza. ¿Me atrevo a decirlo? con una invitación tan desvalida. Me parece... encantador.

Herida, Jemma cerró los párpados, porque sintió que se ruborizaba aún más.

—Lo lamento —murmuró, haciendo un esfuerzo por dominarse—. Me sorprendió, señor... —olvidó su nombre. La secretaria de él acababa de dárselo y dada su estupidez lo olvidó al instante.

—Stephanades —le informó burlón, con crueldad—. León Stephanades, a sus órdenes ¿señorita...?

Su nombre de pila era León. Jemma debió contar hasta diez para dejar de repetir ese nombre que tenía en la punta de la lengua.

—Davis —se enderezó y levantó la barbilla para mirarlo con la mayor serenidad posible, aunque sabía que sus mejillas seguían encendidas—. Lamento que haya venido en vano, señor —"así está mejor", se dijo, y se rehusó a ver otra cosa que no fuera la punta de una oreja bien formada—. El señor Tanner se retrasó y no podrá acudir a la cita. Traté de avisarle antes de que usted saliera de su oficina, pero como podemos ver... —trató de sonreír—... fue demasiado tarde.

— ¡Qué afortunado!

¡Dios santo! Estuvo a punto de ahogarse porque la contestación volvió a incitarle los senos. Cerró los párpados y luego los abrió, al estar segura de que vería el escritorio en vez de a él.

—Permítame un momento —murmuró un poco ronca, sintiéndose una tonta—. Iré por el libro de citas del señor Tanner y concertaremos otra...

—Tengo una idea mejor—la interrumpió—. Almuerce conmigo y hablaremos de eso mientras comemos algo ligero y bebemos vino.

Jemma sintió que moría de vergüenza, porque no pasó por alto el doble sentido.

—Lo lamento —tomó las palabras en su significado literal, pero no le fue fácil porque su cuerpo reaccionaba alocadamente al sentido figurado—. Alguien debe quedarse en la oficina en ausencia del señor Tanner.

—Lástima —murmuró tan quedo, que ella se sonrojó más al ver su expresión. Parecía que también ella lo atraía—. Esta tarde volveré a Nueva York y no regresaré antes de una semana. Es mucho tiempo para dejar pendiente algo como esto...

De pronto, la puerta de la oficina se abrió y ella creyó que Josh había llegado para salvarla. Pero no fue él, sino Cassie quien estaba muy enfadada.

— ¿Dónde está ese mal nacido...? — Calló y su rostro se iluminó al ver al hombre en la oficina de Jemma—. ¡León! —gritó y se arrojó a sus brazos.

Hasta ese momento Jemma pudo atar cabos, era León el amigo de Cassie.

El abrazó a Cassie y le besó las mejillas antes de sonreírle con indulgencia.

Los celos invadieron a Jemma. Sus terminales nerviosas se contrajeron y le fue difícil respirar, al sentir la boca amarga. Josh tendría razón de estar celoso si alguna vez los vio así.

"Josh, al menos tiene motivos para estar celoso, tú no", se dijo.

¡Ni siquiera conoces al hombre!

¡Dios mío! Se desplomó en su silla, y con desesperación trató de deshacerse de lo que le ocurría. Quiso arrancarle los ojos a Cassie. Quiso alejarla de León. Arrancarle los ojos a él también.

— ¿Cómo va tu vida afectiva? —le preguntó él a Cassie.

—No tan bien como para que no acepte esto gustosa —hizo una mueca y le rodeó el cuello—. Más que gustosa...

— ¿No te trata bien Tanner? —alzó una ceja, inquisidora.

—Es un patán de primer orden —inclinó la boca y sus ojos centellaron con amargura—. ¡Lo odio!

Jemma se conmocionó por la mordacidad de la otra. León Stephanades frunció la frente.

— ¿Problemas? —le preguntó.

—Importantes —respondió de manera ominosa, y se soltó para volverse hacia Jemma—. ¿Dónde esta él? ¿Se oculta esperando que el "coco" se vaya?

Jemma se preguntó qué habría pasado ese fin de semana para que Josh y Cassie estuvieran tan furiosos.

—Está... —iba a dar la misma excusa que a Stephanades, pero el teléfono sonó. Distraída, levantó er auricular y contestó lo mismo de siempre.

— ¿Lo pescaste antes de que saliera? —el ladrido de Josh la hizo brincar y ella presionó el aparato a su oreja para que nadie oyera la voz de su jefe.

—Este, no —contestó con cautela—. ¿Puedo llamarte más tarde?

— ¿Está ahí? —él siempre captaba las insinuaciones.

—Sí.

—Maldición... —gruñó—. Será mejor que lo comuniques conmigo para que me disculpe personalmente.

—Pienso que eso no es buena idea en este momento —bajó la voz y agregó—: No estamos solos. -

No oyó la respuesta de Josh, porque Cassie brincó hacia el escritorio echando chispas por los ojos.

— ¿Es Josh? ¡Dame eso! —exigió, al tratar de quitarle el auricular

a Jemma—. Quiero decirle algunas cosas...

— ¡No quiero hablar con ella! —exclamó Josh.

— ¡Dámelo, Jemma! —insistió Cassie, enfurecida—. ¡Ya es hora que esa rata sepa algunas verdades!

— ¡Sácale de la oficina, de inmediato! —ladró Josh.

— ¡No puedo! —les contestó a los dos, y brincó para ponerse en pie y evitar que Cassie le quitara el teléfono. Josh maldijo, mientras Stephanades observaba la escena, divertido.

En ese momento Jemma lo odió. Todo el asunto era ridículo. Se sentía muy tonta por ser parte del mismo, y a León el parecía divertido.

Este captó la mirada que ardía en los ojos femeninos y mostró algo tan simple que ella quedó sin aliento, porque todo dentro de sí reaccionó alocadamente: el corazón, los pulmones, el pulso, incluso su piel, como si cada folículo de su cabello hubiera recibido un choque eléctrico que le recorrió todo el cuerpo.

Josh gruñía, Cassie gritaba, pero para Jemma nada de eso ocurría. Estaba perdida en una lucha entre sus sentidos, pero lo que más la confundió fue el hecho de que León sentía exactamente lo mismo... y no trataba de ocultarlo.

De pronto todo se derrumbó. Con la ayuda de un repentino grito de Cassie, Jemma volvió a enfocar su atención en la otra y pudo oír que decía:

— ¡Sin importar lo que yo sea, desgraciado, estoy embarazada de ti! —exclamó, y se desplomó al suelo.

Conmocionada, Jemma vio la reacción inmediata de Stephanades, quien detuvo la caída de Cassie, antes de que tocara el suelo. Luego tomó el auricular y oyó las maldiciones de Josh.

—La maldita me atrapó, Jemma —decía él, ronco—. Intentó ponerme una trampa.

—Te llamaré después, Josh —no supo qué decir y colgó el auricular.

Para cuando ella llevó un paño fresco y un vaso con agua, Cassie comenzaba a mostrar señales de vida. Stephanades la había llevado a la oficina de Josh y la había acostado en el sofá de cuero. En ese momento estaba hincado a su lado y le acariciaba una mano.

Jemma se arrodilló también y le ofreció el paño. El lo aceptó sin hablar, y con expresión sombría lo colocó sobre la frente de Cassie.

— ¡Ay, Dios, León! —murmuró Cassie, al verlo, después que abrió los ojos—. ¿Qué haré?

—Nada, hasta que te sientas mejor —respondió, calmándola—. Luego te llevaré a tu casa.

—No lo premedité —aseguró con lágrimas en los ojos.

— ¿No? —preguntó él. No dijo más, pero Jemma se entiesó por el tono que León usó. Cassie comenzó a sollozar.

Conmocionada, Jemma se puso en cuclillas y no pudo comprender que una mujer fuera capaz de atrapar a un hombre de esa manera.

—No muestre tanta sorpresa, señorita Davis —repuso Stephanades —. Las mujeres se valen de esta treta todo el tiempo. Para ellas, es lo mejor después de una propuesta genuina, sobre todo si se trata de un hombre como el señor Tanner, o de mí —agregó con cinismo.

Sintiéndose mal, Jemma se puso en pie y regresó a su oficina. Se sentía avergonzada de su sexo, y por Cassie, a quien admiraba y creía honesta.

¿Y Josh? Se sentó frente a su escritorio y se preguntó qué sentía por Josh.

Le tuvo conmiseración. Se la tuvo por primera vez en dos años, luego de presenciar cómo él se aprovechaba de las mujeres para su beneficio. Por más que mereciera algún castigo, no merecía eso.

El teléfono sonó, y durante los siguientes minutos debió prestar toda su atención al negocio. Recibió varias llamadas.

Colocó el auricular en su lugar después de la última llamada, cuando Stephanades entró a su oficina.

—Ya se calmó un poco —anunció—. La llevaré a su casa cuando haya acabado dé arreglarse.

Jemma asintió, se rehusó a mirarlo, pero la conmoción y el disgusto por lo que Cassie había hecho era patente en su expresión. El la observó un momento, cerró la puerta y se acercó al escritorio de ella.

— ¿Está usted bien?

—Se me hace difícil creer que ella lo preparó todo —confesó.

—Las mujeres son engañosas, señorita Davis —declaró con pesadez.

—Gracias —se obligó a sonreír—. Supongo que esa generalización hará que el mundo siga girando.

—Lo hace en mi esfera —respondió con cinismo.

Su esfera... ¿quién diablos se creía el hombre? ¿Se suponía que todas las mujeres eran tan inescrupulosas como Cassie?

—Bueno —se puso en pie y reunió sus mensajes telefónicos—. Trata de recordarlo cuando decida ir de cacería y haga un amplio espacio en tu... esfera.

—Eso sería una lástima —murmuró él.

Ella levantó la mirada, contraída por el ronco mensaje en la voz masculina. Sus ojos se encontraron y ella respiró entrecortado, porque

se ahogó en la promesa sombría y profunda que ardía en la mirada de él.

"No", se dijo desde el fondo de su nebulosa mente. "No permitas que esto suceda. Recuerda que Cassie llora en la siguiente habitación. Piensa en Josh, una versión del mismo molde que ese hombre. Despiadados, egoístas que engullen a las mujeres".

El extendió un brazo sobre el escritorio, y con un pulgar le tocó la boca para entreabrirle los labios. La suave piel de ella se encendió, porque la sangre comenzó a fluir, a hincharla, a llenarla con la experiencia sensual más erótica de su vida.

—Sin compromiso —murmuró tan quedo, que ella casi no lo oyó debido al rugido dentro de su propia cabeza—. Sólo con la promesa de que no recurriremos a otra persona en tanto nos frecuentemos. Cuando la relación termine, nos separamos como amigos. Y seré tu único amante y tú serás la única para mí.

Deslizó una mano debajo del cabello para curvearle la nunca, antes de inclinarse hacia ella para acercarla a través del escritorio. Remplazó el pulgar con sus labios. Su boca era fresca y firme, la de ella, candente y sensible, por lo que reaccionó contrayéndose. Jemma brincó, sorprendida, como si algo la hubiera picado.

—Piénsalo —murmuró al alejarse—. Te llamaré pronto —mientras ella parpadeaba, sumida en la ofuscación sensual en que él la había envuelto, León se enderezó y se convirtió en el normal hombre de negocios—. Ahora llevaré a Cassandra a su casa. Dile a Tanner que estaré fuera del país como una semana. Si desea hacer negocios conmigo, más le vale estar disponible a mi regreso —se volvió para regresar a la oficina de Josh, pero giró en los talones. Se puso sombrío al ver hasta qué grado la había incapacitado, pero eso fue todo; no dio otro indicio en cuanto a que acababa de proponerle a Jemma lo más audaz en su vida.

—También le dices, sin importar lo que decida respecto a Cassandra, que en calidad de su amigo, espero que la trate con respecto. Después de todo, la naturaleza de los humanos es ser falibles.

Capítulo 2

¿FALIBLES? —gruñó Josh, paseándose por la oficina como un toro furioso—. Esa maldita no es falible. ¡Es como un tanque blindado, equipado con los artefactos mortales más modernos conocidos por el hombre! Llevaba diez minutos en la oficina y había llegado poco después de que León se había llevado a Cassie.

—Me pidió que te dijera que se comunicaría contigo —le dio el mensaje, pero no le provocó el mismo efecto que Cassie había logrado. No se atrevió. De por sí, él perdió los estribos.

— ¡No quiero volver a ver a la maldita conspiradora! —espetó y se volvió hacia Jemma con la mirada cortante—. ¿Te dijo que premeditó todo?

—León Stephanades se lo sonsacó —declaró Jemma.

— ¡Qué suerte para ella que él estuviera aquí! —se burló con amargura—. Por lo que sé, quizá lo planearon juntos.

— ¿Dices que ese hombre la ayudó y encubrió para que te engañara? —se dio cuenta que habló con desprecio—. ¡Antes se cortaría el cuello!

— ¿Qué sabes de él? —la retó, burlón—. Si sé que apenas lo conociste hoy.

—No se necesita mucho para saber qué tipo de hombre es, Josh —murmuró, y se estremeció al recordar el encuentro—. Al verte también supe cómo eras.

— ¿De modo que te hizo insinuaciones? —se burló, al distraerse de su problema. Ella se ruborizó y eso fue como una respuesta—. Espero que hayas tenido la cordura de rechazarlo como a mí—. Ese tipo es de la Liga Mayor. Su juego tiene reglas diferentes de las que tenemos los demás.

— ¡Por lo que he visto, los dos son lobos de la misma carnada! —se vengó, porque se sentía incómoda de saber que en vez de rechazar a León se le arrojó a los brazos.

—Pero él es mucho más poderoso que yo —recalcó Josh.

— ¿Qué tan poderoso? —preguntó Jemma, estremecida por hablar de ese hombre.

—Tan poderoso como desee, dado que su familia está entre las veinte más ricas del mundo —contestó Josh, frustrado, pasándose los dedos por su cabello—. ¡Qué Dios ayude a la mujer que trate de valerse de la misma treta que usó Cassie! —gruñó y se desplomó sobre una silla.

—Josh... —Jemma extendió una mano para tocarle un brazo a manera de ruego—. ¡Cassie te ama, lo sé! Lo que hizo fue una

estupidez, ¡pero estoy segura que lo hizo por amor! ¿Acaso eso no importa?

— ¿El amor engaña, Jemma? —negó con la cabeza—. ¿Traiciona la confianza y conspira para atrapar? ¿Es egoísta, codicioso y despiadado?

—No lo sé —respondió, dolida por él, porque notaba el pesar que trataba de ocultar con el enfado—. No lo sé porque nunca he estado enamorada.

—Me siento traicionado —confesó.

Permanecieron un rato en silencio y Jemma sufría por Josh, aunque en parte comprendía los motivos que tuvo Cassie. La mujer no había tratado de ocultar su meta. El matrimonio e hijos. Todo. Pero lo triste del asunto era que Jemma sabía que Cassie lo habría obtenido si hubiera sido un poco más paciente. Estaba segura que Josh se desmoronaba. Pero, ¿ahora?

— ¿Qué harás? —preguntó.

—No lo sé —suspiró y se puso de pie—. Lo único que sé es que no seguiré a su lado. Está encinta y nada puedo hacer al respecto. Si desea llevar el embarazo a término, la ayudaré con dinero. Si quiere deshacerse de su hijo lo pagaré. Pero si me quiere a mí, antes de lograrlo podrá irse al infierno.

Esa noche, Jemma llegó agotada a su apartamento, dejó caer su bolso y se desplomó en la silla más cercana. Habían logrado trabajar un poco esa tarde, aunque lo hicieron en silencio, hecho que le causó una terrible jaqueca.

— ¿Tuviste un día malo? —preguntó Trina, al entrar en la habitación mordisqueando un plátano y ver la palidez en el rostro de Jemma.

—Sí —respondió.

— ¿Quieres que te anime? —Trina, "la señora Mechudo" más sensual en el negocio de la limpieza doméstica, tendía a terminar su trabajo varias horas antes que Jemma, sólo porque a la mayoría de las personas les agradaba tener el hogar aseado y sin gente, antes de las tres de la tarde. Ella dirigía su propio negocio desde el apartamento, y contaba con la ayuda de un ejército de trabajadoras que laboraban en equipo. Usaban uniformes que rivalizaban con los más elegantes de las azafatas, y se desplazaban en pequeñas camionetas, sonriendo amables. Les pagaba bien, pero Trina cobraba caro. Su lema era: "Se obtiene justo lo que se paga", y en Londres, sobre todo en las secciones adineradas, la habían aceptado desde hacía tiempo. Trina tenía una lista de espera de posibles clientes, casi tan larga como la de los que atendía. Quiso ampliar el negocio, pero la recesión del momento la

hizo desistir… igual que a su novio Frew, un contador muy inteligente. Trina era una pelirroja alta, delgada y tranquila, con ojos verdes, lengua afilada y un molesto sentido del humor.

Jemma abrió los ojos el tiempo suficiente como para observar el rostro impasible de Trina, y volvió a cerrarlos mientras movía la cabeza.

—Esta noche no, gracias —rechazó el ofrecimiento—. No estoy de humor para una de tus agradables sorpresas.

— ¡Lástima!, porque esta es mejor que las comunes —hizo un puchero—. De cualquier manera, supongo que te la daré en otra ocasión —Jemma presintió que Trina encogía los hombros, antes de salir de la sala, que también fungía como oficina:

Jemma suspiró y permaneció sentada durante unos instantes más, volvió a suspirar y se levantó.

— ¡Está bien, ganas! —le gritó a Trina—. No tolero no saberlo. ¿Cuál es la agradable…? ¡Dios mío! —se atragantó—. ¿De dónde vino eso?

Había caminado a la cocina y se quedó clavada en el umbral, mientras observaba una gran canasta llena de frutas, fuera de temporada, y flores que jamás había visto.

—Imagino que vinieron de todas partes del mundo —repuso Trina, con burla.

La canasta de caña tejida llenaba la mesita de la cocina. Tenía una asa redonda y contenía lirios; jazmines blancos de olor sensual y cabezas de hibiscos, que eran demasiado pesadas para sus propios tallos. El ramo estaba también salpicado de buganvillas rosas, moradas y lilas, y en la base se encontraban unas naranjas con tallos y hojas. No faltaban los duraznos, grandes como toronjas, las uvas verdes y negras en suculentos racimos. Higos frescos y jugosos que con sólo verlos hacían agua la boca.

Había una tarjeta. Trina la sacó del centro y burlona se la entregó a Jemma.

—Para ti, señorita —indicó observando el rostro del Jemma—. Creo que tienes un admirador pasional. La letra en el sobre también es sensual —señaló—. Trazos firmes y curvas dramáticas. ¿Quién habrá mandado esto?

Jemma no escuchaba. Temblaba mirando el sobre y temía abrirlo. Sabía quién le había enviado la canasta; una vocecita en su cabeza repetía una y otra vez su nombre. No imaginaba cómo él había averiguado su dirección, pero una parte en ella le decía que para un hombre como León no era difícil averiguarla.

¿Qué había dicho Jemma respecto a ese hombre? Que pertenecía a

una de las familias más ricas del mundo. Poderoso. Un hombre con quien no se jugaba.

¿Y Cassie? ¿Qué le había dicho ella de León? Sensual, leal, invencible. Incluso su propio padre no podía dirigirle la vida.

"¿Qué aprendiste de él, Jemma?", se preguntó, temblorosa. Es apuesto, peligroso, justo; pero seguro de sí y arrogante. Decidido, si esa canasta era una señal de decisión para lograr io deseado. Honesto, si la propuesta había sido en serio. Mortal, si podía juzgar por los sentimientos que causaba en ella. El había logrado atarla con nudos sensuales, pocos segundos después que lo vio.

Respiró profundo, y con dedos temblorosos rompió el sello del sobre y sacó la tarjeta con letras doradas en relieve.

Las palabras se le borraron de la vista, pero poco a poco se aclararon:

"La manera en que conocí a alguien destinada a convertirse en la persona más importante de mi vida, no fue correcta. Fue un día de malos olores y sabores acres. Por eso te envío esto. Frutas para endulzarte la boca, y flores de mi país para que perfumen el aire que te rodea. Manten las flores en un ambiente cálido y húmedo, para que no se marchiten y mueran antes de que pueda volver a verte. Come la fruta, disfruta los sabores sensuales de mi país y piensa en mí".

León.

Soltó el aire de sus pulmones con un tembloroso suspiro y volvió a mirar la canasta, pero su belleza se cubrió con el rostro atractivo y sensual de ese hombre.

"Dios del cielo". Jaló una silla y se sentó, y se cubrió los ojos con la tarjeta que sostenía en la mano.

— ¿Son buenas o malas noticias? —preguntó Trina, extrañada por la reacción de Jemma.

—Cuídate de los griegos que obsequian —murmuró, al ofrecerle la tarjeta a Trina.

— ¿Quién es León? —Preguntó, luego de leer las evocadoras palabras—. Nunca me lo mencionaste.

—Fue porque lo conocí hoy —explicó Jemma, y se apoyó en el respaldo, contenta de que el rostro de él hubiera desaparecido de la canasta—. Es León Stephanades. Un colega de Josh en los negocios.

— ¡Vaya! —Trina se desplomó en la otra silla.

—Veo que ya oíste hablar de él —se burló Jemma, y Trina asintió.

—Pero Jemma, él está fuera de nuestro alcance, cariño —observó preocupada el rostro de su amiga.

—Lo sé —una cómoda expresión apareció en el rostro de Jemma, que ni ella reconoció, aunque la sintió como una desolación—. Trata

de decírselo a mis sentidos —hizo una mueca a manera de auto burla —. Hoy me porté como una tonta —confesó—. El entró a la oficina de Josh y sentí que la tierra se movía a mis pies. ¡No pude dejar de mirarlo! —murmuró, acongojada—. ¡No pude pensar ni respirar! ¡Dentro de mi cabeza vi volar pájaros y flotaron nubes ante mis ojos! El sonrió y mi corazón saltó —se cubrió el rostro con las manos—. Y él debía ser ciego para no saber lo que me ocurría.

—El debió sentir algo parecido para enviarte esto —murmuró Trina, mirando la tarjeta que tenía en la mano.

— ¿Eso crees? —Preguntó con cinismo—. ¡Lo que él vio, Tri, fue un durazno maduro, listo para que lo cortaran! —Levantó un durazno de la canasta y lo agitó frente a ella—. ¿Acaso un hombre como él rechaza un bocado fácil? ¡Sin la menor duda! —se contestó—. Es un hombre grande, rudo y esbelto. ¡Es tan apuesto que te saca los ojos, tan seguro de sí, que con toda franqueza me hizo proposiciones indecorosas! —de nuevo mostraba desprecio, pero dirigido hacia León no a ella.

- — ¿Cómo lo hizo? —los ojos de Trina se abrieron por el interés.

— ¿Cómo le habla un hombre así, a una amante en potencia? —tronó Jemma—. Enumeró las reglas. Si quieres jugar en mi "liga", entonces así es como se hace... Quise abofetearle el rostro, pero sólo le permití besarme —habló, disgustada consigo—. Para cuando me soltó, yo estaba muy atontada para pensar y más aún para golpearlo.

— ¿Y cómo es que llegó al grado de enviarte algo como esto? —preguntó—. Y no me refiero a la canasta, hablo de la tarjeta. A mi me parece un fait accompli, con excepción de los olores y él ácido, por supuesto —frunció la frente, sin comprender—. El espera verte, Jemma, cuando regrese de donde haya ido. Un hombre no supone eso a menos que se lo hayas permitido.

—Este sí lo hace —gruñó—. Sobre todo cuando la joven de quien se trata no lo animó a pensar lo contrario.

— ¿Quieres decir que le permitiste salirse con la suya cuando te besó y te hizo la propuesta?

—Le hubiera permitido poseerme de haberlo querido él —repuso a secas—. ¡A ese nivel caí!

— ¡Dios mío! —exclamó Trina, sin dejar de observar a su amiga—. ¡No puedo creerlo! ¡Espera a que se lo cuente a Frew! ¡Enloquecerá! Dice que aún no ha nacido el hombre que ha de traspasar tu coraza.

— ¡Muchas gracias, Frew! —Gritó Jemma—. ¿Quién le dio el derecho de creer que me conoce tan bien?

— ¡Por Dios, Jemma! Las dos sabemos que eres tan exigente como un gusano dentro de un barril de manzanas. ¿A cuántas vírgenes de

veinticuatro años crees que conoce Frew?

—Lo que acabas de decir es horrible —Jemma saltó y dejó caer el durazno sobre le mesa.

— ¡Tus padres tienen toda la culpa! —Continuó Trina, sin darse cuenta del tormento que sufría Jemma—. De no ser porque tu padre tuvo una tórrida aventura con otra mujer, tu madre no le habría correspondido pagándole con la misma moneda. ¡Qué ejemplo te dieron! ¡Y mírate ahora! —exclamó—. Tiemblas de indignación debido a la impresión que Frew tiene de ti, aunque sabes que es la verdad. Tienes miedo de hacer rodar tu bola sensual, Jemma —declaró—, por si descubres que heredaste de tus padres más de lo que puedes manejar.

— ¿Quieres que me acueste con el siguiente hombre que entre por esa puerta, sólo para demostrarte que estás equivocada? —tronó y abrió los ojos para fijar la mirada en su mejor amiga.

—Será mejor que no sea mi Frew —le advirtió Trina—. O será tu primera y última experiencia.

— ¡Vete al infierno, Tri! —Jemma suspiró, desanimada, por el sentido del humor de su compañera de apartamento.

— ¿No te das cuenta de lo que te ocurrió hoy, Jemma? —preguntó

Trina, más seria—. Estabas tan decidida a mantener dominadas tus emociones, que cuando un hombre como León Stephanades se presentó, ya no pudiste más y las soltaste todas como vapor bajo presión. ¡Por lo mismo actuaste como una tonta frente a él!

—Gracias por el análisis —gruñó Jemma, y volvió a sentarse—. ¡Has hecho que me sienta mejor!

—No trataba de hacer que te sintieras mejor —suspiró—. Sólo quise que comprendieras por qué reaccionaste así ante él. El hombre es un dios entre los hombres. Navegaste bien mientras te condenabas con simples mortales, pero cuando un ser celestial se te presentó, tus emociones se liberaron.

—A Josh no le agradaría ser un simple mortal —recalcó Jemma.

—Josh Tanner no merece que lo compares con León —declaró Trina, con sorna.

—Díselo a Cassie —Jemma hizo una mueca y le contó lo sucedido ese día.

— ¡Ay, Dios! —murmuró Trina cuando Jemma terminó—. Ahora comprendo lo que quiso decir tu León cuando escribió acerca de malos sabores y olores. El asunto apesta y sabe mal.

—iNo es mi León! —señaló Jemma, enfadada.

— ¿No? Entonces, ¿qué harás respecto a él?

—Nada —encogió los hombros—. No le haré caso y esperaré que

se aleje.

Pero fue más fácil decirlo que hacerlo. Sobre todo porque Stephanades se rehusó a que lo ignorara. Durante la siguiente semana, Jemma recibió muchos recordatorios de la existencia y las intenciones de él.

Primero le entregaron un estuche largo, con el logotipo de un joyero muy exclusivo. Contenía una fina pulsera de oro, cuyo broche tenía una turquesa.

"Del color de tus ojos, ¿estás de acuerdo?", decía la tarjeta que la acompañaba. Jemma cerró el estuche y lo guardó, decidida a devolvérselo en la primera oportunidad que se le presentara. Al día siguiente recibió los aretes que le hacían juego. El jueves un collar, también a juego. "Póntelos para la primera noche que pasaremos juntos", decía la tarjeta.

Jemma apretó la boca, porque la enfureció pensar que él creía poder comprarla con esas joyas. Metió el collar en la gaveta de su tocador, con el mismo desprecio con que había metido la pulsera y los aretes. El viernes no recibió nada. Ningún regalo, ni nota. Trina le observó el rostro, y Jemma levantó la barbilla, desafiante, sin hablar.

Esa noche acepto la invitación que le hizo un hombre que se había mudado al apartamento de abajo. Era arquitecto y comenzaba a ambientarse en una compañía en Londres, con quien se había asociado. Era bien parecido y agradable que cuando la velada terminó, Jemma comenzó a sentirse tranquila por primera vez en una semana.

Si de por si era molesto que León la obsesionara estando despierta, trabajar con Josh fue igualmente irritante. No lo culpaba por eso, Josh tenía derecho a portarse así. Pero las constantes llamadas telefónicas de Cassie tensaron los nervios de Jemma. Y como él se negó a hablar con Cassie, ésta descargó toda su amargura en los oídos de Jemma.

Le dio gusto estar en compañía de Tom MacDonald. Como su nombre lo sugería, era escocés, y deseaba hacer amistades. Hablaron de cualquier cosa mientras cenaban en un restaurancito italiano, a poca distancia de los apartamentos. El le habló de su vida en un pueblo, cerca de Edimburgo, donde su padre, rector; y su paciente madre, habían criado a una familia de seis jóvenes bulliciosos, en el hogar del vicario, y donde él tuvo momentos en que hubiera vendido su alma a cambio de un poco de privacidad. Ella le habló de su vida como única hija que pasó su niñez preocupada por saber cuál de sus progenitores se iría primero, o si los dos lo harían al mismo tiempo. Jemma se sorprendió de haberle dicho todo eso, ya que sólo lo sabía Trina. Para cuando regresaron a casa, ella se sentía lo bastante cómoda como para aceptar otra invitación la siguiente noche.

Se sentaron frente a la puerta de él, porque vivía un piso abajo del apartamento de ella. Jemma permitió que la besara y se medio tranquilizó y medio decepcionó al no sentir que su mente se llenaba de fuegos artificiales como cuando León la besó. Entró y encontró a Trina despierta, sentada frente a Frew, quien yacía en un sofá y veía el final de una película de policías y ladrones.

—Adivina quién te llamó toda la noche —comentó Trina.

—No tengo la menor idea —Jemma sintió frío.

—El mismísimo "Macho Stephanades" —contestó Frew—. Yo contesté la última vez, y la respuesta que me dio hizo que corriera al espejo para ver si me habían cortado el cuello.

—Muy chistoso —se burló Jemma, y se volvió hacia Trina—. Espero que le hayas dicho que no insistiera.

— ¿Yo? ¿Por qué habría de decirle eso? No es mi problema, aunque... —miró a Frew—... al oír su sensual voz, me hizo pensar que sería agradable tenerlo de problema.-

—Te comería en el desayuno sin darse cuenta —se burló Frew sin morder el anzuelo.

—Si me comiera a mí... ¿qué crees que podría hacerle a Jemma?

—Disculpen si los dejo hablando de mí, me voy a dormir —intercaló Jemma—. Continúen por favor.

— ¡Ya regresó a Londres! —agregó Trina, cuando Jemma se disponía a salir. Su columna se estremeció, como si saber que él estaba en la misma cuidad fuera suficiente para que su cuerpo reaccionara—. Y no le dio gusto cuando le dije que habías salido acompañada.

— ¡Cuando contesté su última llamada, creyó que yo era tu galán y amenazó con venir a echarme de aquí! —repuso Frew.

—Espero que lo hayas aclarado —se volvió para mirar a Frew con desdén—. ¡Odiaría que él tuviera una impresión equivocada en cuanto a mis gustos!

— ¡Un momento, tigre! —le advirtió Trina—. Insultas al amor de mi vida.

— ¡Entonces, dile al amor de tu maldita vida que no meta su nariz en mis asuntos! —tronó Jemma, y se preguntó adonde se había ido la tranquilidad que había redescubierto esa noche.

El teléfono sonó y ella se entiesó como una tabla. Lo mismo sucedió con los otros dos, quienes la miraron con curiosidad.

— ¿Quieres que conteste? —ofreció Trina.

Jemma quiso decir que sí, no quería hacerlo ella.

—No —gruñó—. Yo lo haré —caminó a la cocina, y fijó la mirada en el aparato antes de contestar.

— ¿Jemma?

Ella cerró los ojos y pasó saliva, porque el sonido de su nombre en los labios de él le resecó la boca. —Sí —murmuró. —Quiero verte —anunció León, después de un significativo silencio.

—No creo…

—Ahora —la interrumpió, antes de que lo rechazara—. Iré por ti dentro de media hora.

— ¡Son las once y media! —protestó—. Yo no…

—Tocaré la bocina cuando-llegue —volvió a interrumpirla—. Te daré tres minutos para que bajes al auto o subiré. ¿Comprendes? —insistió—. No acostumbro participar en ningún tipo de juego.

La comunicación se cortó y Jemma fijó la vista en el teléfono. El tuvo las agallas de amenazarla.

Capítulo 3

LEÓN no necesitó tocar la bocina, porque Jemma lo esperaba afuera, envuelta en un abrigo azul, cuando el Mercedes plateado se detuvo. Ojeó las facciones esculpidas cuando la luz de la lámpara se las iluminó, al inclinarse dentro del coche para abrirle la puerta. El estaba furioso.

Se rehusó a mirarlo al entrar en el coche. —Cinturón de seguridad —tronó él.

Ella abrió la boca para replicar, pero la cerró cuando el coche comenzó a moverse. Se ató el cinturón, pero antes debió dejar su bolso en el suelo del vehículo.

León se detuvo en la siguiente esquina y volvió la cabeza para mirarla con frialdad. Ella le correspondió, pero eso bastó para que se estremeciera. León fue quien cortó el contacto visual hostil.

"Esto es una locura", se dijo Jemma, cuando se incorporaron al tránsito tardío que llenaba las calles de Londres. ¿Cómo podía ser tan consciente de un hombre que no conocía bien?

Quizá Trina tuvo razón y desde hacía años, ella estaba predestinada a ese tipo de caída emocional, porque se guardó de ello al rehusarse a aceptar que podía sentirse de esa manera.

No pudo ocultar un suspiro desvalido, porque él la observaba. Sintió el contacto hasta los dedos de los pies. Quiso decirle que no la mirara de esa manera, pero apretó les labios y fijó la vista al frente. León se concentró en el camino. Sin embargo, la tensión que los rodeaba aumentó y ella respiró entrecortado.

El viró en una plaza tranquila, que ella reconoció, por lo que esbozó una sonrisa. Ese nombre existía en un ambiente demasiado alto y ella no podía aspirar a él.

Bien, se dijo. Eso la ayudaría a afianzar su decisión de salirse de esa situación, antes que se tornara imposible. Ella no quería eso... no lo quería a él. No lo necesitaba ni podría manejarla.

El detuvo el coche. Desabrochó los dos cinturones y abrió la puerta de su lado. Ella lo observó salir y rodear el vehículo para ayudarla a bajar y ella titubeó.

—No cometas la equivocación de retarme, Jemma. Estoy cansado y de mal humor. Podría ser molesto.

¿Podría? Si él pensaba que el asunto era agradable, ella no quería estar a su lado cuando se tornara "molesto". Levantó su bolso y se deslizó del asiento, pero no aceptó la mano que él le ofrecía.

El cerró la puerta del coche y sin mirarla subió por los escalones que conducían a una puerta negra.

El estaba en pie dentro de un elegante vestíbulo cuando ella lo

alcanzó. La alfombra gris y las paredes de color chabacano claro, embonaban con el enmaderado de caoba.

León ojeó una bandeja de plata, en una mesita del vestíbulo, donde había un fajo de sobres cerrados. Los descartó por considerarlos sin importancia. En ese momento, Jemma comprendió que él no había estado ahí desde su regreso a Londres.

¿Dónde estuvo entonces? ¿Trabajando en su oficina? ¿Cenando en algún restaurante exclusivo, con otra mujer?

Los celos invadieron su mente. Y conmocionada por su reacción, tropezó cuando quiso salir de la casa. Pero León, fue muy rápido, y al instante estuvo a su lado para sostenerla de un brazo y volverla.

— ¿Vas a algún lado? —preguntó con voz sedosa.

—No quiero estar aquí contigo —debió luchar contra el candente contacto y sus alocados celos.

El se limitó a cerrar la puerta por encima del hombro de ella. Sin hablar, le quitó el bolso, le desabotonó el abrigo y también se lo quitó. Ella temblaba de pies a cabeza, sin oponerle resistencia.

León se volvió y caminó por el pasillo, llevándose consigo el abrigo y el bolso.

Jemma se dijo que el asunto empeoraba, en tanto que sumisa lo seguía. La última vez bastaron diez minutos a su lado para que ella no pudiera respirar ni pensar. Otros diez minutos y su presencia la atemorizó.

Ella se detuvo en el umbral de una sala verde limón y blanco, y Vio que él dejaba su abrigo sobre una silla. León estaba al otro lado de la habitación y servía una bebida dentro de una copa de fino cristal. El traje le moldeaba el musculoso cuerpo.

—Entra —murmuró él—. No estoy de humor para abalanzarme sobre ti, en caso de que eso te haga titubear como un pajarillo asustado.

Ella no se movió, tenía los ojos muy abiertos y lo miraba desvalida. El bajó las pestañas y ocultó sus ojos, mientras la observaba y encendía velas donde su mirada se posaba. Ella tenía puesto el mismo vestido azul que había usado para la cita con Tom. Le moldeaba el cuerpo hasta los esbeltos muslos. No era un vestido barato, pero tampoco era de diseñador, a los cuales de seguro él estaba acostumbrado. Con Tom ella se sintió bonita, pero ante León se sentía vulnerable y cohibida, debido al escrutinio de que era objeto.

— ¿Te vestiste así para él, esta noche?

La pregunta la sobresaltó, y sus ojos mostraron cautela, pero también le recordó el motivo por el cual estaba ahí. Jemma alzó la barbilla y apretó la boca al mirarlo.

—Sí—con desafío, agregó—: Pero eso no te incumbe.

— ¿No? —Sonreía sin diversión, y continuó en tono burlón—: Tienes mucho qué aprender, si realmente crees lo que dices.

El se volvió para levantar otra copa, antes de acercarse a ella. Jemma se mantuvo firme, pero sólo por fuera. Por dentro era presa del pánico. Temía arder si él tan sólo le ponía un dedo encima.

—Toma —le ofreció la copa—. Bebe esto.

— ¿Qué es? —observó el dorado y oscuro líquido dentro de la copa.

—La bebida nacional de Grecia. Ven —señaló con la copa—. Yo bebo lo mismo, de modo que puedes estar segura que no contiene alguna droga. Pruébalo. Se llama metaxa y es un coñac madurado, suave al paladar.

A regañadientes, ella aceptó la copa y tomó un sorbo. Lo bebió.

—Es agradable —repuso, sorprendida. .

El sonrió un momento, antes de mirarla de nuevo.

— ¿Le tienes..., cariño? ¿Deseas al hombre con quien saliste esta noche?

— ¿Cómo puedes decirlo? —Gritó, molesta por el tono de amo de él- Es la primera vez que salgo con él. Demasiado pronto para que tome una decisión como esa.

—Sin embargo, desde que nos vimos por primera vez supiste que me deseabas —recalcó.

—Lo cual no significa que debo brincar a tu cama —tronó, encogiendo los hombros, y sin poder negar lo que había sido su humillación más grande—. Desear y tener son dos cosas diferentes.

—Estoy aquí —extendió los brazos burlón, a manera de invitación. Pero no la engañó, porque el enfado seguía presente en sus ojos—. Para que me tengas. Pero quieres entretenerte con tu joven galán de sonrisa agradable y cabello café claro.

— ¿Cómo conoces el aspecto de Tom? —preguntó, conmocionada por la exacta descripción.

El tomó un sorbo de su bebida y tardó en pasársela. Jemma se sintió mareada porque la incontrolable atracción comenzaba a dominarla. Atontada, se dijo que era a causa de la mirada de él, en tanto su respiración se hacía pesada y el cuerpo le pulsaba con un ritmo desconocido, aunque excitante. Esos profundos, oscuros y bellos ojos podían mantenerla cautiva con una sola mirada.

—Thomas MacDonald —repuso él—. Veintinueve años. Hace poco lo contrataron los arquitectos Driver y Lowe —Jemma quedó boquiabierta—.Se mudó al apartamento, abajo del tuyo, el martes de la semana pasada. Lo apasiona Simply Red y no se pierde ningún

concierto. En su cuenta bancaria tiene mil cincuenta y dos libras. Se subió al mismo autobús que tú para ir al trabajo el miércoles. El jueves le pidió prestadas unas bolsitas de té a tu encantadora compañera de apartamento, Trina Beatón... —él se movió y Jemma quedó pasmada—. Es una criatura muy emprendedora, de cabello rojo y personalidad satírica. Has compartido el apartamento con ella desde que llegaste a Londres, hace cuatro años. Ella dirige un interesante negocio, llamado: "Servicio a domicilio" —sonrió divertido—. La idea se le ocurrió cuando cursaba la universidad, en un esfuerzo de ganar un poco de dinero para aunarlo a su beca. Luego la empresa creció, porque ella tuvo el valor y la previsión de imaginar su potencial. Su contador es también su amante, aunque nunca usan tu apartamento para sus "actividades íntimas", por respeto a tu... sensibilidad. El se llama Frew Landers y es inteligente. Augura un buen futuro. Su pasatiempo favorito es fastidiarte. Jemma Davis —continuó calmado, sin dejar de observar la expresión pasmada de ella—. Tus padres se murieron en un accidente automovilístico, hace cuatro años. Estudiaste dos años la carrera de secretaria, y te graduaste con mención honorífica a la edad de diecinueve. Trabajaste en tres compañías, la última es TDC, donde sigues laborando. Josh Tanner te contrató, no en especial por tus habilidades secretariales, sino porque quería llevarte a la cama. Pero, y te felicito por tu cordura, le hiciste ver su error de juicio. Desde entonces te convertiste en su mano derecha, aunque él no lo sabe. Y la vida sentimental complicada de él llegó a un estancamiento. Por cierto, ¿cómo está Cassie? —terminó.

—N-necesito sentarme —murmuró ella.

—Por supuesto —la ciñó de un brazo y la condujo a uno de los cómodos sofás, frente a la bella chimenea de caoba.

Ella se sentó con cuidado. León la observó y se sentó al lado de ella. Jemma seguía con la copa en la mano y él se la llevó á los labios.

—Lo lamento —murmuró él, al ver que ella recobraba su color—. Pero me enfadaste, de lo contrario no habría dicho nada de eso.

— ¿Porqué? —preguntó. El la había dejado anonadada.

—Te deseo —encogió los hombros, como si esas palabras explicaran todo—. Pero por necesidad debo ser muy cauteloso. El poder nos torna peligrosos, y los enemigos nunca dejan ver sus intenciones. El peligro puede llegar de diferentes maneras: adquisiciones de otras compañías hostiles, espionaje industrial...

— ¿Y sospechas que soy una Mata Hari, adiestrada para seducirte y sonsacarte todos tus poderosos secretos? —inquirió porque dentro de ella luchaban la incredulidad y el desdén.

—Simplemente una dama —sonrió sin arrepentirse—. Con un

pasado que podría afectarme.

— ¡Dios mío! ¡Eres un cerdo arrogante! —Furiosa, se puso en pie —. Pues bien, señor Stephanades, escúcheme bien. Esta dama con un pasado, también es exigente.

—Lo sé —confirmó, sonriendo de tal manera que la sacó de quicio.

— ¡Vete al infierno! —se volvió, y sus piernas temblorosas casi no pudieron sostenerla, en tanto se dirigía a la puerta.

—Virgen —agregó con crueldad—. Y orgullosa de serlo. Tus amistades te llaman "Jemma la de una sola cita", y hacen apuestas respecto a quién será el que derrita el hielo —ella se detuvo, horrorizada—. Se especula que en algún momento debiste sufrir una mala experiencia, para que no reacciones con normalidad ante los hombres. Pero yo sé lo contrario, ¿cierto?

¡Jemma cerró los ojos, asombrada de que los investigadores de él hubieran hurgado tan profundo!

—No soy un hombre promiscuo, ágape mou—le informó tranquilo —. Hace mucho que perdí interés en los días en que iba de una mujer a otra, días que conllevaban ciertos riesgos. Valoro mi buena salud y por lo mismo tengo cuidado en cuanto a con quién comparto mi cuerpo.

— ¡Dios mío! —murmuró, y se volvió para mirarlo—. ¡No creó estar oyendo esto!

—Te deseo, pero no a cualquier precio. ¿Comprendes? —Hubo un dejo de disculpa en su voz al ponerse en pie—. Debí investigarte a fondo.

— ¿Dé modo que hoy día sólo te permites vírgenes? —replicó, furiosa.

—Por lo general, en estos días me mantengo alejado de la intimidad con mujeres —confesó—. Tú eres la excepción.

— ¿Debo suponer que esperas que me sienta honrada por tu confesión?

—No, pero pensé que ganarías confianza al saber que puedo ofrecerte sin riesgos el mismo placer que el que tú me brindarías.

— ¡Vete al infierno! —su desdén quedaba un poco sombreado, por el intenso disgusto que sentía al ser tan evidente ante él, al grado de que León sabía que podía decirle todo eso—. ¡Preferiría arriesgarme con la historia sexual más dudosa de Tom, que con un tipo insensible y calculador como tú!

Jemma se volvió de nuevo y levantó su abrigo y su bolso, antes de salir de la habitación. Estaba tan enfadada que quizá en realidad se le ofrecería a Tom; al menos por vengarse de sus supuestos amigos y del hombre que había abandonado por haberse atrevido a inmiscuirse en

su vida.

Llegó a la puerta de la fachada cuando él la alcanzó, le ciñó los brazos y la hizo girar para que lo viera de frente. El abrigo voló en una dirección y su bolso en otra. Vio la furia y la amenaza de violencia en su mirada antes que la boca de él le presionara la suya y quedara sometida.

Su conmoción, enfado y desprecio, se toparon con sus alocados y hambrientos sentidos. Levantó los brazos para alejarlo, le golpeó los hombros y pecho con las manos, y se contorsionó, pero aún así le correspondió al beso. Entreabrió los labios y de manera libertina aceptó su lengua. El gimió.

— ¿Crees que permitiría que le dieras todo esto a él? —preguntó, y la alejó de sí, hasta que topó con la puerta a su espalda.

—Estuvo bien, ¿no? —lo incitó, mostrando desprecio en los ojos, a pesar de que su boca lo invitaba a seguir besándola—. ¿Lo quieres todo?

¡Lástima!, porque antes de permitir que me poseas, moriría!

— ¡Entonces, muere! —declaró, tirando de ella con una pasión similar—. ¡Yo seré el único que te tendrá!

Volvió a apoderarse de su boca, y le moldeó el cuerpo. La lucha continuó, porque los dos se valían de las mismas armas para crear chispas en el otro. Los dedos de Jemma encontraron el cabello masculino, pero no fue para alejarlo. En vez de eso, le mantuvo la boca sobre la de ella, en tanto las manos de él se curvearon en la carne de los muslos, para empujar la falda hacia arriba. Giraron y se incitaron de manera pulsante.

En un momento de cordura, Jemma imaginó como se verían y gimió, horrorizada, sin poder detener las lágrimas que se deslizaron por sus mejillas.

El las sintió, las probó con la lengua, y gimió al alejar la boca de la de ella.

— ¡Dios!, ¿qué estamos haciendo?

"Violándonos el uno al otro", se dijo Jemma, al mismo tiempo que él murmuraba algo en griego, antes de enterrar el rostro en el cabello de ella.

Tardaron un rato en calmarse y, para entonces, Jemma se sentía tan avergonzada que no sabía si podría levantar la cabeza para mirarlo. Agradeció poder ocultarse contra el pecho masculino. El la acariciaba y ninguno de los dos se movió, pero ella tomó conciencia de que debía alejarse.

León fue quien lo hizo, como si le hubiera leído el pensamiento, porque ella no tenía las fuerzas para intentarlo. El silencio fue

angustiante.

—Prepararé café —repuso él, y salió al vestíbulo.

Jemma lo observó, vacía, porque él acababa de dejarla sin emoción. Se dijo que sería mejor abrir la puerta y salir. Sabía que podría detener un taxi. En diez minutos estaría segura en su casa con la presencia burlona de Trina. Se dijo que podía terminar el asunto dando unos pasos, él no la seguiría. Igual que ella, León no querría ese tipo de pasión violenta.

No era buena, ni siquiera agradable. Era deseo y nada más.

Logró volverse, y las piernas le temblaron al dirigirse a la puerta.

— ¿Adonde vas? —preguntó él, amable, pero ella se petrificó, horrorizada.

—A casa, quiero irme a casa.

Ella no se movió estaba segura de que él tampoco lo hizo. Luego oyó que él suspiraba.

—Está bien, pero yo te llevaré.

Se acercó a ella y cuanto más se acercaba, más se estremecía Jemma. Las lágrimas le humedecieron los ojos. Era una tontería, pero cuando León la abrazó, ella sollozó tranquilizada y volvió el rostro hacia la camisa de él.

— ¡Nunca antes me sentí tan avergonzada!

—Los dos, ágape mou— murmuró, sombrío—. Pero creo que-en este momento mi vergüenza debe ser peor que la tuya. Ven, aún no estás en condiciones de irte a tu casa, además mi conciencia no permitirá que te vayas así —el tono seco la hizo sonreír y cuando levantó la cabeza, vio que él también lo hacía. -

Sus ojos se encontraron y ella volvió a ser presa de la terrible tensión, pero vio que él respiraba profundo para controlar sus sentimientos.

León suspiró, la soltó y se apoyó en la pared.

—Esto no dará resultado, ¿verdad? No queremos hablar.

—Ni siquiera te conozco —murmuró, desvalida.

—Parece que nuestros cuerpos se conocen bastante bien —entrelazó los dedos en el cabello de ella. Jemma cerró los ojos y levantó la mirada, suspirando con mucho placer por el contacto de él —. Arriba tengo una cama. Una cama cálida, cómoda y grande donde con un poco de confianza de tu parte y mucho control mío, podremos recuperar un poco de nuestro respeto.

El estómago de Jemma se contrajo y la postura de su cuerpo parecía suplicar.

—No acostumbro ser violento, Jemma. Lo que acaba de suceder fue la culminación de mi mal humor y tu reacción furiosa. Pero eso no

cambia la razón fundamental por la que estamos aquí. Nos deseamos, mejor dicho, nos necesitamos. Por favor —murmuró, ronco—. ¿Permitirás que te haga el amor con la mayor ternura que pueda?

— ¿Sin ningún compromiso? —Sus palabras salían de la boca a manera de capitulación—. ¿Ningún compromiso? ¿Ningún compromiso más que la promesa de lealtad, mientras dure nuestra relación? —repitió las palabras de él.

— ¿Quieres un compromiso más serio de mi parte? —preguntó, muy serio.

Jemma lo pensó. Pensó en el tipo de hombre que era y en el poder que tenía. Pensó en los círculos sociales que frecuentaba y en la joven griega que esperaba que él cediera a la presión familiar para casarse bien. Se estremeció.

—No —respondió—. No quiero nada más que esto de ti.

Dejó que la abrazara porque no toleró estar alejada. Sus bocas se encontraron y ella cerró los ojos para ocultar la necesidad que reflejaban sus ojos. León se alejó de la pared, la ciñó fuerte y profundizó el beso.

El enfado había desaparecido, en la capitulación de la batalla. Pero lo que lo reemplazó fue más intenso. Con el beso, él parecía absorberla dentro de sí.

El murmuró algo, aunque ella no lo escuchó, porque él gimió contra su boca al levantarla en brazos para subir por la escalera.

Dejó de besarla cuando la puso en pie, y al levantar sus párpados, Jemma notó que los ojos de él estaban llenos de pasión. La mirada la sorprendió y entreabrió la boca para protestar, pero no dijo nada porque él la calló con un movimiento de cabeza.

—Tenme confianza —le rozó los labios—. Esta no es una seducción vacía. Soy tan esclavo de esto como tú, ágape mou.

Demostró la declaración, cuando los dedos de ella se flexionaron sobre sus hombros. El se estremeció y soltó el aire en sus pulmones.

La condujo al otro lado de la habitación, entonces ella se dio cuenta de que era una alcoba grande y elegante, en tonos verde y gris tenuemente iluminados por una lámpara de mesa.

Junto a la cama él la volvió para que lo viera de frente. Ella se arreboló, y se sintió tímida y torpe porque comprendió lo que estaban haciendo.

—No —le levantó la barbilla cuando ella trató de ocultar el rostro —. La pasión te favorece, ágape mou. No me la ocultes.

El volvió a bajar la cabeza. Le besó la nariz, cada comisura de la boca, y deslizó los dedos por su cuello y hombros antes de llevarlos al cabello para despejarle el rostro. Los sentidos de Jemma se dispararon

cuando él le pasó la lengua por una oreja.

Jemma cerró los ojos y se dejó llevar por la sensualidad que convirtió sus músculos en líquido y enroscó los dedos en la carne dura de la cintura masculina.

El deslizó la lengua hacia abajo y la hizo gemir cuando llegó a la otra oreja.

Volvió a besarla, moviendo las manos por los costados del cuerpo de ella, desde un seno hasta la cadera y de regreso. Jemma se arqueó y él comenzó a bajarle el vestido. Descubrió los altos y firmes senos. Las manos de León exploraron, incitaron y luego bajaron más el vestido. Cuando cayó a sus pies…ella le rodeaba el cuello, sin cohibición, porque se regalaba con las caricias.

Se besaban con tanta profundidad, que ella casi no se dio cuenta de los movimientos rápidos con que él se despojó de la camisa. Lo sintió cuando la presionó al calor de su pecho, y para entonces, ella disfrutaba sentir los duros músculos debajo de la incitada carne que parecía satén al contacto de sus dedos. El aroma masculino era cálido, limpio e intoxicante, que la mareó al grado de suspirar y mecerse, y gemir algo que ella no comprendió, pero él sí, porque se volvió sin soltarla y la bajó a la cubrecama verde.

Fue una noche larga, bella, tierna y muy paciente, porque León la condujo por dulces senderos de placer sensual. Le enseñó lo que realmente era hacer el amor.

Ella creyó que moriría mil veces cuando el contacto se tornó más íntimo.

—Shh —la calmó cuando Jemma se endureció al rechazar algo del todo extraño para ella. El calló la protesta cuando sus dedos acariciaron el húmedo y sedoso núcleo femenino, con lo que la condujo hacia los abismos de deseo más profundos.

La pasión aumentaba y disminuía, hasta que ella creyó ahogarse en su sensualidad, pero ésta volvía a desaparecer. León la conducía con tanta habilidad, que ya nada la conmocionaba. Comenzó a inquietarse, su cuerpo pulsaba porque exigía algo más de él. —León —murmuró ella. —Dime —la besó con languidez al entreabrirle los muslos y cubrirla con el cuerpo.

No tuvo dolor, sólo una punzada que la hizo abrir los ojos y gemir.

El la observaba, apoyada en los brazos, y su expresión revelaba que controlaba la pasión. El respiraba con dificultad sobre la cara de ella, mientras esperaba que Jemma conociera el poder de la posesión, antes de hacerla suya.

Luego se convirtieron en uno, para moverse y respirar juntos. Con las bocas y los cuerpos entrelazados se dieron placer mutuo.

Ella lo sentía dentro de sí, exaltada por su fuerza y la necesidad de él, y con cada caricia se acercaban cada vez más a un momento que los dos ansiaban.

De pronto, los dos llegaron y fue como si un volcán hiciera erupción dentro de ella para arrojarla a un mundo de fuego, lava candente y pulsante.

Después, se acurrucó en brazos de León, aferrada a él como si la vida dependiera de éste. El hecho de que la abrazara con ternura le indicó que él también estaba sorprendido por lo que acababa de pasar.

Jemma se dijo que León le había proporcionado la experiencia más bella de su vida, y en ese momento no deseaba más que seguir en sus brazos mientras la saboreaba, ¿Era posible que siempre fuera tan placentero?

Capítulo 4

¿TE mudarás a su casa? —preguntó Trina. Era domingo por la noche y Jemma tenía media hora de haber regresado. Embelesada, Jemma se dijo que lo que había ocurrido quedaría guardado en sus recuerdos como las cuarenta y ocho horas más preciadas de su vida. Tal como lo había prometido, León había hecho que la primera vez para ella fuera bella. Sus cuidados y paciencia más su sensualidad, la habían dejado pasmada y atontada.

Se dijo que la segunda y tercera vez fueron igualmente maravillosas. De hecho, estuvieron tan afinados que no podían verse sin sentir que la pasión renacía.

—No —le contestó a Trina, e hizo una mueca al recordar una de las tantas disputas que tuvieron durante el fin de semana. El así lo quiere, pero decidí quedarme aquí. Me pondré menos tensa. El viaja mucho, y esa casa grande y vacía me enloquecería si no tengo con quien hablar.

— ¿No tiene servidumbre?

—Ana, la mujer que le hace el aseo a diario, es la única. Si desea tener invitados, contrata al equipo necesario. Es sorprendente lo independiente que es, dada su condición social —repuso, sonriendo—. Y sus gustos son sencillos.

—Una característica griega —le había dicho León—. En el fondo, todos los griegos son sencillos. Hacemos fortuna por necesidad y porque

tenemos habilidad para hacerlo —había agregado sonriendo—: Pero vivo en un mundo que constantemente está lleno de gente. Gente que siempre exige mi atención, mis pensamientos y mi tiempo. Cuando llego casa deseo estar solo. Los sirvientes a mi derredor me arruinarían ese deseo.

—También lo haría una amante —había recalcado ella—. De modo que tengo razón al querer quedarme en mi apartamento.

El había fruncido la frente, como si hubiera querido discutir, pero cambió de opinión y le dio un beso en la coronilla de la cabeza.

—Quizás las tengas, pero no será así los fines de semana. Vendrás aquí el viernes, después del trabajo, y te quedarás hasta la noche del domingo. Te compraré ropa deliciosa, de modo que no necesitarás traer equipaje.

Eso motivó la segunda pequeña disputa, quizá no tan pequeña, se dijo Jemma, sentada en el viejo sofá.

—Nada de ropa. Y no más regalos, León —había dicho—. Me aceptarás como soy: con joyería de diez quilates, ropa del gancho. No quiero más regalos.

El fijó la mirada en el bolso de ella antes de abrirlo. Emergieron las cajas de terciopelo.

—No quiero que me compres nada —explicó ronca, porque él no habló—. Cuando lo haces me siento... —buscó las palabras que no lo ofendieran.

— ¿Vulgar? —inquirió él por ella.

—Inadecuada —lo corrió—. No puedo igualar tu generosidad, León, no tengo el dinero para ello. Cuando me compras cosas raras me siento...

—Comprada...

— ¿Quieres dejar de hablar por mí? —preguntó irritada, aunque él decía la verdad—. ¡Premeditas interpretar mal todo lo que digo!

— ¿Y tú no interpretas mal los motivos que tengo para comprarte cosas? —preguntó con desdén, que ella pensó que lo había ofendido —. ¡Dices que eso es caro! —disgustado, arrojó los estuches a un lado —. ¡No son más que baratijas que vi y compré, porque me agradaron y me hicieron pensaren ti!

— ¿De modo que elegiste bien la palabra y sí parezco vulgar? —preguntó, pasmada por la interpretación que él le dio a sus palabras.

—De ser cierto, mi querida Jemma, no estarías ahora en mi casa.

—Entonces, ¿por qué quieres comprarme ropa costosa? —lo retó —. ¿Por qué los caros, lo lamento, regalos baratos? ¡Si luego se ofende al estar con una mujer que viste ropa barata y joyería de fantasía, León, entonces quizá deberíamos terminar esto ahora!

— ¡No dije eso! —suspiró, exasperado—. ¡Ni siquiera lo di a entender! Eres muy bella, Jemma, vestida de costal o seda. ¿Por qué piensas que es malo que un hombre desee comprarte cosas bellas?

—Porque esta mujer en especial se siente más cómoda sin ellas. No puedo ofrecerte más que mi persona, y no quiero más que tu persona. ¿Tan difícil te es comprenderlo?

—Estás equivocada —suspiró, y la abrazó de tal manera que los ojos de Jemma se llenaron de lágrimas—. Me diste lo más preciado que una mujer puede darle a un hombre, ágape mou. Y si no lo mencionara, de seguro te consideraría vulgar.

—Te lo di sin esperar nada a cambio —se ruborizó, porque sabía a qué se refería él.

—Y no puedo compensártelo con mis regalos.

— ¿Quieres compensármelo? —preguntó, provocadora, y lo miró con malicia en los ojos.

—Arpía —la amonestó—. ¡Sabes que no! Pero, si he de ser justo y de acuerdo a tus reglas, debes aceptar algo de mí, a cambio.

— ¡Está bien! —Repuso a regañadientes—. ¡Aceptaré un regalo,

pero nada más —le advirtió—. ¡Algo pequeño! ¡Si el viernes que regrese encuentro un ropero lleno de ropa fina, la arrojaré por la ventana!

—Jemma…

— ¿Dime? —murmuró sonriendo, pero al regresar al presente se puso seria.

— ¿Estás segura de que haces lo correcto? —preguntó Trina.

Jemma se dijo que no, pero no podía hacer nada al respecto. Se puso en pie y se desperezó.

—No sé qué es correcto y qué no —relajó el cuerpo—. Lo deseo —declaró.

—Quieres decir que lo amas —comentó Trina.

¿Lo amaba? Jemma se puso a meditar al respecto. ¿Se había enamorado locamente de León Stephanades desde el momento en que lo vio por primera vez?

—Te conozco, Jemma, y de ninguna manera aceptarías una situación como esa, a menos que ames al hombre. Lo amas —declaró de nuevo—. Y es casi seguro que ese desgraciado lo sabe y no le importes, siempre y cuando obtenga lo que desea de ti.

—Iré a acostarme —observó Jemma, al volverse hacia la puerta—.

Buenas Noches, Til.

—Te lastimará —le advirtió su amiga, preocupada—. Es el tipo de hombres que al ver algo que se le antoja lo consigue, y al diablo con las consecuencias. A su cabeza arrogante no se le ocurriría pensar en lo que es justo para ti. Los hombres como él existen en otro ambiente que no es el de nosotras. ¡Siempre toman, Jemma!

— ¿Crees que yo no tomo lo mismo de él? —la retó.

—No es lo mismo —Trina suspiró—. Al final serás tú quien quede lastimada cuando él se aleje —repuso frustrada, al ver la decisión en el rostro de Jemma—. ¿Por qué no pudiste actuar igual que la gente normal? ¡Debiste tener un poco de experiencia antes de aceptar a un hombre como ese!

—Buenas noches, Trina —repitió Jemma, cansada, con lo que anunció que la discusión había concluido.

—Buenas noches —respondió la amiga, y cuando Jemma llegó a la puerta, gritó—: ¡Lo odio!

—No olvidaré decírselo —apuntó Jemma, sonriendo porque Trina estaba preocupada por ella,

—No necesitarás hacerlo —tronó Trina—. Yo misma se lo diré.

Y lo hizo.

Jemma volvió a ver a León el miércoles. Hasta cierto punto, a Jemma le vino bien el descanso, no sólo espiritual sino físico también.

El la llamaba a su oficina. Por lo genera!, a las tres de la tarde. El miércoles recibió un bello ramillete de flores cuyo aroma llenó la oficina.

"No es un regalo", había escrito en la tarjeta que acompañaban las flores. "Es un saludo porque no podré llamarte hoy. Además, quise recordarte que dejes la noche libre. Es mía, L".

Jemma sonrió por el sarcasmo en las palabras e hizo una mueca por su arrogancia, pero respiró el perfume de las flores, como si estuviera aspirando el aroma masculino.

— ¿Quién es L?

No había oído la llegada de Josh, y brincó la ver que él estaba inclinado detrás de ella y leía la tarjeta.

—Un admirador —respondió y guardó la tarjeta. No quería que Josh se enterara de lo de León. De por sí la situación entre ellos dos estaba tirante.

Al parecer, Cassie se ocultaba. Y Josh, por más que trataba, no sabía dónde estaba y culpaba a León.

—El hombre no es tonto —había dicho Josh con amargura, luego de pasar varias horas tratando de localizar a Cassie. ¡Y si está con él, León logró conseguirse la compañera de cama más segura de la ciudad!

— ¡Josh! —Había exclamado Jemma—. ¡Acabas de decir algo terrible!

— ¿Has visto a Cassie? —fue lo primero que le preguntó a León cuando fue por ella el miércoles.

—No —respondió, intrigado—. ¿Por qué habría de verla? ¿Aún no estás lista? —exigió impaciente, al verla vestida con una bata de toalla blanca—. Tenemos reservación para las ocho. No me gusta llegar tarde.

Tranquilizada respecto a Cassie, Jemma recordó otra preocupación, el dejarlo a solas con Trina mientras ella terminaba de arreglarse.

Para cuando se reunió con ellos el ambiente era pesado. León se encontraba junto a la ventana y Trina sentada en un sofá, tenía el rostro encendido y le lanzaba miradas que parecían dagas. Jemma los vio y se mordió el labio inferior. León era un hombre mundano a quien no se le amonestaba respecto a la. moral. No deseaba que Trina le arruinara la situación.

—Estoy lista —murmuró, nerviosa.

El se volvió para observarla de manera sombría. Jemma se había vestido de negro, con una prenda ceñida de seda que le dejaba los hombros descubiertos y que se ataba en el cuello. Era corto, de

acuerdo con la moda, y revelaba gran parte de sus largas y esbeltas piernas. Se había peinado de moño, pero tenía unos mechones sueltos que le suavizaban las facciones.

Ella sabía que lucía bien, pero ante la mirada experta, imaginó que él podría criticarla. Pero él contuvo el aliento.

El vestido no tenía espalda. Le moldeaba los senos y los lados del torso, pero aparte de eso estaba desnuda.

— ¿Quieres que te preste mi mantilla negra? —sugirió Trina, Jemma se volvió hacia ella. Comprendió que no le había hecho el ofrecimiento por bondad, sino como pulla para el hombre que miraba a Jemma. ¿Había exagerado ella? ¿Le parecería muy atrevido el vestido a él?

— ¿Crees que la necesito? —le preguntó a León, pero todos sabían que no se refería al cálido clima que tenían, a pesar de estar en abril.

—El piensa que necesitas compartir tu cama —murmuró Trina—. Pero eso no viene al...

—Calla tu lengua suelta —la interrumpió León, con indiferencia, sin mirar a Trina, y ésta encogió los hombros—. Estás bien así —le dijo a Jemma. El tono de él fue un ejemplo perfecto de lo que una voz podía decir sin valerse de las palabras indicadas.

Jemma seguía temblando cuando León abrió la puerta de la sala para que ella saliera.

—Espera un minuto —la detuvo.

Ella se volvió, y cohibida se llevó una mano al cabello porque él la observaba con detenimiento.

— ¿Qué pasa? —preguntó, preocupada.

—Ven acá y te lo mostraré —ella obedeció y León le rodeó la cintura para acercarla a su cuerpo—. Ella tiene razón —murmuró, ronco—. Quiero acostarme contigo.

El le acarició la espalda cubierta y le incitó la carne. Luego introdujo los pulgares dentro del vestido para acariciar los lados de los tersos senos. Ella se arqueó complacida, y él gimió junto a la boca de ella, antes de que se alejaran.

— ¿Te das cuenta de lo que me haces? —murmuró él.

—Sí —sonrió y le ofreció la boca para que le diera otro beso. El bajaba la cabeza cuando un ruido en la sala los hizo alejarse.

— ¡Ah!, la bruja malvada está por aparecer —se burló él.

—No es una bruja —protestó ella—. Y no es malvada. Sólo se preocupa por mí.

—La admiro por eso —León la sorprendió con esas palabras, en tanto la conducía a la puerta del apartamento—. Pero no cambia el hecho de que tiene una mente sucia y una lengua de víbora.

— ¿Te molesta que ella no se muerda la lengua al decirte lo que piensa? —preguntó Jemma, al llegar al descanso superior de la escalera.

— ¿Molestarme? —arqueó una ceja.—. Por supuesto que no. Ella cree que cuida tus intereses —subió una mano a la nuca de Jemma y se la acarició—. Por eso le permitiré que me amoneste cuando quiera, siempre y cuando no logre convencerte de que lo que ella cree es verdad.

Inclinó la cabeza para darle un beso en la nariz y sonrió. Olvidaron a Trina y todo lo demás, en tanto él se dedicaba a divertirla durante la cena.

El la regresó al apartamento cuando terminaron.

El cuerpo de Jemma se enfrío cuando comprendió que León no había tomado el largo camino hacia la casa de él.

"¿Qué pasa?", se preguntó pesarosa. "Gracias por todo, Jemma, pero decidí que no eres realmente lo que deseo en mi vida".

Para cuando él detuvo el coche, ella parecía una estatua. No podía creerlo, no comprendía, ya que él se había mostrado muy tierno durante toda la velada. No dejó de observarla, se concentró sólo en Jemma de manera tan intensa, que ella se ilusionó imaginando lo que vendría después.

León desabrochó los dos cinturones de seguridad, se volvió y la estremeció al rodear su nuca de nuevo.

—Gracias por una velada tan encantadora.

— ¿No me deseas esta noche? —preguntó, mirándolo dolorida:

— ¿Desearte...? —repitió, ceñudo. De pronto, comprendió y suspiró—. No estoy casado, Jemma, con una esposa y dos y medio hijos en casa para que me proporcionen la compañía que necesito.

— ¿Nunca dije que lo estuvieras? —protestó.

—Sin embargo, ¿esperabas que te tratara como lo haría un hombre casado con su amante? ¿Verte, estar contigo, sólo cuando necesito satisfacerme?

Jemma quedó confusa. Creyó que esa era la situación.

— ¡Se supone que llevamos una buena relación! —Tronó impaciente, luego de apoyarse en el respaldo del asiento—. ¡No es una conveniencia!

—Lo lamento —murmuró, sintiéndose muy tonta por haber interpretado tan mal la situación.

— ¡Me insultas!—exclamó, molesto.

— ¿Cómo iba a saber el manejo de estas relaciones? ¡Recuerda que para mí es la primera vez! Quizá deberías anotar las reglas para que no vuelva a insultar tus sensibilidades.

Irritada, se volvió para buscar la manija de la puerta, porque quiso alejarse de León lo antes posible.

— ¡Regresa! —gruñó, al tomarla de un brazo y tirar de ella—. Estás loca. Has sido dulce, divertida y muy seductora durante toda la velada —sintió que él le rozaba el cabello con los labios—. Y si tuve que dominar el deseo de llevarte a mi cama, lo hice por respeto a ti y no porque no te deseara. Pero el viernes... —la alejó un poco para poder incitarla con la mirada—. Lleva solo un cepillo para dientes, ágape mou. ¡Será lo único que necesites en dos días!

El tenía razón, sólo necesitó el cepillo dental y desde entonces se estableció el patrón para la primera aventura sentimental de Jemma. Si él estaba en la ciudad, disfrutaban los miércoles. Si estaba ausente, la llamaba todas las noches y hablaban durante varios minutos. El siempre regresaba a Londres los fines de semana y Jemma imaginó que trabajaba mucho porque se veía cansado. Se enterneció por el hecho de que se esforzara tanto por estar con ella.

Un miércoles, casi un mes después del inicio de la aventura, él pareció cansado cuando fue por ella, y las miradas amonestadoras de Trina lo irritaron...

—Le diré que te deje en paz, ¿estás de acuerdo? —sugirió Jemma, camino al restaurante.

—No me irrita mucho —comentó—. He estado saltando de un continente a otro los últimos dos días, y estoy cansado por el cambio de horarios.

Jemma lo observó y notó las líneas de cansancio en las comisuras de los ojos y boca, y apoyó una mano en un muslo de él.

—Si no tienes ganas, no necesitamos ir a ningún lado —murmuró ella.

— ¿Deseas que me detenga aquí para que pasemos el resto de la velada dentro del coche? —la ojeó con burla.

—No —sonrió ante el sarcasmo—. Pero podríamos ir a tu casa, donde descansarías.

El coche disminuyó la velocidad, mientras él interpretaba el mensaje en los ojos de ella, luego volvió a prestarle atención a la calle. No dijo nada hasta que llegaron a casa de él.

Esa noche se hicieron el amor, luego ella preparó una tortilla de huevos para la cena. El se sentó a la mesa de la cocina vestido con una bata de toalla y la siguió con mirada perezosa. Después de cenar, frente al televisor, en la sala, él se acostó en el sofá y tiró de ella para que quedara a su lado. A los diez minutos él se durmió.

Jemma se pasó horas observándolo, amando la manera en que toda la dureza había desaparecido de sus facciones, el hecho de que

dormía, con los labios apenas entreabiertos, y que respiraba tranquilo. A las doce, ella salió con sigilo de la casa y tomó un taxi para regresar a su apartamento.

A la mañana siguiente él la llamó al trabajo cuando ella acababa de llegar.

—Te fuiste sola a tu casa —repuso él—. No vuelvas a hacerlo.

—Dormías —explicó—. No me pareció justo despertarte, siendo que un taxi podía llevarme a casa.

—Pero, me negaste el placer de hacerlo. Espero compensación esta noche. Ponte algo sensual, como el vestido negro que luciste la primera vez que salimos juntos. Iremos a un sitio especial. Pasaré por ti a las ocho.

La comunicación se cortó y Jemma observó el auricular, sonriendo.

"Diablo arrogante", murmuró, y se pasó el resto de la mañana sonriendo como tonta, porque él rompería la rutina y la vería un jueves.

— ¿Me hablará? —preguntó Cassie, cuando llamó por teléfono esa tarde.

—No estoy segura… —Jemma ojeó la puerta que separaba las dos oficinas—. Pero lo intentaré por ti. ¿Cómo estás, Cassie? —preguntó, amable.

—Bien. ¿Sabes que ofreció mantenernos a mí y a la criatura?

Jemma murmuró una negativa, dolida por esos dos. Josh había cambiado desde que el asunto con Cassie explotó. Caminaba por la oficina como un hombre de piedra, con el rostro duro e inaccesible.

—Su abogado me informó acerca de la propuesta —continuó Cassie, tensa—. Una pensión trimestral y el pago de la hipoteca de mi apartamento.

—Lamento que haya resultado así —murmuró Jemma. No sabía a quién de los dos le tenía más conmiseración. La situación era horrible y no tenía remedio—. Si necesitas cualquier cosa, desahogarte conmigo o gritarle a alguien, estoy disponible.

—Gracias, pero no —el ofrecimiento la enterneció—. No creo que sea buena idea —desde luego era porque Jemma se llevaba bien con Josh.

Jemma presionó el timbre para avisarle a Josh que Cassie deseaba hablar con él.

Se sorprendió cuando éste aceptó la llamada, sin el enfado acostumbrado cada vez que se trataba de Cassie.

Hablaron varios minutos, hasta que el tablero le indicó que habían terminado. Jemma se esperanzó respecto a lo que pensaban hacer en el futuro.

Pero sus ilusiones se desvanecieron minutos más tarde, cuando vio el rostro de Josh. Estaba más duro que nunca.

Esa noche, León estaba más animado. Incluso bromeó con Trina, al grado que ella terminó por salir de la habitación.

—Esa es todo fuego —comentó admirado, al ver que Trina salía.

— ¡No la mires! —le advirtió Jemma—. Tiene pareja y tú también.

— ¿Es posible que eso sea un indicio de celos? —preguntó, burlón.

— ¿Tengo motivos para sentir celos? —lo retó.

— ¿Es posible? —murmuró, pensativo—. Sea o no sea una bruja pelirroja, uno se acostumbra a ella, ¿verdad?

Jemma le dio la espalda para levantar su bolso y se negó a tragarse la carnada. Sabía que León premeditó irritarla. Salió muy erguida del apartamento, y se prometió vengarse cuando le bajara los humos al diablo arrogante

La oportunidad se le presentó antes de lo esperado.

Tom MacDonald salía de su apartamento cuando ella bajaba por la escalera.

— ¿Dónde estuviste el sábado por la noche? —le preguntó animado—. Tenía entendido que saldríamos juntos, pero nadie contestó cuando llamé a tu puerta.

— ¡Ay, Tom, lo lamento! —gimió pesarosa, porque lo había olvidado. Sin pensar, le dio un beso en la mejilla—. ¿Cómo pude olvidarlo?

—Quizá porque tuviste otras cosas más importantes en qué pensar —sugirió otra voz, y Jemma se ruborizó cuando León le ciñó las muñecas para alejarla de Tom—.Debería darte vergüenza querida, dejaste plantado a un hombre mientras hacías el amor con otro —agregó con voz sedosa.

—No tiene importancia —intercaló Tom, sintiéndose torpe ante un rival tan poderoso como León. Decidió no darle batalla—. Fue un arreglo tentativo.

—Ah, entonces por fortuna, la mala memoria de ella no causó muchos inconvenientes —soltó una de las muñecas de Jemma, pero le presionó la otra con mucha fuerza—. Tienes suerte, querida mía. Tu... amigo está dispuesto a perdonar tu olvido. Quizás otras personas no estén tan dispuestas.

Era una amenaza y Jemma lo miró con furia.

—Ahora, despídete de tu... amigo —agregó León, con los dientes apretados—. De por sí estamos retrasados.

— ¡Eres odioso! —masculló, cuando él la empujó para salir dejando a Tom pasmado—. ¿Cómo te atreviste a decirle que hacíamos el amor?

—Es cierto, ¿no? —la retó, burlón.

—Suéltame —trató de liberar su muñeca—. ¡Me lastimas!

—Y si alguna vez vuelvo a ver que besas a un hombre de esa manera… —se volvió furioso hacia ella… ¡te lastimaré más! —le apretó más la muñeca, antes de soltársela.

— ¿Ahora quién está verde de celos? —lo incitó, y tuvo una gran satisfacción al ver que él levantó la cabeza como si esas palabras lo hubieran herido por la espalda. Jemma lo observó mordiéndose el labio inferior. Comprendió que había ido demasiado lejos. León no era el tipo de hombre a quien le arrojaran sus debilidades al rostro.

—Entra.

— ¿Adonde vamos? —preguntó ella, cuando ya no pudo tolerar el silencio.

—A una fiesta —le informó--,. Ya es hora de que conozcas a mis amistades.

"¡Dios!", pensó apesadumbrada. "Es lo único que me falta esta noche, conocer a sus mundanas y ricas amistades estando él de mal humor y yo con ganas de zarandearlo.

Capítulo 5

LLEGARON cuando la fiesta estaba en pleno apogeo, la gente salía de las habitaciones con copas en las manos y sonrisas falsas en los rostros. La mayoría se volvió para observarlos. Jemma supuso que León solo causaría esa reacción, pero como lo acompañaba, de seguro se interesaban en ella también. A pesar de la hostilidad entre los dos, se acercó más a él.

—Me siento como una curiosidad en un espectáculo —murmuró ella—. Dime que no estamos en el museo de Madame Tussand.

— ¿Demasiados rostros famosos para ti? —se burló y sonrió, a pesar de que ella se mostró sarcástica.

—Demasiados "Algos" —aceptó—. Aquel es Mike Williams y sé, a ciencia cierta, que está en el museo Tussand, porque el mes pasado lo vi en un programa de televisión.

— ¿Quieres que te lo presente? —sugirió.

—No —Jemma observó a la estrella del pop, bastante apuesto—. No es mi tipo.

— ¿Cuál es exactamente tu tipo? —preguntó León, en voz tranquila.

Suspiró y se negó a contestar.

— ¡León,.querido! -exclamó la voz melosa de la criatura más exquisita que Jemma hubiera visto. A diferencia de ésta que era rubia, la otra era morena. Vestía una prenda de tafetán blanca, que brillaba igual que la gargantilla de perlas de cinco hilos que llevaba en el cuello—. Pudiste venir.

Rodeó el cuello de León y dejaron a Jemma marginada, mientras la recién llegada se mantenía en su lugar, con el brazo entrelazado en el de él.

—Carlos está aquí y está impaciente por hablar contigo" —le informó la mujer—. ¡La transacción Pritchad que organizaste fue un golpe sorprendente para él! Ven y...

Jemma ya no oyó más, porque la gente borró a los otros dos y la dejaron sintiéndose tan fuera de lugar como un trapo sobre un suelo pulido.

"¡Eso eres exactamente!", se dijo con amargura. "Sólo un trapo entre todas estas riquezas".

"Bueno, no todo lo que brilla es oro", se dijo, mientras observaba a la gente en la habitación. Estaba segura que la mujer que veía en el otro extremo era Sonia Craven, abrazada a un hombre que no era su esposo.

— ¿Te abandonaron? —murmuró una voz masculina a espaldas de ella. Jemma se volvió y vio a un extraño; no tan extraño porque había

visto ese rostro en varios carteles en la ciudad, que anunciaban su más reciente película. El le ofreció la sonrisa que causaba desmayos entre todas las mujeres del mundo—. Te vi llegar con Stephanades —explicó, antes de observarla de pies a cabeza con sus penetrantes ojos azules—. Debo aceptar que ese diablo griego sabe elegir.

— ¿Tratas de insultarme? —preguntó Jemma, rígida.

— ¡Por supuesto que no! —alzó las cejas, sorprendido—. De hecho, lo dije como cumplido.

—Entonces, necesitas pulir tu técnica—repuso y se alejó para buscar a León.

De pronto, el hombre reapareció frente a ella y le ofreció la mano.

—Jack Bridgeman —se presentó.

—Sé quien eres —repuso a secas, mirando la mano y luego los sorprendentes ojos—. Una debería ser ciega y sorda para no conocerte.

— ¿Ahora quién insulta? —volvió a alzar las cejas y Jemma suspiró al aceptar que él tenía razón.

—Jemma Davis, nombre que no reconoces —lo miró con tristeza.

—Vamos por una bebida para ti —la ciñó de un brazo.

Ella permitió que la condujera fuera de la habitación a otra, igualmente atestada, pero donde había una cantina bien provista, atendida por camareros de chaqueta blanca.

Vio a León en pie, formando parte de un alegre grupo y con un brazo sobre los hombros de la mujer vestida de blanco. Sintió una humillación candente que poco a poco le recorrió todo el cuerpo. ¡El la había olvidado! Ahí, ante sus conocidos, ella no era nada.

"¡Lo odio!", reconoció, y le dio un buen sorbo al contenido de la copa que tenía en una mano. El coctel casi le tumba la cabeza, porque lo que bebió parecía fuego en su garganta. Debió controlarse para no ceder a un ataque de tos. A su lado, Jack Bridgeman la observaba tranquilo.

— ¿Quién ofrece esta fiesta? —le preguntó, cuando pudo hablar.

—Ella —con la cabeza señaló a la mujer junto a León.

— ¡Ah! —Jemma bajó la mirada para ocultar los celos—. ¿Por qué la había llevado ahí León, si prefería la compañía de la anfitriona?

—Parece un gatito negro, cuando de hecho es una peligrosa pantera que engulle el dinero —agregó, sonriendo—: Por lo mismo la verás sólo con los hombres que apestan a dinero, como tu Stephanades.

—No es mi Stephanades —negó, y comprendió que quizá decía la verdad en cuanto a la relación que llevaba con León.

—Muy bien, entonces, vamos a bailar —sugirió Bridgeman.

El volvió a tomarla de un brazo, pero Jemma titubeó sin poder

evitar ver el otro lado de la habitación, donde León seguía hablando con la anfitriona. ¿Debería ir a su lado para reclamar su atención? El deseo de hacerlo, igual que los celos, ardían en su sangre. Pero en eso vio que éste se acercaba a la mujer para darle un beso en una mejilla que la otra le ofrecía.

Dolorida, desvió la mirada. Luego, al reunir todo su orgullo, le sonrió a Bridgeman.

— ¿Dijiste bailar? —Dio un sorbo a su bebida y dejó la copa—. ¡Conduce y yo te seguiré!

El la llevó a la diminuta pista de baile y la abrazó. , — ¡Habíame de ti, Jemma Davis!

Ella lo hizo y habló de cualquier cosa con tal de olvidar a León. Luego de bailar varias piezas comenzó a tranquilizarse y a divertirse, porque la personalidad agradable de Jack y su buen sentido del humor la hacían reír.

— ¡Ah! —Suspiró él, después de un rato, cuando la música se hizo más lenta y la ciñó con más fuerza para deslizar los dedos por la espalda descubierta—. No imaginas lo mucho que deseaba hacer esto. Eres la primera mujer, Jemma Davis, cuya espalda me incitó antes de mirarte de frente!

— ¡Encantador! —se burló—. ¿Se supone que fue otro de tus cumplidos?

—No te preocupes, encanto —sonrió de manera juvenil—. La vista de atrás es un aperitivo delicioso, pero el frente es definitivamente letal.

—Tú tampoco eres desagradable a la vista —premeditó flirtear—. A pesar de la imagen sexual que proyectas —continuó.

— ¿Quizá, debido a ella?—sugirió a secas.

—No —negó con la cabeza—. Los símbolos sexuales tienden a pavonearse para que todos lo vean. Tú no lo haces, de modo que te doy el beneficio de la duda, y supongo que tu ego no es tan inflado como lo indica tu reputación.

—Preciosa damita --comprendía el sentido oculto en las palabras de ella—. Dame cinco minutos a solas contigo y es posible que te demuestre que estás equivocada respecto a eso.

El dejó de bailar y la tomó de una muñeca para dirigirla hacia la puerta. Riendo, Jemma se opuso y vio que León se apoyaba en el marco de la puerta, a unos metros de distancia, con la vista fija en ella. Se petrificó al lado de su compañero.

— ¡Ah! —repuso Jack, al ver el motivo de la reacción femenina—. ¿Veo un llamado real en esos ojos atemorizantes, damita? —se burló.

—Creo que sí —confirmó, riendo nerviosa.

—De seguro sabes que no necesitas ir a su lado —la observó muy serio—. Basta con que le des la espalda y terminarás con eso. A Stephanádes no le agrada crear escenitas. No te seguirá.

Jemma lo sabía. A pesar de guerrear en silencio con la mirada, sabía que León no se le acercaría. Ella debía tomar la iniciativa para salvar su orgullo.

— ¿Entonces? —Murmuró Jack y ella levantó la vista para mirarlo de frente—. ¿Qué harás?

—Buenas noches, Jack —declaró con un dejo de tristeza—. Y, gracias.

Levantó la cabeza y le dio un beso en una mejilla, antes de caminar hacia León.

—Estoy lista para irme, si tú lo estás —indicó a secas.

El no le contestó. Tenía la mirada fija en algo más allá del hombro de ella, y Jemma supuso que observaba a Jack. Luego, él arqueó las cejas, antes de ver el rostro encendido y desafiante de ella.

—Más que listo, ágape mou—contestó, y la confundió al sonreír. No fue una sonrisa amenazadora, ni siquiera una sonrisa burlona, sino una sonrisa triste. Le rodeó la cintura, tiró de ella y la besó en los labios. Al alejarse la miró con dureza, pero el gesto desapareció de inmediato y no mostró señal de enfado—. Vamonos.

Ella salió por su voluntad. Pero la confusión por la actitud de él no la abandonó..Mientras la llevaba al coche decidió que no descuidaría la guardia, sin importar qué tenía él en mente. Se llevaría una buena desilusión si trataba de calmarla, después de atacarla por haber besado a Jack Bridgeman. Contestó a los comentarios de él con monosílabos, porque su mal humor aumentaba mientras el de él disminuía.

—Estás enfadada conmigo —comentó, después de haber fallado en varios intentos de tranquilizarla.

— ¿Qué pudiste haber hecho para que me enfadara?

—Dejarte sola tan pronto llegamos —aceptó—. Temo que se trató de asuntos de negocios —encogió los hombros.

"¡Qué negocios tan chistosos!", se dijo Jemma, porque sus celos volvían a irritarla.

—Al menos encontraste un poco de diversión con Jack. ¿Disfrutaste al ir con el a bailar?

— ¡Disfruté mucho su compañía! —declaró Jemma, erguida—. Es encantador, atento, y baila muy bien, sin él me habría aburrido.

—Entonces, se lo agradeceré la próxima vez que lo vea —contestó a la provocación de ella. Cambió de tema.

Jemma se sorprendió porque León no volvió a mencionar el

asunto. Y durante las semanas siguientes, ella notó que, sin importar adonde fueran ni quién se le insinuara, él no se dio por enterado. A menudo la dejaba sola para ir a "hablar de negocios", y sin que le importara con quien la encontraba al regresar a su lado, siempre se mostraba tranquilo.

Encontró la pieza que embonaba en el acertijo, cuando unos días después, se encontró con Tom en la escalera y éste le preguntó si a su novio se le habían pasado los arranques de celos. Entonces comprendió que a León no le agradaba revelar ese dejo de debilidad. A partir de aquel momento, él sé había esforzado por mostrar una reacción diferente, como si estuviera decidido a evitar que ella pensara que la relación que llevaban era algo más importante.

Entonces, ¿qué tipo de relación tenían? No eran más que amantes y los celos nacían de unos sentimientos más profundos. Sentimientos que León no albergaba en su corazón por ella. O si los tenía, los disfrazó cuando la vio besar a Tom. Si él podía hacer eso con tanta facilidad, los sentimientos no podían ser muy fuertes.

A la semana de la fiesta, él voló a Nueva York para quedarse allá una semana. Jemma sabía que los negocios de León requerían su presencia en Londres y Nueva York, más uno que otro viaje a la oficina central en Atenas.

Jemma no tuvo su menstruación cuando él estaba en Nueva York, pero no se preocupó porque su ciclo no era muy exacto. Aceptó que la tensión física y emocional que venía sufriendo desde que iniciaron la relación, quizá le había desquiciado el funcionamiento del organismo.

El permaneció en Londres durante las siguientes semanas, y casi siempre estaban juntos. Cuando Josh se enteró de la relación, mostró su disgusto abiertamente.

— ¿Estás loca? —gritó—. De todos los hombres en Londres, debiste caer ante León Stephanades. ¡No puedo creerlo!

—El es lo que quiero -contestó—. Y estaré contenta durante el tiempo que él me desee.

— ¿Y cuando ya no te quiera? —la retó de manera brutal.

—Cruzaré el puente cuando llegue a él —Jemma encogió los hombros para ocultar el dolor que le causaron esas palabras.

Josh suspiró, pero no dijo nada más.

El teléfono sonó, entrada la tarde del viernes, cuando pensaba prepararse para irse el fin de semana. León sonó sombrío e irritado.

—Se me presentó algo y temo que este fin de semana no nos veremos.

— ¡Ah! —Dejó traslucir su decepción—. ¿Cuándo te veré?

—Sólo Dios sabe —suspiró—. Debo estar en Nueva York el lunes y

estaré ausente toda la semana. Te llamaré —cortó la comunicación.

Salió con Trina y Frew el sábado por la noche, y se encontraron con sus amistades. Pero estaba inquieta y se sintió fuera de lugar. Sólo pensaba en León y no podía disfrutar nada si él no estaba incluido.

El lunes despertó sintiéndose bastante mal.

—Un malestar estomacal —Je indicó a Trina, y volvió a acostarse. El miércoles comenzó a sentirse un poco mejor y volvió al trabajo.

—Tienes mal aspecto —comentó Josh, al verla.

—Gracias, eso hace que me sienta mejor.

—Comienza a afectarte, ¿no? —Sugirió con cinismo—. Aterrarte a un hombre como Stephanades agota a una mujer, ¿no? Si no he de saberlo —agregó con amargura—. Yo he tenido lo que él ha descartado.

Jemma se encogió por la crueldad de Josh y odió el giro horrible que le daba a la amistad de León con Cassie. Eso la hizo comprender que si alguna vez él sintió un poco de amor por la otra, ya se había apagado.

León notó su estado de salud tan pronto la vio.

— ¿Estás segura de que no es algo peor que un virus estomacal? Estás pálida y perdiste peso.

—Sabes como son éstas cosas —encogió los hombros—. Una vez que se instalan tardan una eternidad en desaparecer. Me siento mucho mejor, de verdad.

—Quizá necesitas un descanso —comentó pensativo, después de observarle el cuerpo esbelto—. ¿Cuándo te tomaste las últimas vacaciones?

—En Navidad —sonrió, añorante—. Me fui a Barbados con Trina y lo disfrutamos mucho.

—Supongo que hubo muchos hombres —gruñó, fingiendo estar celoso aunque no engañó a Jemma. León no se ponía celoso porque no le tenía suficiente cariño. Al menos no era un cariño importante. La deseaba como antes, podía perderse en el cuerpo de ella con mucha pasión, pero los sentimientos más profundos no existían en él.

El se quedó en Londres una semana y se vieron todas las noches. Pero el virus y las noches de desvelo comenzaron a cobrar lo suyo y Jemma, de hecho, se tranquilizó cuando él debió irse de nuevo.

Deseó poder descansar de Josh también. El se había convertido en un ser aburrido porque su amargura contra Cassie reflejaba su actitud hacia todas las mujeres, incluyéndola. Siempre se mostraba brusco e impaciente.

—Si no puedes realizar tus obligaciones con la misma eficiencia de siempre, Jemma, entonces, quizá deberías pensar en renunciar a

Stephanades o en dejar este puesto —tronó, un día en que ella no encontraba un expediente.

—El asunto con Cassie realmente lo ha agriado —le confió a León, un día mientras cenaban, luego de que Josh estuvo peor que nunca y la había agotado.

— ¿Qué esperabas? —contestó—. Creo que la traición de Cassie fue terrible.

Algo en el modo en que lo dijo le dio de lleno. Fue como si León le hiciera una advertencia, en cuanto a que ella no tratara de hacerle lo mismo.

Se estremeció y cambió de tema. Pero ese fin de semana su actitud hacia León se enfrió un poco. No deseaba que así fuera, pero después de vivir exclusivamente para él durante dos meses, comenzaba a darse cuenta de que la relación no tenía futuro. Después de todo, la joven griega, con una buena dote, seguía esperando que él cediera a casarse con ella. Ahora comprendía las palabras de Cassie: "¿Qué oportunidad tiene una joven, no tan decente y sin nada que ofrecer más que un cuerpo estupendo?". "Nada", aceptó Jemma, y se preguntó si quizá era el momento de desacostumbrarse de la compañía de León.

Si él notó la frialdad de ella, no dijo nada, al menos no antes de la noche del domingo, cuando la dejaba en su apartamento.

—Antes de que subas, quiero hacerte una propuesta —la sorprendió con esas palabras.

— ¿Una propuesta? —repitió con curiosidad.

El asintió con expresión sombría, no usual en él.

—La semana entrante se cierra el trato de un negocio por el cual he trabajado durante todo el año en Nueva York —le informó—. Al firmarse el contrato, se me hará difícil respirar durante los siguientes meses en que trataré de elevar la empresa a la norma que exige la Corporación Leonadis. La compañía está en mal estado porque los dueños fueron malos administradores, así que necesitaré tácticas rudas para darle oportunidad de sobrevivir... —calló y le observó el rostro —. No podré regresar a Londres con la frecuencia acostumbrada. Quizá no pueda venir en meses.

—De modo que esta explicación es tu manera de despedirte de mí —trató de hablar serena, aunque sintió todo el peso de lo que significaban esas palabras. ¡Había estado tan concentrada en enfriar sus propios sentimientos, que no había notado que León había hecho lo mismo!

— ¡No! —la reacción de él la sorprendió. Tiró de ella para acercarla y darle un beso en los labios—. ¿Qué diablos te hizo pensar eso? —Sonó tan conmocionado, que las lágrimas se acumularon en los

ojos de Jemma—. ¡Maldición, Jemma! No he conocido a una mujer tan incomprensible como tú. Te pasas todo el fin de semana mostrándote fría conmigo y luego tienes la osadía de sugerir que soy yo el que quiere terminar la relación.

—No me he sentido bien... —fue una excusa inadecuada.

— ¿Crees que no lo he notado, o lo que es peor, que no me importa? —asintió y volvió a besarla—. Dije que quiero proponerte algo y te lo ofrezco debido a tu mal estado de salud y a mi rechazo de alejarte de mi vida. Ven conmigo —murmuró, ronco—. Puedo prometerte que podré pasar contigo sólo el siguiente fin de semana en Londres. Pero si me acompañas a Nueva York, te prometo que te dedicaré cada momento libre que tenga.

— ¿Yo... a Nueva York? —las palabras se le atoraron en la garganta y no se atrevió a creer en lo que le ofrecía—. ¡Pero... mi apartamento y... mi trabajo! —se sentó y se alejó de él, en su intento por pensar con claridad.

—Tú misma dijiste que Tanner está imposible. Dejar ese empleo no te será difícil, excepto financieramente, por supuesto. Pero no te pido sólo que me acompañes a Nueva York, te pido que vivas conmigo y seas mi mujer. Permite que me preocupe por todas las cosas prácticas de tu vida y tú solo preocúpate por estar bella para mí —le moldeó la nuca, debajo del cuello—. Te deseo, te necesito a mi lado, ágape mou —murmuró—. ¿Me acompañarás?

"¿Lo harás?", se preguntó ella por centésima vez esa misma noche. Yacía sola en su cama y lo extrañaba, extrañaba la calidez del cuerpo masculino junto al suyo, y el aroma y el sonido tranquilo de su respiración mientras dormía.

"¿Podrás abandonar todo por el hombre que amas, sabiendo que él sigue deseando sólo tu cuerpo?".

— ¿Por qué necesitas pensarlo tanto? —preguntó León, sin aceptar la excusa de ella y exigiendo su respuesta—. Quieres estar a mi lado o no. Así de simple.

— ¿Así de simple? —se burló, antes de respirar—. ¡Me pides que arranque mis raíces por ti, León! —exclamó—. ¡Estaría loca si no medito bien antes de tomar una decisión así!

-- ¡ O no lo bastante loca por mí, como para saber de manera instintiva que quieres estar donde yo esté! —repuso con el orgullo lastimado.

— ¿Cuánto tiempo sería bien aceptada mi presencia allá?—había preguntado—. Yo debo arrancar mis raíces, pero tú sólo cambiarás una de tus muchas direcciones. ¿Qué pasará conmigo cuando te aburras de mí y encuentres a otra que me remplace?

—Sabes que eso puede sucedemos a cualquiera de los dos. No soy tan presuntuoso para no darme cuenta de que puedes disfrutar la compañía de otros hombres.

— ¡Y yo tampoco como para no ver que disfrutas la compañía de otras mujeres!

— ¡No soy promiscuo! —declaró con altivez.

— ¡Tampoco yo!

—Cierto, no lo eres —aceptó, suspirando con pesadez—. No estoy dispuesto a perderte, querida. ¿Crees que estaría proponiéndote esto en caso contrario?

Ella meditó al respecto, pero debió aceptar que León era justo. No le pediría que cambiara toda su vida por él, si no creyera que el cambio sería provechoso para ella.

—Tienes razón —suspiró, y aceptó—. Pero debes comprender que necesito tiempo para pensarlo —agregó de inmediato, para que el triunfo no fuera patente en los ojos-de él.

—La semana entrante --declaró, después de aceptar a regañadientes—. Estaré aquí la semana entrante y me darás tu respuesta —la besó con dulzura y sentido de posesión, y ella estuvo a punto de aceptar, pero algo que no comprendió, la hizo callar.

Tampoco se animó a decírselo a Trina y se preguntó si se trataba de la misma razón "que se le escapaba".

No sabía qué hacía, acostada a media noche, preguntándose qué hacer. Sabía que aceptaría, porque desde la primera vez que lo vio no pudo negarle nada.

Pero esa semana, dos cosas la hicieron cambiar de opinión.

La primera ocurrió durante la mañana del miércoles, cuando Josh entró a la oficina, con todas sus energías renovadas. En vez de saludarla gruñendo, tal como a últimas fechas lo hacía, se detuvo frente a ella, se inclinó y animado golpeó la superficie del escritorio.

— ¡Ella se deshizo de "él"! —anunció triunfal.

— ¿De qué hablas? —Frunció el entrecejo—. ¿Quién?

— ¡Cassie! —exclamó—. ¡Se deshizo de "eso" y me siento tan libre que parece que camino en el aire!

No supo de donde le vino una oleada de amargura y disgusto, que la hizo ponerse en pie con la visión borrosa, para asestarle una bofetada.

— ¡Desgraciado! —gritó con desdén, mientras él la miraba, anonadado—. ¡Eres un desgraciado odioso y egoísta! ¿Cómo te atreves a entrar bailando de alegría, cuando deberías estar avergonzado y oculto en algún rincón? ¡Dios!, ¡me das asco!

Y tuvo náusea, aunque apenas logró llegar al baño antes de

vomitar. Al regresar a la oficina, Josh ya no estaba ahí. No lo pensó dos veces. Recogió sus objetos personales y salió. No podía seguir trabajando para un hombre que se portaba de esa manera. Iba contra la moral en que ella creía.

Trina estaba en el apartamento cuando ella entró, la otra trabajaba con sus libros sobre la mesa de la cocina.

—Estoy enferma—logró decir—. Me acostaré...—estaba tan molesta por la actitud de Josh, que no quiso hablar con Trina del asunto, pero su amiga tenía otra idea.

— ¡Por dios! —tronó, impaciente—. ¿No crees que ya es hora de que te enfrentes a eso? ¡Si pasa más tiempo, la conmoción de ello podría causarte un daño físico!

— ¿Qué conmoción? —preguntó sin comprender—. ¿A qué debo enfrentarme?

—Vamos, cariño —suspiró Trina, con una expresión que rayaba en lo cómico y trágico—. ¡No eres tan tonta! Si no te cuidas, él lo notará y entonces, ¿dónde te encontrarás?

"¿Notar?", repitió en su mente, "¿notar qué?".

Comenzó a estremecerse mientras pensaba, y dejó caer el cuerpo en una silla.

— ¡Ay, Dios! —exclamó, y ocultó su rostro con las manos.

Encinta. La cosita evasiva que le impidió darle una respuesta inmediata a León respecto a su propuesta. Lo que impidió que le hablara a Trina del ofrecimiento. Y lo mismo que la hizo reaccionar con tanta violencia a las palabras de Josh.

Su cuerpo llevaba semanas de saberlo y quizá su mente también. Pero ella lo había bloqueado, rehusándose a pensar en eso, porque sabía muy bien lo que significaría en la relación que llevaba con León.

— ¡Ay, Dios! —murmuró, y comenzó a llorar en silencio.

Trina suspiró acuclillada al lado de su amiga. No pudo ocultar su exasperación.

— ¿Qué pensaste que te sucedía al no menstruar en dos meses?

—Uno —la corrigió.

—Dos —insistió Trina—. Querida, ¡No has menstruado desde que comenzaste a frecuentar a León! Piénsalo, eso fue hace más de dos meses.

¿Dos meses? Incrédula fijó la mirada en los ojos de Trina y comenzó a llorar de nuevo. Su amiga tenía razón. Ella había negado la situación como si con eso desapareciera. Pero no fue así, no podía ser así.

¿Cuándo se lo dirás? —le preguntó Trina más tarde, luego de que el llanto había cesado y Jemma se acostó. —No se lo diré —declaró—.

¿Cómo puedo hacerlo, Tri? —preguntó, al ver la expresión de su amiga—. Después de todo lo que sucedió entre Josh y Cassie, pensará que lo premedité.

— ¡Pero esta situación no se parece a la que esos dos tontos tuvieron! — ¿Eso crees? —para ella, era idéntica.

—Sabía que él era demasiado para ser tu primer amante, y tuve razón, ¿no? —repuso Trina, irritada—. Es decir, mírate —suspiró, al ver el cuadro patético que presentaba, acurrucada debajo de varias mantas, y con el rostro hinchado y pálido—. Con el corazón destrozado y embarazada. No podía ser peor. —Llama las cosas por su nombre —murmuró, al borde de las lágrimas—. Lo amo, Tri. No puedo hacerle eso.

—Está bien, está bien —Trina se sentó en el borde de la cama para acariciar el cabello despeinado de su amiga—. ¿Qué harás, entonces?

—Aún no lo sé —hizo un esfuerzo por controlarse y se abrazó las rodillas—. Todavía no puedo pensar... ¿cómo pude ser tan tonta al ignorar lo que me sucede? —bajó la cabeza y el cabello le cayó a la cara:

—Quizá no es lo que pensamos —sugirió Trina—. Quizá me equivoqué y no estás encinta.

— ¿Realmente crees que eso es posible? —levantó el rostro, con los ojos anegados de lágrimas.

—No —Trina encogió los hombros y las dos guardaron silencio unos minutos.

— ¿Cómo diablos sucedió? —preguntó Trina, de pronto—. Pensé que se cuidaban.

— ¡Así fue! —declaró—. Pero la primera vez, yo, nosotros... calló y se ruborizó"—. Después, él usó algo...

— ¿Quieres decirme que ese experimentado libertino te hizo el amor sin protegerse la primera vez? —Trina brincó, disgustada.

"Varias veces", corrigió en silencio, sin poder dominar una sonrisa al recordar la primera noche que pasó en brazos de León. ¡Los dos se dejaron llevar por la pasión y olvidaron cuidarse!

—Eso cambia todo, Jem —declaró Trina, esperanzada—. Significa que él es tan culpable como tú y no podrá negarlo.

—No lo atraparé en una situación que no desee —repuso, tiesa e inexpresiva. .

— ¿Te refieres al matrimonio? Es lo que mereces.

— ¡Cualquier tipo de situación! —declaró—. León no desea casarse conmigo ni tener hijos —agregó, acongojada.

— ¡Sin embargo, te invitó a que vayas a vivir con él a Nueva York! —insistió—. Eso de seguro significa que te tiene cariño, ¿no?

—Nada cambia el hecho de que no lo atraparé con esta criatura —comentó, testaruda. Se alegró de contar con el resto de la semana para decidir lo que debía hacer.

Capítulo 6

Ala mañana siguiente Josh la llamó para preguntarle si regresaría o no al trabajo. Trina habló con él porque Jemma no pudo hacerlo. El aceptó la renuncia sin discutir, y prometió que le enviaría por correo lo que le adeudaba de su sueldo. Jemma imaginó que después de lo que ella había dicho y hecho el día anterior, él estaría tranquilo por su renuncia como ella por renunciar. .

León la llamó todas las noches, como de costumbre, y ella se valió de las llamadas para comenzar a distanciarse de él. León se dio cuenta, fue inevitable. Ella se mostraba amable y un tanto vaga si él hablaba de algo íntimo. Pero conciliaba el sueño cansada de llorar.

—Mañana regresaré a eso de las cinco de la tarde —anunció León, agresivo—. ¿Te espero a la hora acostumbrada o no? —el sarcasmo la lastimó, a pesar de saber que lo tenía merecido.

—Por supuesto —se mordió el labio inferior, para ocultar el pesar en su voz—. Estaré allá a eso de las seis.

Jemma se paseó el viernes reforzando su decisión de terminar ese asunto con la mayor dignidad posible. Por suerte, ese día no sintió náusea de modo que se sentía mejor y tenía mejor semblante. Aunque en su interior sentía que se dividía en dos.

No llevó nada consigo, porque no pensaba quedarse mucho tiempo.

León le abrió la puerta y le escudriñó los sombríos ojos, antes de hacerse a un lado, impasible, para permitirle la entrada.

—De acuerdo a tu actitud de toda la semana, supongo que decidiste quedarte en Londres —declaró sin piedad, sin darle tiempo a que acabara de quitarse el impermeable.

El le pareció maravilloso, fornido, pero muy retraído. Acababa de ducharse y el cabello húmedo y brillante le moldeaba la bien formada cabeza. No vestía ropa formal de negocios, lucía una camisa de algodón, azul pálido, y pantalón gris, holgado. Tenía los ojos tan sombríos, que ella no pudo ver más que un reflejo borroso de su propia palidez, que le indicó que también él se había preparado para ese encuentro.

Fue presa de la desesperación y permaneció quieta, deseando correr hacia él, abrazarlo, calmar la severa expresión de su rostro, hacer que sonriera y la levantara, para abrazarla y darle un largo beso que acostumbraban compartir en momentos como ese.

—Sí —contestó ronca y lo siguió con la mirada. Vio que él hacía una mueca y entraba a una habitación para servir dos copas.

Ella rechazó la bebida y no pudo sostenerle la mirada, mientras él le daba un sorbo a la bebida y le escudriñaba el rostro.

— ¿Encontraste a otro?

— ¡No! —levantó la cabeza, sorprendida por la pregunta, y contestó con franqueza, pero más tarde comprendió que habría sido más fácil para los dos si ella hubiera tenido la previsión de mentir y valerse de otro hombre como excusa. Tal como resultó, el asunto empeoró.

—León, la semana pasada sabías que no estaba muy entusiasmada con la idea de abandonar todo para sentirme segura contigo en Nueva York —le recordó con súplica en la voz—. Cuanto más pensé en el asunto, más segura quedé que no es lo que deseo hacer.

— ¿Por qué no? —preguntó, sin decir nada más.

—No hay futuro para mí en eso —respondió. Por lo visto él no le facilitaría las cosas.

El se tomó su tiempo en absorber la contestación y sus ojos negros estaban impenetrables. Luego, volvió a apretar la boca y dijo:

—Si insinúas el matrimonio, te espera una decepción. Es una institución a la cual no me afilié, aunque deba sacrificar a alguien para ser fiel a mi voto —las palabras devolvieron el brillo a los ojos de Jemma y lo miró, enfadada.

— ¡Ni por un momento pensé en el matrimonio como una opción! —tronó con franqueza—. ¡Pero tampoco estoy dispuesta a ser la amante de algún hombre! Por el momento compartimos una relación especial...

—continuó con más calma—... y tengo un empleo y un hogar propio. Con eso logró un poco de independencia que me permite salvar mi orgullo y auto respeto. La palabra "querida", es horrible, León. Eso sería yo si aceptara vivir contigo en Nueva York.

Calló y sintió que recibía un golpe mortal que la dejó desesperada, porque comprendió, que León se volvía para ir a servirle otra copa, y que había logrado justo lo que se había propuesto: terminar la relación que llevaban.

—Entonces, terminó —repuso él.

—Sí —respondió, ronca—. Dijiste que sería sin ningún compromiso, León —le recordó, porque necesitó repetir la condición para su propio beneficio y el de él—. Dijiste franqueza y lealtad. Bueno... —respiró profundo, y su voz y cuerpo comenzaron a estremecerse. Lloraba por dentro, igual que lo había hecho todas las noches de esa terrible semana—. Te fui fiel y ahora te ofrezco mi franqueza —"mentirosa", le dijo una vocecita interna burlona. "¡Mientes con cada palabra!". Se encogió, pero no le hizo caso a su conciencia—. Te tengo mucho cariño, pero...

—No lo suficiente para que me confíes tu persona —terminó por

ella.

Jemma movió la cabeza, y las lágrimas lograron traspasar sus defensas para asomarse a sus ojos. El las vio y suspiró, dejó su copa y se acercó a ella.

—No —murmuró, al abrazarla—. Olvida que dije eso. No fue justo ni lo mereces. De hecho, luego de que haya tenido tiempo de aceptar tu decisión... sin duda, llegaré a admirarte por ello —suspiró y bajó la cabeza para enjugarle las lágrimas con un beso—. Pero por el momento, sólo veo el final de un periodo especial en mi vida y eso me duele tanto como a ti, a juzgar por tus lágrimas.

"Está dolido", se repitió en silencio, quiso abrazarlo hasta que el dolor desapareciera. Le rodeó la cintura y se regaló con la piel cálida debajo de sus dedos. Apoyó el rostro en el cuello de él, a manera de una última capitulación a la debilidad que sentía por León.

— ¡Ah! —murmuró, apesadumbrado—. ¿Estás segura de que no podré hacer que cambies de opinión?

Ella volvió a mover la cabeza, pero lo abrazó con más fuerza y él rió quedo.

—Pero quizá sería agradable si al menos lo intentara —sugirió.

Le alzó fa barbilla y le observó el pálido rostro, infeliz. Suspiró y unió su boca a la de ella. El deseo y la necesidad se encontraron en un poderoso beso que rayaba en la desesperación.

Sus lenguas se encontraron y sus cuerpos se fundieron como si los atrajera algún poder incomprensible. Pensar en que se separarían para siempre, y la emoción que eso conllevaba, era como si cada terminal nerviosa tratara de emerger a la superficie de la piel de ella, en un esfuerzo por absorber cada gramo de él.

—Cambia de opinión —murmuró León, después de gemir porque escuchó el sollozo de ella—. Ninguno de los dos está dispuesto a renunciar a esto.

—No —se obligó a alejar los dedos con que ceñía a León.

Las manos de él se deslizaron por el cuerpo de Jemma para que no se alejara.

— ¡Entonces, concédenos este fin de semana! —insistió—. ¡Un último fin de semana en el que nos perderemos el uno en el otro antes de separarnos!

Jemma estuvo muy tentada. Se deseaban. Era como maná para su corazón dolorido. Pero no se atrevía a ceder. A pesar de estar tambaleándose en la peligrosa línea entre engañarse y ser cuerda, sabía que su cuerpo estaba cambiando y no podía arriesgarse a que él lo notara... y llegara a la conclusión correcta.

—No —repitió, y dio el último paso que los separaría para siempre

—. Lo lamento, León, pero no puedo.

— ¿No puedes o no quieres? —se burló, y su tierna voz se tornó amarga como reacción al rechazo.

— ¡No puedo, León! —murmuró y se alejó de él. Las lágrimas la cegaron al levantar su impermeable, pero estaba desesperada por alejarse, antes de perder el control.

— ¡ Jemma...! —la ruda voz la detuvo junto a la puerta. Ella no se volvió y el silencio la hizo estremecerse, rogando que él le permitiera irse mientras tuviera las fuerzas para hacerlo—. Cuídate —repuso él, con tanta gentileza, que poco faltó para que ella se desplomara de tristeza en el suelo.

—Tú también —asintió con la cabeza inclinada, y salió sin volver a mirarlo.

El no trató de detenerla y ella se lo agradeció. El corazón se le rompía, pero si se quedaba un momento más ahí, él sería testigo de lo que le ocurría.

El timbre de la puerta sonó cuando estaba sentada a la mesa de la cocina, hojeando el diario matutino, mientras mordía una rebanada de pan.

— ¡Yo abriré! —gritó Trina desde el vestíbulo, y Jemma hizo una mueca de alivio, contenta de hacer lo que la mayoría de las mujeres encinta hacían luego de levantarse. Se mantenía quieta lo más posible para obligarse a no vomitar lo poco que había ingerido.

La mayoría de las mujeres perdían ese malestar después de tres mese de embarazo, pero Jemma estaba en el quinto mes y seguía sintiendo náusea.

Para ser una mujer sana, embarazada, su aspecto era lastimero. La imposibilidad de mantener dentro de su organismo tan siquiera la mitad de lo que comía a diario, había cobrado lo suyo.

Pesaba menos que al inicio del embarazo. Su cabello brillaba como siempre, de modo que el médico le decía que iba bien, pero estaba delgada y demacrada, y el "montículo", así le decía ella, seguía creciendo. Era el regalo de despedida de León, ya que no le dio el obsequio especial que le había prometido.

Trataba de no mirarse al espejo: tenía ojeras, sus mejillas estaban pálidas y le faltaban energías, era un suplicio vivir cada día.

El severo catarro que padeció, luego de que se despidió de León, no la había ayudado. Si ella creyó que el virus, que en realidad no tuvo, fue terrible, la enfermedad lo fue doblemente. Trina le echó la culpa de eso a la tensión emocional que había sufrido, y no pudo discutir al respecto.

La constante náusea la tenía atemorizada en espera del siguiente

ataque. Temía por la salud de la criatura, y para protegerla, se desplazaba como inválida, temiendo que en cualquier momento la arrojaría con sus constantes vómitos. Y si el médico no le hubiera asegurado que a pesar de todo la criatura estaba bien, habría capitulado para morir en cama con languidez.

Se sentía muy lastimada y extrañaba a León. Pensar en él era doloroso. Sin embargo, no dejaba de pensar en su situación. Nada de eso le era provechoso.

Por otro lado, la adquisición que hizo León de la inmensa compañía naviera norteamericana, había aparecido varias veces en los titulares de los diarios. Alababan al magnate griego que había logrado sacar a la empresa de los-números rojos, para convertirla en un éxito en muy poco tiempo. El artículo de esa mañana decía:

"León Stephanades, el brazo fuerte de la Corporación Leonadis, ha hecho un milagro con la vieja compañía. Con una inversión importante y con un cambio en el antiguo régimen, logró contratos que sorprendieron a todos los incrédulos de su familia. Anoche, su padre se tomó un tiempo, durante la celebración de la boda de su segundo hijo, para declarar: 'León tiene buen olfato para los riesgos provechosos', luego de que la bolsa de valores cotizó las acciones con una buena ganancia. Lo que no dijo Dimitri Stephanades fue que este éxito ocurrió a pesar de que durante el último año, él le había atado las manos a su hijo al no darle carte blanche para esta empresa. Uno debe preguntarse si es sensato atarle las manos a un hombre como León Stephanades y si quizá ya es hora de que el viejo abdique de su poder para dárselo al hijo mayor".

Ella había leído y releído el artículo, sólo porque le revelaba más, respecto a la personalidad de León. Es decir, el hecho de que existía "alguien" que podía atarle las manos. También estaba el hecho de que tenía un hermano.

—Bien, "montículo" —le murmuró a su vientre—. Tu papito es un diablo astuto. Con razón le convino abandonarme, ya que esto es lo que quería lograr.

—Jemma... —murmuró Trina, de manera tentativa.

— ¿Qué? —preguntó, y levantó la vista del diario.

—Problemas —anunció Trina, sin morderse la lengua, y le dejó un sobre frente a los ojos.

Alarmada, se quedó mirándolo y su columna se estremeció. Igual que Trina, de inmediato reconoció la letra y, como ésta, supo que se trataba de problemas.

— ¡Diablos! —murmuró.

— ¿Qué querrá? —Trina tomó, y se sentó.

—No lo sé —no esperó tener noticias de León. Eso la conmocionó.

— ¿No crees que debes abrirlo para saber de qué se trata?

Jemma prefería no hacerlo, pero sus dedos, sin voluntad, abrieron el sello. Con la boca seca, fijó la mirada en las pocas palabras, escritas deprisa, hasta que comprendió el significado.

"Llegaré a Londres el viernes. Me agradaría verte. ¿Cenarías conmigo? Iré por ti a las ocho. L."

Su corazón dio un tumbo antes de palpitar con tanta rapidez, que le fue difícil respirar. Los labios se le resecaron igual que la boca. Saber que él estaría tan cerca, en Londres, la hizo desear llorar por la añoranza. De inmediato se endureció. En su vida ya no cabía ese tipo de debilidad.

— ¿Qué dice? —preguntó Trina.

—Nada —le entregó la nota.

Su amiga la leyó con lentitud, con el rostro impasivo. Miró a Jemma.

—Creo que deberías verlo —repuso, quedo.

— ¿Bromeas? —se burló, al apoyarse en el respaldo y colocar las manos sobre su redondeado vientre.

—No, lo dije en serio—. Creo que debes verlo... ya es hora de que le pidas ayuda.

— ¡No seas tonta! —tronó, y no pudo ponerse en pie porque Trina le tomó una mano.

— ¡Permanecerás sentada y me escucharás! —insistió—. Jem —rogó, al ver que la otra se mostraba hostil—. ¡Llevar el embarazo a término ha sido más difícil de lo que pensaste! ¡Te has debilitado! Te quedaste sin empleo...

—Dejé de trabajar porque no toleré que me trajeran de un lado a otro —le recordó enfadada a Trina—. ¡No tuvo nada qué ver con mi estado!

—Fue precisamente por tu embarazo —suspiró—. Pedías tantos permisos para ausentarte, que tuvieron que despedirte. Lo sabes muy bien.

—Eso nada tiene qué ver con que me encuentre con León.

—Está muy relacionado, porque apenas sobrevives con pensión —espetó Trina.

—Gracias —pensó en sus sacrificios para poder pagar su parte de la renta—. Sigue recordándomelo.

—No trato de hacerlo —declaró Trina—. Jem, ¡León tiene la obligación de ayudarte.

— ¡No! —tronó y se alejó.

— ¿Cuándo dejarás de ser tan testaruda? —Exigió su amiga—

¿Qué derecho tienes de decidir lo que pueda querer o no León? De nada te servirá irte al baño con la esperanza de que no te siga, lo haré —le advirtió—. Estás en las últimas fuerzas, cariño, y si León te ofrece una mano debes aceptaría.

— ¿Desdé cuándo él se ha convertido en tu sabor favorito del mes? —se volvió furiosa. Algo que no hacía en meses—. ¡Tenía la impresión de que pensabas que él fue lo peor de mi vida!

—Es cierto, y sigo pensando lo mismo, pero eso no cambia el hecho de que fue parte de tu vida y tengo el resultado frente a mis ojos.

— ¿Lo oíste, "montículo"? —Jemma le habló a su vientre—. ¡Tu tía Trina acaba de mencionarte!

—Ojalá dejaras de hablarle a esa cosa como si estuviera viva —protestó, después de reír a regañadientes.

—Está viva —recalcó—. Y es mi problema, de nadie más —se cubrió el vientre con una mano.

—Estás equivocada. Ese "montículo" tiene padre. ¿Realmente crees que tienes el derecho de privarlo de eso.

Jemma no contestó, porque no supo qué decir. Era algo respecto a lo cual había agonizado desde que se separó de León.

—No lo veré —repitió, testaruda—. ¡Olvídalo, Tri!

Se volvió y dejó a Trina en pie, mirándola, antes que cerrara la puerta de su alcoba.

Para cuando salió, ésta ya se había ido al trabajo. La nota de León yacía dentro de la cocina, en el centro de la mesa, como una amenaza. Se sentó y se acercó el trozo de papel.

Lo leyó despacio, deseando encontrar más calidez en las breves palabras, a pesar de saber que era una tontería intentarlo. Se recordó que sólo eran amigos. Que se habían despedido como tal, y recordó cómo ella salió corriendo de la casa de él. "Cuídate", le había dicho, como lo dice un amigo. Esa nota era de un amigo que deseaba ver a una amiga mientras estuviera en. Londres.

El se ofendería si lo rechazaba.

—Me duele rechazarte —murmuró ella, llorosa—. Lo lamento, "montículo" —se puso en pie, luego de doblar el papel y meterlo en el sobre—. Pero no puede ser.

—Estoy apaleada —declaró Trina, al regresar entrada la tarde y encontrar a Jemma en la cocina, preparando una ensalada—. Debimos hacer limpieza general en una casa de seis alcobas. Sabes cómo son esas casas —suspiró y se sentó en una silla—. Altura de tres metros y medio con cornisas intrincadas, diseñadas especialmente para guardar polvo —se desperezó, giró los hombros e hizo una mueca cuando sus

músculos doloridos protestaron—. Mañana volveremos a colgar las pesadas cortinas, pero con eso habremos terminado —levantó una taza y sedienta bebió el té.

—Es la casa cerca de Grosvenor Square, ¿no? —preguntó Jemma. Desde que había dejado su empleo, hacía el trabajo de oficina de Trina, y durante el último mete o dos se había familiarizado con la clientela de "Servicio a Domicilio".

Trina observó detenidamente a Jemma. No era tonta y sabía lo que haría.

Esta dejó una carta sobre la mesa.

—Mañana es viernes y quiero estar segura de que León reciba esto —explicó—. ¿Me harás el favor de llevarla, Trina?

Esta tardó en contestar, y no fue fácil interpretar su expresión, mientras observaba el pálido rostro de su amiga y luego el sobre cerrado. Jemma, incómoda, encogió los hombros.

—La llevaría yo, pero mañana tengo cita en el hospital —volvió a encoger los hombros. Trina sabía que esas visitas eran largas y cansadas.

—Está bien. La llevaré —pero su expresión sombría hizo que Jemma se sintiera peor.

"¿Estoy convirtiéndome en un lío para Trina?", se preguntó, temerosa. Sin Trina no sabría qué hacer.

Esa noche Trina salió con Frew. Cuando regresaron, él estaba callado, algo no frecuente, y le contestaba a Jemma con pocas palabras. Ella terminó por irse a la cama, porque supuso que habían tenido una disputa y era mejor dejarlos solos.

Al día siguiente, Trina ya se había ido cuando Jemma se levantó, y no estaba en casa cuando regresó del hospital. Esta había dejado un mensaje cerca de la contestadora del teléfono, en la que le decía que se vería con Frew antes de regresar esa noche. No era raro. Era viernes y Trina a menudo se quedaba en el apartamento de Frew todo el fin de semana, así como ella lo había hecho con León.

No tenía apetito, pero se preparó una jarra de naranjada. Sedienta, bebió un vaso antes de meterse a la tina, con la esperanza de que le calmara la tensión en el cuerpo. En el hospital se mostraron complacidos con la evolución de su embarazo, no así con la náusea que seguía teniendo. La habían citado para otro reconocimiento la semana siguiente, sólo para verificar algunas cosas. Le habían asegurado no era motivo de preocupación.

Pero ella lo estaba. Tratándose de su criatura, cualquier cosa que se saliera de lo usual la preocupaba. Aceptaba que pesaba muy poco, pero todos se sorprendieran por el tamaño de la criatura. Y a pesar de

los vómitos, ella tenía cuidado de alimentarse como era debido. ¿Qué podía estar mal?

Suspiró, dejó salir el agua de la tina y se puso en pie para abrir los grifos de la ducha, antes de lavarse el cabello con champú.

Envuelta en una toalla entró en su alcoba y vio que eran las seis y media. ¡Pasó una hora y media en el baño sin haber pensado en León! Lo único que debía hacer en ese momento era pensar en algo para ocupar su mente durante el resto de la larga y vacía velada.

¡Saldría!, decidió sin pensarlo. Iría al cine. Proyectaban la película más reciente de Jack Bridgeman en la sala de un cine cercano. Se suponía que era buena. Además, cualquier cosa era mejor que estar sentada fantaseando con un hombre que estaba más lejos de ella que el gran actor.

Deprisa se vistió con un pantalón blanco de tela elástica y una camiseta de punto, holgada, que le cubría bien el vientre. Se ató el cabello, se sombreó un poco los ojos, se coloreó levemente los labios y levantó su bolso. Si se daba prisa, llegaría a tiempo para ver la primera función.

Abrió la puerta y quedó petrificada.

Capítulo 7

¿VAS a algún lado? —preguntó una voz grave, bellamente acentuada—. ¡Qué suerte que logré pescarte a tiempo! Jemma no pudo moverse. Tenía una mano sobre la puerta y la otra estaba tomando la correa de su bolso. Quedó conmocionada y horrorizada. A pesar de todo, sus ojos bien abiertos lo devoraron y sus sentidos revivieron al reconocer al dueño de la voz. El vestía camisa y pantalón de algodón blancos, y la falta de colorido en el atuendo hacía resaltar su piel morena. El cuerpo alto y esbelto parecía sensual y muy peligroso.

"Peligroso". Repitió la palabra con cautela. Definitivamente era peligroso. Pulsaba con peligro ahí en pie, sonriéndole.

Ella parpadeó y pasó saliva al tratar de dominarse.

— ¿Q-qué haces aquí? —Preguntó como una tonta—. ¿No recibiste mi carta?

— ¿Carta? Sí, la recibí —confirmó, en tanto ella seguía mirándolo y notaba que el peligro se convertía en una furia cegante—. Entra —tronó y le ciñó la muñeca para alejar su mano de la puerta, y así poder empujarla hacia adentro.

La puerta se cerró de golpe. Jemma se estremeció mientras él la conducía a la sala, antes de tomarla de los hombros y volverla para que lo viera de frente. '

— ¿Pensabas decírmelo en algún momento? —exigió, severo.

—No sé de qué me hablas —murmuró, después de tomar aire con el corazón acelerado.

— ¿No? —preguntó tan quedo, que la hizo estremecerse de temor. El separó las manos de ella para extenderlas sobre el crecido vientre. Ella contuvo el aliento por la intimidad del movimiento y los ojos de él se ensombrecieron—. Entonces, ¿de quién es esto? —exigió.

—Yo... —trató de alejarse, pero él la detuvo y la acercó hacia sí—. Mío —murmuró, acongojada—. Esta criatura es mía.

— ¿No tiene padre? —se burló. ¿Quizá fue una concepción inmaculada?

Ella se ruborizó ante el sarcasmo, pero apretó los labios y bajó la mirada para no ver la amenaza en su rostro. Pero León esperó. Esperó tanto tiempo que ella pensó poder oír el latido de la criatura en su vientre. Quizá él pensó lo mismo, porque se lo acarició como si tratara de calmar a una criatura agitada. Como respuesta, la criatura dio una patada y León se petrificó sin respirar.

— ¿Lo sentiste? —preguntó ronco, y ella asintió—. Le habla a su papá, ágape mou. ¿Perderemos más tiempo con tus mentiras o

finalmente serás franca conmigo?

— ¿Franca? —alzó la barbilla de manera agresiva—. ¿Deseas franqueza, León? —empujó la mano de él—. ¡Pues bien, si he de ser franca, no quiero que me toques!

—No te tocaba a ti, tocaba a nuestra criatura.

— ¡La mía! —refutó—. Esta criatura es mi error y mi responsabilidad. No te pedí que vinieras y no sé por qué lo hiciste. Pero si es para decirme que no debo tenerla, te digo que llegaste muy tarde —su mirada era de reto. El reto de una mujer que protegía a su hijo aún no nacido—. ¡No me harán perderla sin una buena excusa médica!

— ¿Perderla? —Masculló y bajó las cejas—. ¿De qué diablos hablas? ¡No he dicho nada!

—No —aceptó, justo cuando la náusea la atacó de nuevo—. ¡Nunca te di oportunidad! No soy Cassie —declaró—. ¡Y ningún hombre bailará de alegría por la pérdida de mi criatura!

— ¿Cassie? —preguntó, pasmado—. ¿Qué tiene ella qué ver con esto?

—N-nada —balbuceó ella, al llevarse una mano al cabello. Estaba tan conmovida por la aparición de León que no sabía lo que decía—. Ella liberó a Josh del compromiso de la manera más errónea, eso es todo —explicó con amargura--. ¡Pero yo no te exigí ningún compromiso!

De modo que no tienes derecho de venir a imponerte y decirme lo que debo...

— ¿Cassie se hizo un aborto? —la interrumpió, y su voz dio a entender que apenas se enteraba.

—Sí —respondió, y las piernas le flaquearon.

— ¿Y tú crees que yo habría querido que hicieras lo mismo? —insistió. Parecía estar confuso.

"¡No, Dios, no", pensó ella, y se estremeció horrorizada por sus propias palabras viles. ¿Cómo pudo acusarlo de algo tan terrible? Ella sabía que él no era ese tipo de hombre.

—Lo lamento —se disculpó—. Desde luego, nunca pensé eso de ti.

—Eso ya es algo, supongo —murmuró, sin dejar de mirarla con desdén.

—Lo lamento —volvió a decir, sintiéndose tan culpable que deseó esfumarse.

— ¡Por Dios, siéntate! —masculló y ella se dio cuenta de lo mucho que temblaba cuando él le ciñó un brazo y la ayudó a sentarse en una silla cercana—. ¡Tú aspecto da a entender que casi no puedes sostenerte, menos a la criatura que llevas dentro! ¿Cómo diablos te

permitiste llegar a este estado?

—Estuve enferma —balbuceó.

—Supongo que enfermaste a causa de tu engaño —murmuró sin conmiseración.

— ¿Quién te informó lo del niño? —hizo la pregunta que le quemaba la mente, desde que él llegó, al no inmutarse por el embarazo.

El tenía la mirada fija en el suelo y durante un momento Jemma creyó que no le contestaría, pero la miró e hizo una mueca.

—Tú compañera de apartamento, ¿quién más? —respondió y notó que el poco color en el rostro de Jemma desaparecía.

—Se suponía que ella sólo entregaría mi carta —murmuró, dolorida.

—Y eso hizo exactamente —asintió León—. Pero parece que el destino se encargó del asunto. Volé antes y llegué a casa temprano, y la encontré en mi puerta. Lo que sucedió después queda entre tu amiga y yo —declaró, sombrío—. Pero debo decir que es mejor amiga de lo que mereces. Desde luego, la invitaremos a nuestra boda.

— ¡No puedo casarme contigo, León! —gritó, conmocionada, con la mirada fija en el rostro masculino.

— ¿Por qué no? —preguntó con altivez—. ¿A poco tienes otros crímenes qué declarar? ¿Otros-pecados en que se me juzgará culpable sin ningún juicio?

—No, por supuesto que no —se arreboló—. Pero...

—Entonces, ¿quizá sea un pecado tuyo el que te horrorices al pensar en casarte conmigo? —sugirió—. ¿Quizá hay algo más en el fondo que tu mejor amiga no me dijo? Algo que quizá tenga relación con el hombre a quien ibas a ver esta noche, cuando te sorprendí con mi presencia. -

— ¿Qué hombre? —Jemma frunció la frente porque no tenía la menor idea de lo que él decía.

—El hombre que mencionaste en tu carta —le explicó—. El hombre a quien frecuentas, según escribiste.

Jemma volvió a ruborizarse, y bajó la mirada al recordar que le había dicho una mentira para explicar su rechazo hacia él.

— ¿Será ese hombre el padre de tu criatura? ¿Quién es él? ¿Es mejor amante que yo? ¿Me cambiaste por él? ¡A juzgar por tu condición, debo suponer también que lo conociste mucho antes de que nos separáramos! —le escudriñó el rostro—. ¿Es posible que tu compañera de apartamento llegara a la conclusión errónea?

— ¡Calla! —Tronó, al no poder soportar más—. ¡Sabes que no soy así! ¿Cuándo te di la impresión de que podría serlo?

— ¿Quieres decir, engañosa? —preguntó—. ¿Mentirosa e infiel?

Se puso lívida y la náusea la acometió.

—Quiero que te vayas —murmuró, y temblorosa se puso de pie.

— ¿No te agradan mis acusaciones? ¿Te ofenden tan profundamente como las tuyas a mí?

De modo que se trataba de eso. El se vengaba de ella de la manera más insultante que se le ocurrió.

—Ya te pedí disculpas —repuso—. ¿Qué más quieres que diga?

—Puedes decirme de quién es la criatura.

— ¡Tuya! —declaró, acongojada—. ¡Sabes que es tuya! —se volvió y corrió hacia la puerta.

Al menos él le ahorró la humillación de observarla, en tanto vomitaba. Ella logró empujarlo y desequilíbralo, cuando corrió al baño. Para cuando él se reunió con ella, Jemma se sostenía del retrete y después de un momento de inquietud, León se volvió y se alejó.

Débil, ella estaba sentada en el borde de la tina cuando él regresó. León no dijo nada, pero estaba sombrío cuando tomó una esponja, la remojó y se arrodilló para pasarla por el rostro y cuello sudoroso de Jemma.

—Perdiste peso —comentó él—. ¿Cómo es posible que una mujer encinta pierda peso?

Ella movió la cabeza porque seguía con náusea y no pudo hablar. No la ayudaba el hecho de que él estuviera tan cerca, porque la calidez de su cuerpo y el sutil aroma de su loción la mareaba.

— ¿Por qué lo hiciste, Jemma? —preguntó de pronto—. ¿Que te hice para que desconfiaras tanto de mí?

—No desconfiaba de ti —suspiró—. Desconfiaba de nuestra relación.

—Sin embargo, te ofrecí más de lo que he ofrecido a cualquier otra mujer —le levantó la barbilla y le escudriñó los ojos—. ¿No contó eso para nada?

—Eres muy arrogante —se burló—. Me ofreciste ser tu "querida" y te esforzaste en darme tu opinión respecto al matrimonio. También hablaste muy claro respecto a lo que piensas de tas mujeres que se embarazan para atrapar a un hombre —con impaciencia alejó la mano de él y levantó la toalla para secarse el rostro—. No me diste mucho de dónde elegir —terminó.

León no contestó, pero su expresión dio a entender que ella había logrado que meditara respecto al asunto.

—Dime por qué estás tan pálida y delgada —exigió, y Jemma hizo una mueca para sí. Lo que no era posible defender debía ignorarse.

—Ya te dije que estuve enferma—. Sufrí un terrible catarro —se

llevó una mano a una mejilla—. Tardó bastante, pero ya comienzo a reponerme.

— ¿Y la criatura? —deslizó la mirada por el cuerpo femenino—. ¿Sufrió a causa de tu enfermedad?

—No —respondió, esbozando una sonrisa triste, que León no comprendió—. La criatura no sufrió por eso.

Jemma no pudo interpretar la expresión fugaz de él, pero lo notó tranquilizado. León dejó caer la esponja, se enderezó y pareció titubear en cuanto a qué hacer.

— ¿Ya estás bien? —preguntó—. ¿Debes acostarte un rato o algo...?

—Ya estoy bien —aseguró a secas—. Gracias.

—Entonces, por qué sigues sentada ahí como si hubieras decidido echar raíces —repuso, intrigado.

—Porque mis piernas aún no podrían sostenerme —lo miró con impaciencia.

— ¿Por qué no, me lo dijiste? —De inmediato la tomó en brazos y la sacó del baño—. ¿Adonde? —preguntó, al detenerse en el pasillo.

—La cocina —respondió sintiendo el aguijón de la amargura en los nervios—. Necesito una bebida fresca.

El asintió y caminó por la cocina para acomodarla con cuidado en una silla.

—No te muevas, yo te la daré —se acercó al frigorífico, se inclinó para ver qué contenía y sacó la jarra con naranjada—. ¿Está bien esto? —preguntó.

Ella asintió y él buscó un vaso. Lo colocó frente a Jemma y lo llenó.

—Me parece muy diluido —comentó, mirando la bebida.

—Así me agrada —no dijo que era la única manera en que podía beberlo.

— ¿Te molestaría si no bebo esto y me preparo un café? —le preguntó.

—Adelante —aceptó y agregó—: Siempre y cuando no lo pongas frente a mí.

— ¿Tan sensible tienes el estómago? —se acercó a la tetera y verificaba su contenido.

—Sólo cuando me río —bromeó al sentir que parte de la tensión desaparecía de sus músculos.

— ¿Tan mal te sientes? —se volvió y sonrió.

—Depende de cómo definas la palabra mal —hizo una mueca—. Trina piensa que es horrible. ¡Creo que al verme decidió no tener hijos nunca!

— ¡Ah, Trina! —Murmuró, al servir dos cucharaditas copeteadas de café en una taza—. Ella es una buena amiga, Jemma. Diría que no la hay mejor.

Jemma se apoyó en el respaldo de la silla y lo miró con detenimiento.

—Ustedes dos formaron una sociedad de admiración mutua, ¿no? —Recordó que ese día Trina aprovechó cada momento que pudo para cantar sus alabanzas respecto a León—. ¡Recuerdo que antes solían reñir todo el tiempo!

—Tenemos un interés común —se defendió—. Ese tipo de asunto puede acercar a dos personas muy diferentes.

— ¿Lo suficiente como para traicionar a otra amiga? —sugirió ella.

— ¿Traicionar? —la miró pensativo, pero de inmediato se concentró en verter agua caliente a su taza.

—Trina no te traicionó —ni siquiera trató de hacerse el desentendido—. Quizá se traicionó a sí con sus esfuerzos por serle leal a su amiga más cercana —llevó su bebida ala mesa y miró a Jemma—. ¿Sabes que rechazó la propuesta de matrimonio que le hizo su contador, porque está preocupada por lo que pueda pasarte si ella se casa?

El estado de humor desapareció, y Jemma sintió que millones de filosas astillas de vidrio la destrozaban.

León la observó unos minutos, mientras sorbía el café y esperaba ver la reacción de Jemma respecto a lo que acababa de decirle. Luego bajó su taza y habló:

—Ahora hablaremos de una boda, Jemma —ella fijó la mirada en el rostro decidido y sombrío de León—. La nuestra, no la de tu amiga. Bastantes problemas, ha tenido por causa nuestra.

La palabra "nuestra" era sólo un soborno para tranquilizarla, pero de cualquier manera aclaraba bien el punto. Trina de seguro sintió que la partían en dos entre su amiga y el hombre que insistía en que se casara con él.

Con razón Trina había acudido a León. ¡De seguro lo consideró su única salvación!

Jemma pasó saliva y se vio como debía verla Trina. Sintió que la náusea la atacaba de nuevo. Un peso. Ella se había convertido en un peso sobre su mejor amiga.

— ¿Qué deseas que haga? —preguntó, y levantó la mirada hacia los ojos de León. El asintió como si la respuesta de ella la hubiera hecho subir unos grados en la estimación que le tenía.

—Quiero que prepares tu equipaje y que estés lista para salir de aquí mañana, a la hora del almuerzo —dio las instrucciones como

debía darlas a cualquiera que estuviera bajo su poder—. Para cuando venga por ti, ya le habrás escrito una carta larga a tu amiga para convencerla de que no sólo hizo lo correcto al confiar en mí, sino que no sabes cómo agradecérselo. Le dirás que estás feliz y muy enamorada —soltó las palabras en tono burlón—. Luego le darás las gracias por haber sido tan buena amiga y le desearás buena suerte. Te despedirás. Pero no le dirás nada respecto a que sabes que está frustrada por no haber podido casarse —le advirtió—. Ella no es tonta y adivinaría que me valí de lo que sé para obligarte a cambiar de opinión, y eso la haría sentirse mal y culpable. No queremos que eso suceda, ¿verdad, Jemma?

Ella aceptó con la cabeza, porque las lágrimas le impidieron hablar.

—Muy bien —León se puso de pie—. Ahora saldremos a comer —anunció, como si lo anterior no hubiera sucedido.

—No puedo—murmuró, porque pensar en comida le revolvía el estómago.

—Sí puedes —le tomó un brazo y la levantó de la silla—. Y comerás —la miró decidido—. Vendrás-y comerás, aunque deba cargarte con un balde pegado en la nariz. ¿Comprendes?

"¿Comprendes?", se dijo atontada. Comprendía muy bien. Acababa de convertirse en una de las posesiones de León para hacer y ser lo que él exigiera de ella.

La náusea duró un rato y la amenazó con otro vómito, pero después de tomar varias bocanadas de aire se sintió mejor que nunca en-varios días y se subió al Mercedes plateado.

—No entraré —le informó León, cuando la regresó al apartamento —. Duerme —le sugirió y levantó una mano para despejarle un mechón de la mejilla—. Y trata de no meditar mucho respecto a tu suerte, ágape mou. Creo que no soy un mal partido.

—Debo preguntarte si el partido se hubiera dejado atrapar sin un anzuelo con carnada —preguntó, ojeándolo en la oscuridad del coche.

— ¿Te refieres a mi suerte?

—No comprendo por qué haces esto —explicó y suspiró con pesadez—. Nunca te pedí matrimonio y no lo espero de ti.

— ¿Preferirías que te instalara en una casita en las afueras de Londres? —sugirió—. ¿Con una buena mesada que te permitiría vivir mientras crías a mi hijo?

— ¡Preferiría que me dejaras en paz para que viva a mi manera! —tronó, para vengarse de la arrogancia de León.

— ¿Tu vida? —refutó, enfadado—. ¿Qué tiene que ver tu vida con esto? ¿O la mía? —Volvió a mostrarse posesivo, al colocar una mano

sobre el vientre de Jemma—. Esta es la única que cuenta ahora —sus ojos cintilaron al hablar con sinceridad—. ¡De ahora en adelante, lo que tú o yo deseemos para nosotros ocupará el segundo lugar! ¡Y esto necesita una madre y un padre! Eso es precisamente lo que tendrá, aunque deba tirar de tu hermoso cabello para llevarte al altar.

Con movimientos bruscos se alejó de ella y fijó la vista al frente, como si de pronto, el mundo exterior se hubiera convertido en un enemigo, mientras el espacio dentro del vehículo hacía eco de su promesa pasional.

Jemma aceptó que fue una promesa y se estremeció. Una promesa que avergonzaba sus principios respecto a no atar a León, mientras luchaba por criar sola al hijo de los dos.

León se volvió para mirarla, como si le hubiera leído el pensamiento.

—No volveremos a mencionar esto —declaró—. La acción ya fue cometida y nuestros futuros quedaron determinados —calló, mientras volvía a mirarla de manera implacable y se inclinaba para abrirle la puerta—.

Regresaré por ti mañana al mediodía. Espero que estés lista.

Al día siguiente, Jemma tenía las maletas listas cuando él llamó a la puerta del apartamento. El entró y ojeó el vestido holgado de verano, de algodón, azul cielo, pero no dejó ver sus pensamientos. Jemma se preguntó que veía cuando la observaba de esa manera. ¿Veía a la mujer deseable que antes había abrazado con tanta pasión, o veía a la pálida sombra de la mujer que, ella sentía, era en el presente? — ¿Lista? —preguntó, al ojear las maletas alineadas contra una pared. Ella asintió sin decir nada.

— ¿Nada más? —pareció sorprendido, y Jemma se obligó a hablar.
—Dejé unas cajas llenas en mi habitación. No es nada importante —le informó—.Podrán venir por ellas cuando sea necesario —encogió los hombros como si no le importaran.

--Las llevaremos en este momento —declaró con firmeza—. No regresarás aquí, Jemma.

Ella se estremeció porque las palabras dieron un giro total de lo que lo habían hecho sus pensamientos durante toda la noche.

Capítulo 8

¡NO! —Jemma rehusó de inmediato, al mirar horrorizada la habitación en la que él estaba por dejar sus maletas—. ¡No dormiré contigo, León!

Se volvió, bajó por la escalera y llegó a la sala, donde con enfado miró hacia afuera, a través de la ventana. ¿Cómo se atrevía él? ¡No fue bastante malo que la llevara a una clínica privada, donde estuvo a su lado mientras el ginecólogo le hacía todos los molestos exámenes sino que en ese momento esperaba que ella compartiera su cama!

— ¡Te odio! —Masculló sin volverse, cuando oyó que él entraba a la habitación—. ¿Cómo pudiste ser tan insensible?

— ¿Hablaremos de cómo dormiremos, o del hecho de que insistí en estar presente durante el reconocimiento que te hizo el médico? —comparado con ella, habló con bastante calma.

— ¡Las dos cosas! —tronó—. ¡Las dos fueron atentados contra mi vida privada!

—No es el hecho de que me meta en tu vida privada lo que te disgusta, Jemma, —alegó a secas—. ¡Es el hecho de que haya vuelto a meterme en tu vida!

Ella quiso negarlo, pero apretó los labios y no dijo nada. Lo consideraba un intruso, y por lo mismo, seguía estremeciéndose. Se sentía atrapada, exprimida y pisoteada. En menos de veinticuatro horas, León le había quitado el derecho que tenía de pensar por sí.

Comenzaba a comprender lo que se sentía ser una adquisición de León Stephanades. ¡Una mano de hierro con guante de terciopelo!

— ¡Al menos pudiste mostrar un poco de tacto permitiéndome perder mi dignidad en privado! —masculló, tensa.

— ¿Qué me dices de mis derechos como esposo y padre que se preocupa por ti y la criatura? —refutó—. ¿Crees que no me enterneció tanto como a ti, ver la evidencia de los movimientos de nuestro hijo dentro de ti? Sí... —habló quedó, al ver que sus palabras la sorprendieron al grado de que se volvió para mirarlo con detenimiento —. Vi tu expresión cuando la pantalla de ultrasonido mostró nuestra criatura perfectamente formada, ágape mou. Vi tu expresión de orgullo y los sentimientos de alivio cuando el médico nos aseguró que todo va bien. ¿Crees qué no experimenté las mismas emociones y que no debía permitírseme experimentar lo mismo que tú?

— ¡No quise decir eso!

— ¿No? —Se acercó a ella con expresión sombría y le colocó las manos sobre el vientre—. Somos una unidad —declaró—. Tres partes de un entero, únicos por la irrefutable existencia de nuestra criatura, la nuestra—repitió con ferocidad—. ¡Y cuanto antes aceptes eso, más

cómodos estaremos todos!

¿Cómodos? El realmente creía que ella aprendería a estar cómoda con un hombre que podía darle la espalda a la mujer, pero que estaba dispuesto a tolerarla porque ella era la madre de su hijo no nato?

— ¡Eso no significa que deba dormir contigo! —declaró, testaruda.

—Te equivocas si hay alguna esperanza de que este matrimonio sea lo contrario —declaró, sombrío.

— ¡Aún no estamos casados!

— ¡Lo estaremos dentro de dos días! —otra declaración que la conmocionó y mareó—. Y no importa dónde decidas dormir esta noche, Jemma, ¡dormirás conmigo luego de que nos casemos!

Lo decía en serio. Su mirada y la manera posesiva en que la ceñía lo aseguraban, y la frustración y enfado le indicaban que ella no tenía otra elección. Pero debía hacer un último intento.

— ¿No puedes darme, al menos un poco de tiempo para que me acostumbre a la idea de que estaremos juntos, antes de que deba...?

El lo negó con Ja cabeza. Jemma suspiró y sintió que la amenaza de las lágrimas le cerraban la garganta.

— ¡Entonces debo repetir- que eres un animal insensible!

—Quizá —aceptó y su enfado se convirtió en una especie de auto burla, porque presintió que ella capitulaba. Deslizó una mano sobre los hombros de ella, ascendiendo, hasta que sus dedos llegaron a su cabello para moldearle la nunca, luego presionó su barbilla para levantarle el rostro. Ella vio la sonrisa que le suavizaba los ojos. El corazón de Jemma dio un tumbo y sus sentidos se incitaron porque él había despertado todas las debilidades que ella tenía a su lado—. De seguro, ágape mou, no has olvidado lo agradable que fue para los dos dormir juntos. No hace mucho de eso.

— ¡No recuerdo que haya-dormido mucho! —tronó, al tratar de luchar contra él y contra sus propios sentimientos.

—Pero ahora será diferente —prometió—. Sólo porque el médico te prescribió descanso y nada de excitación! —la sorprendió al besarle la punta de la nariz, antes de soltarla—. Ahora, quiero saber qué piensas de los barcos —cambió de tema.

— ¿Barcos? —lo miró, pasmada—. ¿Qué tienen qué ver los barcos en todo esto? —preguntó.

—Mucho, si te agradan —respondió—. Nada, si tiendes a marearte. De por sí tu cuerpo debe soportar ese síntoma sin que yo lo empeore.

Jemma bajó la mirada, y se negó a decirle que no había tenido más náusea desde que él regresó a su vida. El médico había sugerido que la preocupación y la tensión eran los culpables de sus vómitos. Ella comenzaba a creer que el médico tenía razón.

— ¿Los sufres?

— ¿Qué cosa? —levantó la cabeza, porque había perdido el hilo de la conversación debido a sus pensamientos.

—Tiendes a marearte en un barco —repitió, como si le hablara a una criatura.

—No —respondió—. En mi adolescencia era socia de un club de navegantes. Y con Trina viajé en barco, la última Navidad, cuando estábamos en Barbados. Pero, no comprendo...

—Perfecto —la interrumpió—. Porque yo tengo un... yate. El médico te sugirió descanso, en tanto recobras tu salud, y no se me ocurre otro sitio mejor para esas tres cosas, que navegar por las islas griegas en mi yate disfrutando la comida del mejor de los chefs de Grecia. ¿Qué me dices?

¿Qué podía decir? Por primera vez desde que él regresó a su vida tuvo el inicio del placer.

—Suena estupendo, pero...

—Nada de peros —descartó con arrogancia—. El martes embarcaremos en Corfú y viajaremos hacia el sur, a través de las islas Jónicas. ¿No te parece que es una buena idea para la luna de miel?

— ¿Luna de miel? Jemma no pudo dominar un estremecimiento porque lardea le parecía totalmente hipócrita—. No puedes detener tu vida por mí, León —repuso, ronca—. Soy muy consciente que de por sí ya desvié tu programación en los negocios.

— ¿Lo hiciste? —murmuró, pensativo—. Supongo que sí —aceptó —. De cualquier manera eso haremos —encogió los hombros y antes de que ella pudiera decidir si la respuesta la había lastimado o no, agregó—: Tengo hambre. Vayamos a ver qué hay en la cocina.

Sin ninguna formalidad, y como solían hacerlo antes, comieron en la cocina. Jemma se sorprendió de que pudieran retornar al trató amable de antes. Y cuando terminaron de limpiar todo, el día cobró lo suyo y ella no pudo dominar los bostezos.

—A la cama —ordenó León al volverla hacia la escalera—. Hay cinco dormitorios, ágape mou. Elige —eso la calmó y fue una pequeña victoria para ella. Jemma la aceptó con una sonrisa cansada y un sentimiento interior de desilusión—. Lleva lo que necesites para esta noche, pero deja las demás maletas donde están hasta mañana. Yo debo trabajar unas horas antes de descansar —agregó—. Me despediré de ti ahora —se inclinó para darle un ligero beso en los labios.

Ella le correspondió sin querer y se maldijo por su debilidad. Cuando él se alejó, ella suspiró con añoranza. Abrió los párpados y deseó no haberlo hecho, porque en los ojos de él vio comprensión respecto a su propia vulnerabilidad.

—Quisiera poder odiarte —murmuró, desvalida.

— ¿De veras? —sonrió de manera extraña, como si la idea de que ella pudiera odiarlo no le fuera difícil de imaginar—. Esta noche no te daré motivos para hacerlo, de modo que vete tranquila a la cama —murmuró, observándola.

Dos semanas después, Jemma decidió que estaba muy tranquila, mientras yacía en las profundidades de una pereza sublime sobre la cubierta del lujoso yate de León. Se protegía los ojos del sol con una mano, mientras que en la otra tenía una carta que acaba de recibir, por medio de la lancha rápida que llegó hasta ellos, para entregarle a León los papeles que pudieran requerir su atención.

Jemma se sorprendió al ver que él no parecía deseoso de regresar a la ajetreada vida de un magnate. Pero durante esas semanas, descubrió varias cosas respecto a él, siendo la más sorprendente, el hecho de que poseía habilidad para hacer el papel de un holgazán. Aunque sí trabajaba. Un hombre con tantas responsabilidades no podía cerrar y olvidar del todo, sus negocios. Pero sólo pasaba unas horas por la mañana encerrado en su camarote, y otras horas por la tarde, cuando ella descansaba. En las demás horas era un compañero agradable y encantador, dispuesto a consentirla. Se acostaba a su lado en la cubierta o la llevaba en lancha a la isla más cercana, donde ella disfrutaba sus recién aprendidas habilidades de buceo.

Su salud había mejorado de manera notable. Ya no sentía náusea, había adquirido un bronceado dorado y sus facciones habían florecido, porque sus ojos habían recobrado su brillo normal.

Jemma había dejado de sentirse cohibida por su figura maternal, a las pocas horas de estar en el yate. Se vio obligada a olvidar su apariencia, dado el calor del sol y la arrogancia con que León se le había acercado en cubierta. Olvidó que vestía una camiseta holgada de punto, y el deseo de regresar a su fresco camarote.

Pero León tenía otras ideas. El había extendido una mano para deslizarle la camiseta por la cabeza. Luego, mientras ella estaba de pie, sonrojada y muda por la mortificación, porque él la había dejado con sólo una braga de algodón, León exploró cada centímetro de su cuerpo, al grado de alejarle los brazos, con los que ella trató de cubrirse.

—Ahora que descartamos ese penoso momento para ti, quizá podamos comenzar a relajarnos y disfrutar este crucero, tal como fue programado —comentó.

Desde entonces, ella sólo usaba uno de los bikinis que León le había dado, a veces sin sostén o vestida con camisa de algodón

durante las horas en que era conveniente protegerse del sol.

Vivían, comían y dormían en el yate, y sus pies habían tocado tierra firme en las pocas ocasiones en que él planeaba un día de campo en alguna bahía aislada. Por-lo general, Jemma estaba más en paz consigo, estaba contenta. Pero con" tristeza se corrigió y se dijo que estaba contenta dentro de los confines de la pequeña burbuja en la cual vivía en el presente.

Quizá por lo mismo miraba la carta de Trina, sin leerla. Temía que su amiga hubiera escrito algo que podría reventar la burbuja. Recordarle, quizá, la realidad que ella había descartado tan bien.

"Lee", se dijo son firmeza, y se obligó a enfocar las palabra escritas.

"Adivina. ¡Me casé! Y si crees que tu matrimonio fue apresurado, espera a enterarte de cómo fue el mío".

Jemma sonrió y se acomodó para leer a gusto. Parecía que Frew había llevado a Trina a Barbados, para casarse con ella en una playa. Se habían ausentado una semana y llevaban otra en Londres. Trina buscaba afanosamente una casa para los dos.

"El apartamento de Frew es demasiado pequeño para los dos, porque tenemos toda mi oficina y el trabajo que él trae a casa. Debimos pensarlo mejor antes de decidir vivir en su apartamento. Queda más cerca de su oficina de lo que quedaba el nuestro, pero éste, al menos, tenía tu dormitorio que podía convertirse en oficina. . Y es demasiado tarde. No renové el contrato del apartamento que teníamos, de modo que es necesario encontrar algo más grande".

Ya no tenían el apartamento y Jemma sintió un pequeño estremecimiento dentro de su burbuja, como si un poco de aire tratara de escapar. Comprendió que ya no tenía hogar. Nada por qué regresar a Londres, en caso de que necesitara hacerlo. Sentir que dependía de León para todo, la hizo sentirse extraña.

El sonido de pasos que se acercaban casi la hizo caer del sofá, porque trató de levantar el sombrero de paja para cubrirse la cabeza. León apareció justo cuando ella se acomodó, sin dar señales de haberse movido.

El se detuvo a su lado, y en silencio le ofreció un vaso con agua y dos pildoras. Ella se sentó, aceptó el vaso y las pildoras, y le dio la carta, pero lo observó por debajo del ala del sombrero.

El vestía sólo un pantaloncillo desteñido, su vestimenta acostumbrada en el yate, y su aspecto era el de un hombre grande, esbelto y moreno. El vello en su amplio pecho se enroscaba hacia abajo, sobre el plano vientre y desaparecía debajo del elástico de la cintura del pantaloncillo corto.

Los sentidos de ella se incitaron y desvió la mirada. Se dijo que no

era provechoso alimentar su aroma con sólo mirarlo porque sus sentidos siempre salían perdiendo.

Se recordó que no debía incitar a sus sentidos, porque ese matrimonio no era "sexual". La situación era irónica, porque antes "no fue un matrimonio", pero sí una relación sexual. Desde el día en que se casaron, él la besó sólo una vez, cuando la abrazó para sellar el matrimonio civil.

Desde entonces, no habían hablado de compartir, una cama. Y, sin tomar en cuenta que ella se asoleaba casi desnuda, casi todo el tiempo respetaban la vida privada del otro.

¡Un gran cambio de aquellos largos y perezosos fines de semana que solían compartir invadiendo, como por derecho, la vida privada del otro!

De cualquier manera, la situación había sido beneficiosa. Sin el ingrediente del sexo, que complicara-la relación; ella y León se habían convertido en buenos amigos. Y aunque ella a veces despertaba a media noche, con el cuerpo rígido y caliente por una necesidad que dominaba con desesperación, nunca pensó en ceder a esos sentimientos para dirigirse a la cama de León en el siguiente camarote. Con tristeza se dijo que se debía sobre todo a que él no había dado indicios de que seguía deseándola. Flirteaba y la embromaba como lo hacen los amigos, pero ni una vez había notado que él siguiera deseándola como amante.

No lo culpaba. Hizo una mueca y se observó el cuerpo donde su hijo golpeaba rítmicamente contra las paredes que por el momento eran su hogar. ¡Ella debía estar tan indeseable! ¡Cómo era posible!

— ¿De Trina? —preguntó él, agitando la carta al interrumpir sus pensamientos.

—Sí y si quieres, puedes leerla —lo invitó.

— ¿No te molesta?

—No contiene nada que no quiera que leas —encogió los hombros —. Trina escribe de bodas y apartamentos que son muy chicos... —guardó silencio, sin darse cuenta que León le observó el rostro, antes de sentarse sobre una mesa cercana e inclinar la cabeza para leer.

—Parece que tu amiga está contenta, ágape mou—murmuró León, después de leer la carta.

_Sí —respondió Jemma, distraída, al incorporarse para abrazarse las piernas.

— ¿Qué dice que te ha perturbado?

— ¿Perturbado? —repitió—. No es así —negó—. Pero... —suspiró y calló.

León frunció la frente y fijó la mirada en ella—. ¿Te habría gustado

asistir a su boda? —insistió, a pesar de la negativa de Jemma.

—No fue ese tipo de boda, ¿o sí? —movió la cabeza, porque una boda romántica en el Caribe no era del tipo al que se invitaban a los amigos.

León ojeó la hoja de papel con rapidez, y su expresión se tornó sombría, en tanto volvía a leerla en busca de la causa de perturbación de Jemma

—Ella no renovó el contrato de nuestro apartamento —repuso ella, de pronto—. Allá pasé los cuatro años más felices de mi vida. Era mi hogar, sé que digo tonterías, pero de pronto me di cuenta de que ya no lo tengo. No tengo hogar. Ningún sitio en Inglaterra que pueda llamar mío.

—Tenemos un hogar en Londres —recalcó León—. No veo el problema.

—Es tu hogar —lo ojeó por encima de las rodillas—. Sí, lo sé, pero no es... —iba a decir que no era lo mismo, pero por la expresión de León supo que él no comprendía. No podía comprender lo que sentía cuando una se daba cuenta de que no se tenía algo que pudiera calificarse de propio, aunque se tratara de un pequeño apartamento en la sección más económica de Londres. Ni siquiera tenía a su mejor amiga. Trina era de Frew y suspiró al pensar que ella era de León.

Lo ojeó, pensativa, y se preguntó si él entendería si ella se lo explicaba, así que decidió que merecía la pena intentarlo.

—Pasé mi juventud yendo de una casa a otra, de ciudad en ciudad, con dos padres que siempre se eran infieles. Uno o el otro se conseguía un amante y desaparecía por uno o dos meses, luego regresaba y el otro se iba —encogió los hombros al comprender que su explicación sólo revelaba que tuvo un padre y una madre infieles—. Nunca sabía, de una semana a la otra, con cuál de los dos estaría viviendo. Y nunca tuve oportunidad de fomentar una buena y duradera amistad con los niños de mi edad, porque siempre iba de un lado a otro. Ellos decían que eran comienzos nuevos —se burló—. Lo cual significaba otras ciudades, otras escuelas, diferentes padres, diferentes hogares —volvió a encoger los hombros—. Cuando murieron y me mudé a Londres para trabajar, contesté al anuncio en un diario donde solicitaban una compañera de apartamento. Así conocí a Trina. Ella, ese apartamento, me dieron el primer gusto por la estabilidad. Cuatro años —murmuró —. Tener raíces y una buena amiga. Eso también desapareció.

— ¿No crees que yo pueda darte todo eso durante mucho más tiempo?

—No lo sé, ¿o sí? —Encogió los hombros y bajó los pies a la cubierta—. Nos casamos a causa de nuestro hijo y no porque alguno

de los dos lo deseara. No es la mejor base para construir una relación estable. De cualquier manera, no era ese el punto que yo trataba de establecer. Trataba de explicarte por qué el apartamento y Trina fueron tan importantes para mí y por qué sentí tanto esa pérdida.

—No los perdiste —murmuró él, al detenerla de una mano cuando quiso alejarse—. Sólo se remplazaron.

"¿Con qué?", se preguntó porque las palabras no le dieron alivio. '

—Es hora de que descanses —declaró, y esbozó una sonrisa antes de soltarla. Ella se alejó.

El sonido de los motores del yate la despertó.

Se levantó y con rapidez se-puso un pantalón de algodón y una blusa suelta azul claro. Luego fue a buscar a León, deseosa de saber hacia dónde se dirigían.

Lo encontró sentado a la mesa, debajo del toldo en la cubierta, leyendo papeles de su negocio con una jarra de café al frente. Igual que ella, se había puesto una pantalón ligero y una camisa blanca, de mangas cortas, que le cubría el bronceado pecho.

El levantó la cabeza y sonrió, se puso en pie y la ayudó a sentarse.

— ¿Adonde nos dirigimos? —preguntó con curiosidad.

—Espera un momento y te contestaré —se levantó para ordenar una bebida fresca para ella. Eso se había convertido en hábito desde que estaban en el yate. El barco tenía una tripulación importante, pero Jemma casi no veía a nadie. Igual que en su casa en Londres, a él le agradaba estar solo para descansar. Los sirvientes, empleados, tripulación, lo irritaban. Y ella sospechaba que, de ser posible, él habría maniobrado el yate solo, con tal de guardar su privacidad.

El regresó con una bandeja, traía una jarra llena de zumo de naranja y un vaso. Jemma estaba junto a la barandilla, observando el panorama que dejaban.

—Se me ocurrió que disfrutarías un cambio —contestó él, al inclinarse a su lado—. Nos dirigimos a un pueblo pesquero, llamado Fiskárdho, al norte de Kefallinía, la isla más grande en el grupo jónico —explicó—. Creo que pasaremos el resto del día allá, haciendo lo que haría cualquier turista. O sea ir a las tiendas, quizá cenar en una de las tabernas locales. ¿Te agradaría eso, ágape mou?

— ¡Me parece estupendo! —exclamó, sonriendo.

—Muy bien —asintió y le señaló el panorama.

Se deslizaban a través de un tramo de profunda agua azul entre dos inmensos bloques de tierra.

— ¿Qué son? —preguntó, curiosa.

—Kefallinía'a la izquierda de Ithaki, quizá la conozcas como Itaca, a la derecha —le informó.

— ¿Itaca? —gritó—. La isla de Hornero y la Odisea. ¡Maravilloso! —Emocionada, dirigió la mirada al hombre a su lado—. ¡Tienes mucha suerte de ser parte de todo esto! Con sus leyendas y romanticismos. Estoy celosa —confesó.

—Entonces, ¿me atrevería a aceptar algo más? —Repuso León—. Aquí nací.

— ¿En Itaca? —quedó boquiabierta.

—No —con tristeza negó con la cabeza—. Temo que no puedo reclamar como mío algo tan romántico. Soy de Kefallinía —explicó—. Y recuerda cómo lo dije —le advirtió—. Porque a los nacidos aquí nos les agrada que los llamen griegos.

— ¡Pero las islas son de Grecia! —protestó, y él asintió.

—Sin embargo, los irlandeses son irlandeses, los escoceses son escoceses y los galeses galeses —hizo la comparación. Yo soy kefallíneo. „. —No griego —repuso con solemnidad burlona, pero los ojos le brillaron.

—Así es —confirmó con la misma actitud.

—Entonces no me casé con un magnate griego.

—Te casaste con un magnate kefallíneo —repuso con el entrecejo fruncido, al saborear las palabras—. No me suena tan bien, ¿o sí?

— ¿Te preguntas si cometiste un grave error al casarte conmigo? —trató de no sonreír.

—Bueno... —Jemma se volvió para apoyar los codos en la barandilla que tenía a su espalda, sin darse cuenta de lo grácil que era su cuerpo de embarazada—... una mujer debe tomar en cuenta su posición social, ¿me equivoco? ¿Cuánto vale un magnate kefallíneo? —preguntó.

—Este vale... bastante —contestó sonriendo.

— ¿Bastante, para qué? —preguntó ella, de manera provocadora.

León rió y el sonido fue cálido y vivaz. Levantó una mano para tocarle levemente la barbilla.

—Lo suficiente como para darle todo el lujo posible durante el resto de tu vida —declaró antes de besarla.

Fue una sorpresa que bastó para que ella mantuviera quieta su boca ante la presión de la de él. Se alejó para observarla—. ¿Ya estás más contenta?—preguntó—. ¿Se desvanecieron los sentimientos de añoranza por el hogar?

—Sí —aseguró, sonriendo a manera de disculpa—. Fue una breve tontería que desapareció antes de que despertara.

Los-ojos masculinos cintilaron a la luz del sol, mientras le exploraba el rostro un rato más, antes de hablar.

—Debes confiar en mí, Jemma, para que haga lo correcto para los

dos. Ahora soy tu hogar y tu familia. No pienso abandonarte, ni ser falso contigo.

—Te tengo confianza —respondió y se sorprendió porque era la verdad—. Lamento si mi estado de ánimo te perturbó.

—No me perturbó, más bien me preocupó —levantó una mano hacia el cabello de ella, y tocó las raíces sedosas en su sien—. Nos embarcamos en este matrimonio a causa del hijo que esperamos, pero nunca dejé de tenerte cariño, Jemma. De seguro lo recuerdas.

—Lo recuerdo —confirmó, y las palabras le proporcionaron una dulce calidez interna.

El le tuvo cariño, el suficiente como para pedirle que fuera a vivir con él a Nueva York. El suficiente cariño para casarse con ella cuando regresó y se enteró que llevaba un hijo suyo en su vientre. Y le tuvo el cariño suficiente para supervisar la recuperación de su salud, de la manera más lujosa y agradable que se le había ocurrido. Pero...

"Pero, ¿qué?", se preguntó impaciente al dirigir su atención al panorama que dejaban atrás.

"El cariño no basta", se contestó con tristeza. "Ya no, y quizá nunca". Pero quizá más ahora, porque ella dependía de él para todo.

Capítulo 9

FTSKARDHO se encontraba al final de una caleta estrecha con unas montañas a ambos lados que protegían su agua azul. Debido al tamaño del yate debieron anclar afuera del muelle, y en pocos minutos, la tripulación bajó la lancha rápida. León la ayudó a bajar, antes de dirigirse hacia un bonito villorio con casas encaladas de techos de tejas rojas.

Era un lugar de mucho movimiento. Los yates de todas formas y tamaños flotaban a lo largo de la pared del muelle por dos lados. León dirigió la lancha entre un yate de mástil alto y una costosa embarcación motorizada, antes de gritarle a un hombre pequeño, de cabello cano, que se preparaba para recibir la cuerda que León iba a arrojarle. Los dos hombres conversaron en griego, en tanto aseguraban el yate. Luego, con una facilidad que la sorprendió, él la levantó en brazos y la puso en pie sobre el malecón antes de saltar.

Jemma se quitó el sombrero y éste quedó colgado sobre su espalda. El hombrecito griego le observó el cabello y le dijo algo a Jemma, quien sonrió y contestó. El otro asintió y estrechó la mano de León.

— ¿Qué dijo? —preguntó Jemma, curiosa.

—Me felicitó por mi buen gusto —contestó él.

— ¿Qué le dijiste tú?

—Que soy de Kefallinía —encogió los hombros—. Y que sin duda tengo buen gusto.

—Diablo engreído —repuso ella.

— ¿Qué te gustaría hacer primero? —sonrió.

—Evitar que mi cuerpo siga flotando —apuntó con tristeza—. ¡Siento como si todavía estuviera sobre el agua!

—Tardarás un rato en recobrar el equilibrio —le advirtió—. ¿Prefieres que nos sentemos y bebamos algo hasta que tus piernas te sostengan?

—No —Jemma miraba a su derredor—. Hace semanas que no veo una tienda y me agradaría visitar una.

—Pensé que eso dirías —.suspiró—. Vamos, comenzaremos en un extremo para recorrerlo todo. ¡Ah!, esto es para ti —agregó con cierta indiferencia, y sacó un fajo de billetes de un bolsillo para dárselo—. Dracmas —explicó. Si deseas comprar algo los necesitarás.

Jemma se mordió el labio inferior y su expresión dio a entender que no deseaba aceptar el dinero.

— ¡Dios santo! —suspiró León al comprender—. ¡Jamás conocí a una mujer como tú que no quiere aceptar lo más sencillo de su esposo! ¡Tómalo! —insistió con impaciencia y se lo puso en las manos.

— ¿Cuánto hay aquí? —preguntó recelosa. Le parecía que era mucho dinero.

—Sólo el equivalente a unas cuantas libras inglesas —respondió, y vio que ella, a regañadientes, guardaba el fajo dentro de un bolsillo de su pantalón—. ¿Podemos irnos ya? —se burló.

Ella permitió que él se abriera camino entre la gente que llenaba el muelle, hacia las tiendas al otro lado. Ahí olvidó su incomodidad en cuanto a recibir dinero de él porque sus ojos se deleitaron con la mercancía que ofrecían a los turistas.

Exploraron juntos el villorio, entrando y saliendo de las tiendas que no' eran más que habitaciones delanteras de casa privadas, convertidas en tiendas durante la temporada. Estas volverían a ser habitaciones en los meses de invierno. A Jemma le pareció un sitio encantador que ofrecía buenos artículos. Quedó embelesada y tentada al ver los artículos tejidos a gancho y bordados. De inmediato olvidó a León, porque se concentró en una maraña de lino que colgaba. Cuando él la encontró, ella acariciaba una manta para niños, bellamente tejida. El reconoció la prenda de inmediato y ella se arreboló porque, aunque se había casado a causa del niño que esperaba, rara vez mencionaban a la criatura.

— ¿Quieres comprarlo? —preguntó, León, amable.

Jemma asintió y no supo cuan vulnerables parecieron sus ojos cuando los levantó hacia-él.

— ¿tengo suficientes dracmas para comprarlo? —preguntó indecisa —. Está hecho a mano y parece muy caro...

León tocaba la delicada prenda y sus manos parecían muy grandes y morenas en contraste con el tejido. La bajó del gancho de donde colgaba y se la presentó, muy serio, la colgó sobre los brazos con cuidado, como si su hijo estuviera envuelto en ella. Luego dio unos pasos atrás y en sus ojos hubo algo tan intenso que Jemma debió contener el aliento, cuando la criatura protestó, pateando por la emoción que embargaba a su madre.

— ¿Sabes que eres muy bella? —murmuró ronco, y se inclinó para besarla.

El pagó con su tarjeta de crédito y pidió que envolvieran la manta con papel de china, la cual le entregó a Jemma con solemnidad. Ella la aceptó, ruborizada, sintiéndose tímida sin motivo.

A partir de ese momento una nueva intimidad pareció florecer entre ellos. León casi no le soltaba la mano, mientras caminaban de tienda en tienda, y Jemma sintió la necesidad de tener el cuerpo a una distancia que le permitiera rozarle el de él. Sus sentidos comenzaron a zumbar y la mirada de León la hizo comprender que él sentía lo

mismo.

Oscureció a eso de las ocho y decidieron ir a una de las tabernas del muelle, donde se sentaron en incómodas sillas con una mesa tambaleante. Jemma lo observó con curiosidad, en tanto él ordenaba pescado fresco y la acostumbrada ensalada griega. El no podía compartir a menudo situaciones como esa; es decir, comer con los turistas, y a pesar de su elegante personalidad, embonaba con comodidad.

Les sirvieron lo ordenado, con una canastilla de pan recién horneado y un gran tazón de ensalada, cubierta con queso untando con aceite y hierbas, del cual, León arrancaba pedacitos con los dedos para dárselos en la boca a Jemma como si fuera lo más natural del mundo. Compartieron una botella de vino. Bueno, a Jemma sólo le permitió una copa y León bebió el resto. Hablaron tranquilos, ella haciendo preguntas acerca de la isla y él contestando con orgullo, hecho que la fascinó más que la información. Observaron a los interminables turistas que paseaban frente a ellos, la manera en que las luces bailaban sobre la sedosa agua del muelle. Oyeron conversaciones ajenas y sonreían con los demás cuando alguien contaba un chiste. León la impresionó cuando le traducía si hablaban en francés, italiano, e incluso" danés.

La gente hablaba-sobre todo de la navegación, porque Fiskárdho, al parecer, era un sitio de veraneo para velear o navegar. Y casi todos mencionaron, al yate anclado, justo afuera de la bahía, lo cual hizo que Jemma se ruborizara y León sonriera, mientras los otros especulaban respecto a quién sería el dueño. Sus sugerencias iban desde jeques árabes hasta la mafia italiana.

Para cuando terminaron de cenar ya era bastante tarde. León sugirió que regresaran al yate, y en sus ojos había la promesa de que esa nueva intimidad que compartían no terminaría ahí. Temblando, ella le permitió ayudarla a ponerse en pie. Sus ojos se encontraron, se besaron con ternura, luego él le rodeó los hombros y ella le rodeó la cintura, mientras caminaban en silencio hasta donde habían dejado la lancha.

El pequeño hombre canoso estaba ahí para sostener la lancha, mientras León brincaba dentro y luego levantaba a Jemma. Sus cuerpos se rozaron, lo cual hizo que ella tomara conciencia de sus sentimientos. Desvió la mirada para ocultar que le tiñó las mejillas.

Se estremeció durante todo el trayecto de regreso al yate, donde dos tripulantes los esperaban para subirlos a bordo y encargarse de la lancha. León rompió la rutina establecida al llevarla al camarote, pues acostumbraba quedarse en cubierta cuando ella iba a acostarse.

Una ola de calor recorrió el cuerpo de Jemma, cuando oyó que la puerta se cerraba tras ellos. Se volvió para mirar a León.

—Gracias por una bella... —iba a decir velada, pero al verle la mirada, la boca se le resecó y debió buscar cualquier cosa por la cual fingiera cierto interés, con tal de no mirarlo a él. Vio su camisón extendido sobre la cama y lo levantó para acercar el algodón a los senos. Pero debió contener el aliento porque León le ciñó una muñeca y la volvió hacia sí.

—Esta noche no ágape mou —le quitó el camisón, y lo arrojó a la cama—. Esta noche no.

Luego le moldeó el rostro, intercalando los dedos en la espesura sedosa del cabello femenino, mientras la obligaba a mirarlo. Tenía los ojos sombríos y perturbadoramente alertas, y transmitían su intención antes que él bajara la cabeza. El beso no fue pasivo. Fue candente, explorador y exigente de una reacción igual. Ella subió las manos a los lados del rostro de él para incitarlo a que siguiera besándola, dándole a entender que también deseaba esas caricias.

El deseo estuvo acumulándose durante la velada. Ella lo supo, a pesar de fingir que no era así. En ese momento, él deslizó los brazos para acercarla a sí, y ella pudo sentir el deseo que pulsaba contra ella.

León la desvistió despacio, le desabotonó la ropa y sus dedos se deslizaron sensualmente por el cuello, por los senos, por el vientre crecido, y callaba los gemidos de ella con besos pasionales. Luego deslizó las manos dentro de la cintura elástica del pantalón, y bajó la tela con una lentitud agonizante. Ella se estremeció cuando la tocó en su intimidad, y el placer creciente la hizo arquear la espalda, de modo que la criatura se presionó contra el padre. Jemma alejó la boca para poder inclinar la cabeza hacia atrás y suspirar de placer.

León encontró los senos con la boca y los incitó de manera dolorosa. Jemma respiró profundo.

— ¿Te lastimé? —preguntó, al levantar la cabeza y mirarla preocupado.

—No, pero estoy muy sensible —gimió, antes de agregar—: ¡Dios, León!, vuelve a hacerlo.

La súplica de ella pareció descontrolarlo, y soltó el aire de los pulmones antes de presionarle la boca. La blusa se deslizó de los hombros de Jemma y cayó a sus pies; la camisa de él siguió el mismo camino. Luego sus torsos descubiertos se unieron, calientes y pulsantes. La acostó en la cama y la desnudó. El se desnudó antes de acercarse a ella. Jemma extendió los brazos. Con uno le rodeo el cuello y el otro lo deslizó en las fuertes y musculosas caderas para tirar de él, entrelazar las piernas y mover los cuerpos con una

necesidad imperiosa.

La boca de León estaba húmeda en tanto le acariciaba los senos y la incitaba.

— ¿Te lastimaré? —preguntó tenso, cuando fue evidente que ninguno de los dos podría tolerar mucho más si no llegaban a la posesión.

—No—murmuró ella, segura. Estaba lista, tenía el cuerpo tan maleable que parecía no tener huesos. El se colocó encima de ella, con la mayor parte de su peso sostenida por los brazos, pero cuando la poseyó con cuidado, Jemma gimió frustrada y tiró de él. No le bastaría sólo la unión. Necesitaba sentirlo dentro de sí, con la pasión y calor que ella había extrañado durante tanto tiempo.

La satisfacción llegó lentamente explotando en su punto central, donde la esencia de su deseo se había enroscado para estar lista cuando llegara la última explosión devastadora. Llegaron al climax al mismo tiempo. Jemma lo sintió, lo escuchó, gritó junto con él, y sus cuerpos se agitaron en la fusión de carne húmeda y extremidades temblantes.

Después, él se limitó a abrazarla, a mantenerla enroscada junto a la curva de su cuerpo. Y cuando ella trataba de moverse, se lo impedía ciñéndole las manos con más fuerza, besándola a manera de súplica. No hablaron y parecían no desear hacerlo.

—Calla, tu lugar es este, ágape mou. De seguro ya lo sientes. Tu sitio es aquí, conmigo —volvió a abrazarla para evitar que ella le contestara.

Jemma comprendió que era un signo de lo mucho que su melancolía anterior lo había afectado, porque necesitaba mencionarlo una y otra vez. No sólo con palabras, sino con la actitud que mostró desde que ella despertó esa tarde. Era más atento, más sensible, dado que constantemente la mantenía cerca de sí y la acariciaba con los ojos igual que con las manos. Como si se hubiera percatado de que el tipo de amistad que habían desarrollado durante tas últimas semanas, no bastaba para que ella se sintiera segura a su lado. "¿Sería ese el motivo por el cual acaba de hacerme el amor?", se preguntó. Fue una declaración de posesión para los dos, porque ella debería ser muy tonta para no saber que él había ganado tanto como ella por la unión.

Luego, otro pensamiento se coló a su mente, un pensamiento que la llenó de una calidez que nunca antes se había permitido. El ya le había dicho una vez, ese día, que le tenía cariño. ¿Pero llegar a tantos extremos para asegurarle que era cierto? Eso debía significar más que cariño, más que un esposo renuente que deseaba aprovechar lo mejor de su suerte.

¿Sería que él se estaba enamorando de ella?

Jemma suspiró con añoranza, y se acurrucó más en el círculo de los brazos de León. Sintió que la cubría un nuevo nivel de satisfacción y se quedó dormida, acurrucada y abrazada por él.

Algo los despertó muy temprano a la mañana siguiente. Un sonido que debió chocar contra sus subconscientes y que hizo que León saltara desnudo de la cama. Miró a través de la ventana, maldijo, y se dirigió molesto hacia el baño. — ¿Qué pasa? —preguntó Jemma, soñolienta. —Nada —murmuró—. Duérmete.

Desapareció en el baño y la dejó intrigada por su incomprensible comportamiento. El ruido se hizo más fuerte, y lo reconoció como el sonido de un helicóptero.

León regresó con una toalla alrededor de la cadera. No miró a Jemma, se inclinó para levantar su ropa, que seguía donde la arrojó, la noche anterior.

— ¿El helicóptero trae a alguien que desea verte? —preguntó ella.

—Sí -contestó, enfadado.

— ¿Quién? —insistió. Nadie había tratado de ver a León, excepto el hombre de la lancha que a diario le llevaba papeles al yate.

—Todavía no lo sé —repuso. Pero su expresión de enfado sugería que lo imaginaba. Por fin, miró a Jemma con enfado, hasta que comprendió a quién miraba, y suspiro antes de sentarse en el borde de la cama.

— ¿Sabes que te ves bella en la mañana?

—La adulación no te servirá de nada —hizo un puchero—. Quiero saber qué sucede.

—Lo sabrás —le aseguró—. Cuando yo lo sepa —le cubrió la boca con la suya y le transmitió el sabor a pasta dental y el olor a jabón.

Se levantó para ponerse el pantalón y la camisa arrugados.

—Quédate aquí —le ordenó por encima del hombro—. Todavía es temprano. Trata de dormir un poco más. Si no puedes, llama para que te traigan el desayuno —se volvió hacia ella y agregó con determinación—: Quiero que permanezcas aquí, ágape mou, hasta que me haya deshecho de… quienquiera que sea.

—Pero, ¿por qué? —la orden la dejó intrigada.

—Porque te lo pide tu esposo, por supuesto —contestó con arrogancia.

—No es un motivo muy razonable —declaró mientras observaba que con pocos movimientos él lograba presentar un aspecto más o menos decente—. De cualquier manera, ¿cómo sabes que es alguien que quiere verte? No puedes ser el único hombre importante en esta isla. Quizá vino a…

El sonido que hacían al bajar la lancha ocultó su voz. León la observó como si el sonido lo dijera todo. Luego se inclinó sobre ella para darte otro beso.

—Obedece por favor —rogó—. Para mí es importante que te quedes aquí.

—Está bien —aceptó, aunque no le agradó presentir que él la ocultaba como si fuera un secreto sombrío y sucio.

—Gracias —sonrió, y le dio un beso en la punta de la nariz, antes de salir y cerrar la puerta con firmeza, dejando a Jemma dolida y confusa.

Fue sorprendente que se durmiera. No pensó hacerlo, pero después de oír durante minutos, el rugido conocido de la lancha y el sonido de gente que se subía a ella, sintió que los párpados se le cerraban. Lo siguiente que llamó su atención fue el sonido del helicóptero que se alejaba del yate.

Se sentó y trató de despejar su mente. Luego recordó, se bajó de la cama para vestirse e ir a buscar a León.

Lo encontró en el salón principal en pie, con una taza de café en una mano y mirando a través de la ventana. —Imagino que ya puedo salir —inquirió ella, con un dejo de sarcasmo.

El no le contestó, ni siquiera se volvió para saludarla, y Jemma,-alarmada y lastimada, se detuvo en el umbral.

— ¿León, pasa algo malo? —preguntó preocupada, y él hizo un esfuerzo por dominarse.

—Por supuesto que no —-se volvió y le sonrió—. De hecho, nos invitaron a una fiesta para esta noche.

— ¿Una fiesta? —parpadeó, sin comprender las vibraciones variadas que recibía de él. Algo le decía que estaba furioso por algo.

—Sí. Para ser exacto, una fiesta de cumpleaños. ¿Ya desayunaste? —Preguntó de pronto, y ella negó con la cabeza—. Entonces ordenaré algo para ti —tomó el teléfono para comunicarse a la cocina—. ¿Adentro o en cubierta? —preguntó.

Jemma parpadeó y movió la cabeza, porque estaba confusa.

—Aquí, creo —decidió, distraída, deseando comprender lo que ocurría—. ¿Quién cumple años? —preguntó.

El hizo una pausa antes de contestar, aunque trató de disimular cuando dejó el auricular en su sitio y desenredó el cordón.

—Mi padre —le informó.

¿Su padre? De pronto se le ocurrió algo.

—León, tu padre sabe quien soy, ¿no? ¿Es decir, que estamos casados y que estoy encinta?

—No —contestó pasados unos minutos—. No sabe nada de ti ni de

la criatura —la tiesa sonrisa le arqueó la boca—. De modo que los dos se presentarán para darle una agradable sorpresa, ¿no?

Jemma se desplomó sobre una silla, porque el sentimiento de temor volvió a acometerla. Recordó a la joven griega a quien Cassie mencionó y con toda certeza sabía que esa "sorpresa" no sería nada agradable.

—No quiero ir —declaró.

— ¿Por qué no? Creí que querías saber todo respecto a mi familia —le recordó—. Bueno, tendrás tu oportunidad esta noche.

—No —repitió, moviendo la cabeza—. No así. No de visita y sin previo aviso. No sería justo para ellos ni para mí. No lo haré. Si quieres ir, ve tú, pero yo me quedaré en el yate, si no te molesta.

—Me molesta —declaró, y de pronto esa fachada ruda que pocas veces mostraba, fue evidente. Ella vio la expresión decidida, y el corazón se le estrujo. El estaba en pie, al otro lado de la habitación, apoyado en el marco por una ventana, pero bien podía estar sentado detrás de su escritorio, en algún punto lejano del mundo, porque de pronto ella se sintió distanciada de él.

—Eres mi esposa, Jemma —le recordó—. Y como tal me acompañarás a la casa de mi padre esta noche, donde te presentaré.

— ¿Y la mujer que tu padre había elegido para que fuera tu esposa? —gritó—. ¿Estará presente también?

—Supongo que fue Cassie —murmuró, y suspiro después de salir de su asombro—. Está bien —aceptó—. No será una velada agradable. Pero suceda lo que suceda esta noche nada cambiará para nosotros.

— ¿Estás seguro de eso? —preguntó, indecisa—: ¿Qué pasará si tu padre te echa de casa por haberte casado con alguien como yo?

León soltó una carcajada, un tanto ruda.

—Con toda certeza, cariño, puedo asegurarte que al conocerte, lo último que mi padre querrá hacer, es echarme fuera.

Capítulo 10

ENTONCES, ¿por qué me siento como debe sentirse un borrego cuando lo llevan al matadero?", se preguntó Jemma, horas después, vestida con una bata, observando varios vestidos de noche que León le había proporcionado. "Siento como si estuviera a punto de asistir a mi propio funeral".

— ¿Dijiste algo?

León apareció en la puerta entreabierta, vestido con traje de lino color arena, y una holgada camisa, abierta en el cuello, que revelaba su piel morena. Su aspecto era elegante y caro, y tan atractivo que la boca de ella se resecó, y sus sentidos, igual que cuando lo vio por primera vez, comenzaron a girar.

— ¡Aún no te has vestido! —declaró lo que era evidente.

— ¡Nada me queda! —tronó, como advertencia de que habría guerra si él no se cuidaba—. ¿De qué me sirve toda esta ropa... —señaló los vestidos—. Si estoy en el sexto mes de embarazo e inflada como un globo?

— ¿Te probaste alguno? —habló en tono aterciopelado, que contrastó con la voz aguda de ella.

— ¿Para qué molestarme? —se burló, dispuesta a sentarse en el banquito del tocador. Extendió los pies descalzos frente a sí y se quedó mirándolos—. Sé que no me quedarán.

León la observó en silencio, de seguro veía lo que para él era una mujer tonta y embarazada, haciendo una rabieta. En realidad estaba muy asustada. No deseaba ir a la fiesta. De hecho, se había acobardado tanto que se estremecía como una hoja.

—Ágape mou... —dio unos pasos dentro de la habitación—. Pedí que me enviarán por avión esta ropa, desde Atenas... — ¡Lo sé! —respondió, desdeñosa.

¡Vestidos de alta costura, de elegantes tiendas de moda, con sus etiquetas pegadas en el forro, transportados desde Atenas hasta Argostólion en uno de los aviones privados de Stephanades! Antes, ella no sabía que poseían aviones, lo descubrió cuando vio como habían llegado los vestidos. Tampoco se había dado cuenta de lo rica que era la familia a la cual se había incorporado, hasta que vio el barullo que causaron cuando llegaron en yate a Argostólion, la capital de la isla, esa misma tarde. —Eso no significa que me quedarán —repitió, molesta. —Son vestidos de maternidad —le informó él. . —¿Qué? —Levantó la barbilla para poder fijar la mirada en León —Aunque sea hombre, tengo un poco de sentido común —suspiró, impaciente—. Toda esa ropa fue diseñada para una mujer en tu estado.

Jemma dirigió la mirada hacia los cuatro vestidos que colgaban afuera del guardarropa. No parecían de maternidad. Uno era azul, que desde donde ella estaba parecía derramarse hasta el suelo. El siguiente era corto y recto, en negro, y sabía, porque lo había visto, que no tenía espalda. El rojo era estilo Ginger Rogers, con una capa fruncida de georgette sobre un fondo de satén. El último era blanco, corto y sin tirantes, de tela suave y flexible, y tan ligera como el aire. Parecía que le embonaría el cuerpo como lo haría un tubo elástico, sin ocultar nada.

—Aunque hayan sido diseñados para una mujer embarazada, prefiero ponerme una camisa tuya —gruñó, porque ninguno le pareció adecuado. —Muy bien —repuso León—. Si te sentirás más cómoda con camisa, úsala —encogió los hombros, como si no le importara—. Pero decide pronto porque el coche vendrá por nosotros dentro de diez minutos. —Supongo que conducido por un chofer —se burló. —¡Jemma! —suspiró—. ¿Qué te pasa? —Consultó su reloj—. ¡Desde que llegamos aquí esta tarde, no has dejado de burlarte de mí! ¿Qué hice para merecerlo?

—Nada —murmuró, y era la verdad. León había sido muy atento y agradable desde que le habló de la cena de esa noche. Suspiró derrotada y volvió a observar los vestidos—. Elige tú —le pidió—. Estoy muy nerviosa como para decidir..

El pareció desear discutir, porque su buen humor desapareció con la actitud de Jemma. Luego vio la congoja franca en ella y suspiró con pesadez.

—Jemma, debes confiar en mí. No permitiré que te pongan un solo dedo encima.

—Quizá no —aceptó—. ¡Pero no podrás evitar que me miren como si fuera una vaca libertina que acaba de huir con su mejor toro, digno de ser premiado!

— ¿Conque soy un toro digno de ser premiado? —Sonrió, y mostró su blanca y pareja dentadura—. Entonces será mejor que te pongas el vestido rojo —decidió, fingiendo pesar.

Jemma miró el vestido rojo y movió la cabeza.

—Es largo y tendré mucho calor.

—Lo cual descartara el vestido azul también —comentó—. Deberá ser el negro o el blanco.

—No quiero ponerme el negro —era como asistir a un velorio—. Y el blanco parece muy ceñido. ¡Al verme sabrán por qué te casaste conmigo!

Jemma no estaba segura de que lo que acababa de decir lo hacía reaccionar así, porque León de pronto se quedó muy quieto, con el

rostro sombrío. Ella pronto lo supo.

— ¿De casualidad estás avergonzada de llevar a nuestro hijo en tus entrañas? —preguntó, en tono sedoso.

— ¡No! ¡Por supuesto que no!

—Entonces, ¿te avergüenzas de mí? —sugirió.

— ¡No seas tonto, León! —se mofó—. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Entonces lo estás de ti —decidió, al acercarse a ella de tal manera que brincó cautelosa para ponerse en pie.

— ¡No me avergüenzo de nada!—tronó, cuando él le ciñó los brazos.

—Muy bien, porque mi esposa no tiene motivos para sentirse avergonzada. ¿Escuchas? —la zarandeó un poco—. ¡Ni debe ocultar la evidencia de nuestra unión, como si fuera un secreto sucio!

Ella se estremeció visiblemente al escuchar esas palabras, pero no pudo negar que había un dejo de verdad en ellas.

León la soltó y se alejó de Jemma con la espalda tiesa por el enfado.

— ¡Estarás lista para que nos vayamos dentro de diez minutos, porque de lo contrario vendré a vestirte! —la amenazó.

Jemma se puso el vestido blanco y se sorprendió al ver que en vez de que la prenda le moldeara cada curva, su corte más bien era halagador. Se dejó el cabello suelto, sobre todo porque se sentía más confiada con los rizos rozándole la piel de los hombros bronceada por el sol. Por impulso, agregó otra protección con una mantilla de flecos que le cubría la espalda.

León estaba en pie junto a la ventana del salón, mirando la noche oscura, pero se volvió al oír que ella entraba. Se quedó muy quieto y la admiró desde las sandalias blancas, hasta la frondosidad de su cabello teñido por el sol.

— ¡Bella! —exclamó y extendió los brazos como para decir que no tenía más palabras para felicitarla por su aspecto. Luego se acercó a ella con expresión seria.

—Tengo algo que quiero que te pongas —murmuró, al sacar de un bolsillo un estuche plano de terciopelo—. Ellos esperan verlo —explicó, y abrió la tapa.

Jemma bajó la mirada y sintió que una extraña frialdad le envolvía el corazón. Era un collar. Grande y llamativo, rodeado de grandes brillantes y rubíes oscuros. Debía ser invaluable, y no se le ocurrió pensar que no fuera fino. Pero era tan feo que se estremeció. Se tranquilizó cuando León habló:

—Lo sé, es terrible, pero era de mi madre y esperan vértelo puesto, aunque es bien sabido que a ella también le disgustaba.

"De su madre". De alguna manera, saberlo la hizo cambiar su opinión respecto al collar.

— ¿Se lo dio tu padre? —preguntó, con perspicacia. —Sí —León sonrió con tristeza—. Habla muy bien de su gusto, ¿no te parece? Fue su primer error social y odiará que se lo recuerden al vértelo puesto. Es decir, si lo usaras para mí. —Te agrada irritarlo, ¿no? —comentó Jemma, a secas. —Me encanta —aceptó—. Verás, se casó con mi madre sólo para apoderarse de la fortuna Leonadis, luego le convirtió la vida en un infierno, hasta que ella murió.

"¡Dios mío!", se dijo Jemma, cuando de pronto las piezas del rompecabezas comenzaron a embonar en su lugar. De modo que la Corporación Leonadis fue de la familia de la madre de él y no de su padre. Nunca se le ocurrió hacer preguntas respecto a los dos nombres. — ¿Y tu hermano? ¿Dónde encaja él en todo esto? —Hermanastro —la corrigió—. Nico nació ocho meses después del segundo matrimonio de mi padre, seis meses después de la muerte de mi madre.

— ¿Qué edad tenías tú? --preguntó, amable.

—Ocho años —calló, y una llamarada de dolor le cambió las facciones—. Anthia era la amante de mi padre, antes y durante el matrimonio con mi madre —repuso, antes de agregar—: Ella deseó todo lo que mi madre tenía, incluso este collar.

—Lo usaré —declaró Jemma y aceptó el beso que él le dio en la frente, a manera de agradecimiento por su comprensión.

—Date la vuelta y levanta tu cabello.

Ella lo hizo a regañadientes, y se estremeció cuando el frío y pesado collar descansó sobre cálida piel. Lo observó y vio que las joyas cintilaban bajo la luz del techo.

—Me siento tan llamativa como un árbol de Navidad —se quejó.

León le besó la nuca descubierta.

—Te prometo que lo reemplazaré con algo más elegante, en la primera oportunidad que se me presente —aseveró, y dejó caer el cabello femenino sobre los hombros—. De hecho —agregó, al volverla hacia él—. Nunca te di el regalo especial, a cambio del que tú me diste --torció la boca, como si se amonestara por la omisión—. Te lo debo, ágape mou.

Yo...

—Sí me diste mi regalo —intercaló, quedo—. Un regalo muy bello y que no cambiaría por nada en el mundo —le ciñó una mano y la colocó con ternura sobre la criatura dentro de su cuerpo.

Los ojos de León quedaron en blanco, y la emoción ardía muy dentro de él. Luego la estrechó entre sus brazos. No la besó, sólo la

abrazó y Jemma sintió que las lágrimas le causaban escozor, porque sabía que, sin pensarlo, había tocado una parte vulnerable de León.

—No te merezco —murmuró él, al alejarse.

—Mmm —aceptó, con un dejo de burla en la mirada.

Pero en vez de sonreír, él pareció enfadarse. Le tomó con fuerza de los hombros.

—Jemma... yo... —calló, y la impaciencia le enderezó la línea más suave de su boca—. Vamonos —repuso, decidido, mientras la conducía fuera del yate hacia una limosina que los esperaba abajo de la pasarela.

Un conductor de uniforme blanco les abrió la puerta de atrás. León acomodó a Jemma, antes de sentarse a su lado con expresión mundana, que ella veía sólo cuando estaban en compañía de otros.

No hablaron, y Jemma fijó su atención en lo que ocurría afuera de la ventana del coche, mientras pasaban frente a las tabernas bien iluminadas y bares llenos de vacacionistas bronceados, contentos y tranquilos.

Jemma pensó que así debieron verse ellos la noche anterior, y deseó estar en Fiskárdico, vestida con ropa informal de turista y disfrutando una comida sencilla en un ambiente cordial.

La noche anterior había sido una de las más dulces para ella, sobre todo porque León así lo propició. Esa noche prometía ser todo lo contrario.

Dejaron atrás la parte principal del pueblo y comenzaron a subir por los suburbios residenciales, para llegar a la campiña que las estrellas iluminaban. A la derecha, el mar brillaba como seda negra con reflejos del claro de luna. Apenas podía vislumbrar el bulto oscuro de la tierra, al otro lado del agua, que se curveaba como la trompa de un elefante alrededor del Golfo de Argostólion.

—Lassi —murmuró León, al ver que ella se entusiasmaba, interesada en la vida alegre con la que se topaban de nuevo—. Es la principal zona de veraneo en la isla, porque sus playas son muy agradables.

—Hay mucha vida —comentó, sin darse cuenta de que habló con cierto anhelo.

—Sí y la villa de mi padre no queda lejos de aquí —le informó. Eso la puso tensa de nuevo, y se mantuvo quieta cuando abandonaron la carretera principal para entroncar en un carril angosto, debajo del dosel que los árboles formaban. Después de eso no podía verse gran cosa, debido a la oscuridad. De pronto disminuyeron la velocidad y entraron a través de un arco de piedra. Jemma sintió que su tensión aumentaba, porque vio filas de coches caros en el camino privado,

donde la casa de dos pisos, al final, parecía más bien un hotel de tamaño mediano, que una casa privada.

El coche se detuvo abajo de unos escalones que conducían a la amplia y arqueada puerta, donde dos sirvientes recibían a los invitados.

El conductor salió del coche para abrirles la puerta. Pero cuando Jemma se dispuso á salir, León le ciñó un brazo y movió la cabeza.

—Espera —salió por otra puerta y rodeó el coche para ayudarla a bajar.

Fue un extraño gesto de cortesía que le proporcionó calidez, aunque no le calmó la tensión nerviosa, mientras caminaba al lado de él.

Los dos porteros se irguieron al verlos, y las miradas respetuosas en ellos dieron testimonio de que reconocieron a León de inmediato. El los ignoró con la arrogancia que solía irritar a Jemma, pero comenzaba a interpretarla mejor y la tomaba como un mecanismo de defensa en él.

León no estaba cómodo ahí. Jemma se dijo que nadie más lo notaría, porque le seguía el paso ágil en tanto él le rodeaba la cintura.

El vestíbulo de la entrada era grande y lujoso, el suelo era de mármol blanco y los modernos muebles eran negros, colocados contra las paredes blancas. El vestíbulo iba desde el frente hasta la parte trasera de la casa, y como las habitaciones estaban vacías, Jemma supuso que la fiesta se realizaba en otra parte. Vio que festejaban afuera, cuando León la llevó por un pasillo hacia el creciente murmullo de las conversaciones que llegaban del jardín, más allá de las puertas posteriores.

Llegaron tarde, y Jemma tardó sólo diez segundos en comprenderlo, mientras se detuvieron en el umbral, para ver el jardín sutilmente iluminado y donde había como cien personas sentadas a las mesas, sobre una sección pavimentada, frente a una piscina.

Supo que habían llegado groseramente tarde, al ver las tazas de café y las copas de licor sobre las mesas. Se interpretaba bien lo que León debió pensar, él premeditó que así fuera.

—Parece que llegamos justo a tiempo —habló, como si hubiera adivinado los pensamientos de ella.

Pero antes de que ella tuviera tiempo para pensar en un comentario secreto, alguien los vio, y la exclamación de sorpresa de la mujer hizo que las cabezas se volvieran hacia ellos.

Mientras Jemma sentía que el cuerpo le pesaba por el temor, se dijo que era sorprendente cómo el silencio total podía ensordecer. Deslizó una mano debajo de la chaqueta de León y se aferró a la

camisa de lino.

—Tranquila —la calmó, pero Jemma sintió que estaba tan nervioso como ella.

— ¿Por fin te dignaste a llegar?

Ella notó dos cosas al mismo tiempo: la primera, fue la voz que habló con dureza y enfado, y la segunda que habló en inglés, hecho que la sorprendió.

Supuso que debía ser el padre de León, porque el hombre que se ponía en pie era una versión más añosa del que estaba parado al lado de ella. A su derecha estaba sentada la mujer más bella que Jemma hubiera visto; al lado de ésta, un hombre joven, quien debía ser el hermanastro de León, porque se parecía mucho a él, excepto por los labios delgados. Eso y una expresión levemente irritada en ellos, fría como la de la mujer a su lado.

En eso vio dos lugares vacíos, al otro lado del padre de León, y sintió que la cubría una ola de cohibición. Esos debían ser sus lugares para la cena.

—Padre —León saludó al hombre mayor, con un breve movimiento de cabeza—. Muchas felicidades por tu cumpleaños. —¿Es todo lo que vas a decir? —exigió, y apretó con furia la boca. —No —León le dio un suave codazo a Jemma para que se moviera. Ella no quiso hacerlo, de modo que él debió empujarle los hombros y ella caminó hasta que llegó al grupo de mesas—. Te deseo muchos más cumpleaños —agregó, cortés.

Jemma notó que había un pequeño consuelo, al sentir el aguijón de cien pares de ojos que la observaban. Ella se dijo que todavía no notaban su embarazo, porque tenían los ojos fijos en el horrible collar que cintilaba entre los pliegues de la mantilla que ocultaba su cuerpo.

Medio histérica, pensó que la joya los desviaba, de modo que se aferró más al trozo de la camisa, mientras oía que murmuraban en todo el jardín. La mujer, sentada al lado del padre de León, miraba el cuello de Jemma con expresión, casi horrorizada, y el hermanastro se entiesó en la silla. Pero nadie habló mientras León la conducía por entre las mesas, hasta detenerse al lado de su padre, con un brazo sobre los temblorosos, hombros de su esposa.

El hombre mayor también había fijado la vista en el collar, pero en ese momento la dirigió a los ojos de su hijo. Había curiosidad en su mirada y un dejo de excitación que Jemma no comprendió. — ¿Es este...?

La mujer a su lado lo interrumpió.

—Te esperábamos a las siete, León —lo amonestó, al ponerse en pie. Era alta y muy delgada, y sus modales aristócratas impresionaron

a Jemma. Observó el collar con dureza, pero luego fijó los ojos en León—. ¡Pasan de las nueve!

Hubo un breve momento de silencio, mientras León seguía sosteniendo la mirada de su padre. Jemma presintió que los dos hombres se enviaban mensajes extraños.

—Anthia —saludó, al mirar a la otra mujer—. Veo que sigues tan bella como siempre.

Ella no aceptó el comentario como un cumplido, porque apretó el rostro. En ese momento, y debido a que estaban muy cerca, Jemma apenas notó que la mujer debía tener bien entrados los cincuenta años. Desde luego, la mujer no había descuidado su rostro y cuerpo., ya que no tenía arrugas.

— ¿Premeditaste estropearle la fiesta de cumpleaños a tu padre? —exigió—. ¿Ni siguiera le ofreces una disculpa por tu grosería?

León se inclinó un poco hacia adelante, y el contacto ocular entre los dos emanó una fuerza formidable.

— ¿Te disculpas con mi compañera, por la manera en que premeditaste ignorarla? —respondió, calmado.

Jemma se entiesó como una tabla, e incluso su barbilla se puso rígida por la sobrecarga de tensión.

La mujer volvió a mirar el collar, y algo parecido al pánico estropeó su expresión desalmada, antes de que volviera a controlarse.

—Como fuiste tú quien llegó tarde, creo que tu... compañera comprenderá por qué las presentaciones deberán esperar hasta que hayamos terminado este asunto —movió una mano hacia el público que los observaba y escuchaba—. Sabes muy bien que tu padre está a punto de hacer una declaración importante, y te agradeceríamos que mostraras tus buenos modales permitiendo que lo haga.

—Por supuesto, Anthia, tienes razón—contestó León, después de un largo silencio, durante el cual no dejó de ver los ojos de la mujer. Todos, incluso Jemma, quedaron conmocionados—. A papá debe permitírsele continuar, sin que nada más importe —aceptó—. Pero antes debo mostrar mis malos modales al hacer una pequeña declaración. Ágape mou —murmuró, y acercó a Jemma a su costado —. Me agradaría presentarte a mi padre, Dimitri Stephanades. Padre, mi bella esposa, Jemma.

Con la boca reseca, y aterrorizada por el recibimiento que se le ofrecía, Jemma levantó la mirada hacia Dimitri Stephanades y sintió que la presión arterial le subía. La mano de León le apretó un hombro como para darle valor, y ella pasó saliva nerviosa. Deslizó la lengua sobre sus resecos labios y se obligó a ofrecerle la mano al padre de León.

Nunca estuvo segura respecto a cómo sucedió, si fue por accidente o por premeditación. Cuando ella levantó el brazo, León movió el de él y desplazó la mantilla, la cual cayó de sus hombros hasta el suelo.

Se escuchó que todos en el jardín contenían el aliento, y el collar perdió interés cuando notaron el embarazo de Jemma. Alguien tiró una bebida y la copa se estrelló contra una botella de vino. Otra persona rió nerviosa y calló de inmediato. Jemma se quedó paralizada, sintiéndose totalmente expuesta, mientras el padre de León se ponía lívido después de verle el cuerpo. .

—Toma su mano, padre —murmuró León, en voz severa—. Dale la bienvenida a nuestra familia a tu nueva hija.

Los ojos de Dimitri Stephanades retornaron al rostro de su hijo. Se mostraba conmocionado. Otra cosa más que Jemma no pudo interpretar, pero que supo que era muy profunda. Este dijo algo en griego y León asintió.

— ¡Definitivamente es mío! —Declaró, con un fiero sentido de posesión—. ¡Mi hijo!—agregó, triunfal—. Lo he visto vivir y moverse.

La conmoción le dio de lleno a Jemma, se puso pálida y cerró los ojos. Bajó la mano a un costado y la empuñó. Un hijo. León sabía que la criatura era varón y recordó el día en que fueron juntos al médico cuando él habló con el ginecólogo, mientras ella se vestía. En tanto veían la imagen, el médico les preguntó si deseaban saben el sexo de la criatura. Jemma había dicho que no, porque deseaba disfrutar el elemento sorpresa.

En ese momento, León se lo había estropeado y frente a cien testigos. Sabía que él era despiadado, porque de lo contrario, no tendría tanta fuerza en el mundo de los negocios. Sabía que estaba molesto con su padre. Pero no lo creía tan malvado como para valerse de ella, a manera de arma, para causar una reacción en cadena entre los invitados. Con eso había destruido para siempre la confianza que había depositado en él.

Deseo volver para correr, salir de ahí y alejarse a toda prisa de toda esa gente con sus juegos de poder, ya que no dudaba que de eso se trataba, pero sus piernas no le permitieron moverse. Las tenía tiesas por la amenaza inminente de flaquear, y sabía que lo único que la sostenía era el brazo de León.

Alguien trató de decir algo, pero el padre de León le indicó que callara. Luego Dimitri Stephanades miró a su hijo mayor, con súplica en los ojos.

León no se inmutó, ni física ni emocionalmente.

—Debes anunciar algo —le recordó a su padre—. Sugiero que lo hagas y después hablaremos, al menos eso creo.

Era evidente que se trataba de las condiciones que imponía el vencedor al derrotado, y á Jemma le pareció extraño, a pesar de tener la mente confusa, ver que de pronto los ojos del padre se llenaron de fuego, que sólo podía interpretarse como regocijo.

—Por supuesto —aceptó, y casi con obediencia se volvió para enfrentar a los callados invitados.

—Como todos ustedes deben saber, hoy cumplo sesenta y cinco años, y los médicos, hombres sabios que son, me aconsejaron que abdique a mi trono y me dedique a mis viñedos —habló calmado, y los invitados rieron nerviosos—. Que nadie piense que me fue fácil aceptar que me estoy volviendo muy viejo para seguir controlando lo que ha sido el trabajo de mi vida. No lo fue —confesó—. Pero por el bien de mi salud y el de la Corporación Leonadis, decidí pasar las riendas a manos más capaces —su tono daba a entender que lo haría a regañadientes—. Tengo dos hijos, y estoy orgulloso de los dos porque son capaces de ocupar mi puesto. Por lo tanto, debí elegir —explicó—. Dividir en dos la compañía para darle la mitad a cada uno o hacer lo que un hombre inteligente debe hacer, o sea, mantener la unidad de la empresa. Elegí la unidad —les informó—. Por lo tanto, hace algunas semanas se redactó un documento legal, en cuanto a cuál de mis hijos ocuparía mi puesto. Debí tomar en cuenta varios puntos importantes, antes de entregarle el trabajo de mi vida a alguno de los dos, y el más importante de ellos, por supuesto, es la continuación de la estirpe Stephanades. Por lo tanto, puse esta condición —calló y se llenó los pulmones de aire—. El primero que me diera el nieto que tanto deseo, ocupará el puesto de presidente de la Corporación Leonadis. Esto, por supuesto, iba a ser el núcleo de mi declaración de esta noche, pero... —volvió a sonreír, con la boca torcida—... como ven, mi hijo Leonadis se me adelantó —levantó los ojos para ver a su atento público y levantó su copa, medio llena de champaña, frente a él—. De modo que levanten sus copas para brindar por León y su esposa... Jemma... —pronunció el nombre con dificultad—. Y porque León así me lo dijo y nunca he tenido motivos para dudar de su palabra, brinden por mi nieto que aún no nace. ¡Yassas! — terminó y bebió. Hubo un poco de silencio, y luego pareció que el' lugar hacía explosión, porque cien personas se pusieron en pie y levantaron sus copas para brindar. ¡Yassas! Jemma estaba pasmada por la manera en que León se aprovechó de ella. De pronto, cayó desmayada.

Capítulo 11

JEMMA recobró el conocimiento lentamente, porque el sonido de voces enfadadas y la impresión vaga de que no le agradaría regresar a la realidad, la mantenía envuelta en una bruma semiconsciente. Vagamente recordó que León la cargó para llevarla a la casa y acostarla en algo mullido, pero no recordaba más y no deseaba hacerlo.

— ¡Esto es una locura, Dimitri! —gritó una voz aguda, e imposible de ignorar—. ¡No sabemos nada de esa mujer, ni de la criatura que espera! ¡Podría no ser hijo de León!

— ¿Sugieres que soy tonto, Anthia? —la voz mucho más cercana de León fue tranquila, pero mortalmente sombría.

— ¡No, pero sugiero que te rebajarías a cualquier cosa con tal de quedarte con todo el poder!

—Incluyendo reclamar como mío al hijo de otro, ¿no?

— ¿Por qué no? —lo retó la voz fría—. Todo es muy conveniente, ¿no crees? Después de todo, ¿quién es ella y qué es? ¿Por qué no sabíamos que existía hasta esta noche?

—Es mi esposa —declaró León, con aspereza—. ¡Lo demás no te incumbe!

— ¡Lo es si se trata de un ardid para desheredar a tu hermano! —Hermanastro—la corrigió—. Hay una diferencia sutil, pero fundamental. La Corporación Leonadis era de mi madre, no de la de él.

—Basta —ordenó otra voz grave—. ¡Esto ha ido demasiado lejos! León, recordarás que la compañía es mía, sin que importe su origen. Y tú, Anthia, no sugerirás que León es misterioso. Es mi hijo y su lealtad hacia mí siempre ha sido impecable.

—Hasta esta noche —agregó la esposa de Dimitri.

"Dios", pensó Jemma, dándose cuenta de la amargura y la hostilidad. La enfermaban, le revolvían el estómago y se preguntó adonde la habían arrojado.

Se movió, tratando de sentarse, y levantó una mano para cubrirse la sudorosa frente.

—Jemma —de inmediato León estuvo a su lado, arrodillado para que su rostro estuviera a la misma altura que el de ella. Estaba sombrío y preocupado, y escudriñaba el pálido rostro de su esposa. A espaldas de él, Jemma podía ver el pequeño grupo de gente enfadada que la observaba—. ¿Cómo te sientes? ¿Tienes algún dolor e incomodidad? —preguntó—. Te agarré sin miramientos cuando te desmayaste. Y hace mucho tiempo de eso —frunció la frente—. Debí

llamar al médico y llegará pronto —le informó.

— ¿Cuidas tus intereses, León? —se burló, y liberó su mano.

El apretó la boca, pero no replicó, en cambio se quedó mirándola para calcular el grado de su incomodidad física. Su estado emocional era evidente.

Un vaso con agua apareció frente a Jemma, y ella se dispuso a rechazarlo, pero una suave voz femenina habló:

—Bebe, te ayudará —Jemma levantó la mirada y vio el rostro más bondadoso que hubiera notado ahí esa noche. La mujer era mayor que ella, y sonreía para animarla. Jemma tomó el vaso, pero los dedos le temblaban tanto que no pudo beber. Los dedos de la mujer rodearon los de ella, y la ayudó a llevarse el vaso a los labios.

Tomó unos sorbos de agua y sintió que comenzaba a estabilizarse. Le sonrió a la mujer a manera de agradecimiento, y permitió que le quitara el vaso.

—Jemma...

— ¡No me hables! —tronó.

La mujer se sorprendió y parecía que no podía creer que alguien se atreviera a hablarle en ese tono a León Stephanades.

—Veo que encontraste la horma de tu zapato —comentó, burlona.

—Más que eso —se obligó a sonreír—. Me golpea con la escoba dos veces a la semana.

— ¡Jen cuidado, porque podría decidir convertirte en culebra! —tronó Jemma.

La mujer rió y León también, pero durante un momento los ojos de él cintilaron y dieron a entender que había comprendido muy bien el significado de sus palabras. Luego suspiró con pesadez y bajó la mirada hacia sus manos, entrelazabas en las rodillas.

— ¡Desgraciado!—murmuró, Jemma.

—Lo sé —aceptó.

El médico llegó en ese momento e hizo desaparecer la tensión en el lugar, al ordenar que todos salieran, excepto León, quien se enderezó para saludarlo, antes de ir a pararse detrás del sofá donde Jemma estaba sentada. El médico era regordete y griego hasta los huesos, pero hablaba inglés a la perfección. Después de una serie de preguntas que le hizo el médico, Jemma recordó que casi nadie había hablado griego esa noche.

"Quizá hubiera sido mejor para mí si me hubieran hablado en griego", se dijo, mientras toleraba el examen físico ante la mirada de León atento a cualquier incomodidad en ella. Si no hubiera comprendido nada, en ese momento estaría feliz por ignorar lo que ocurría.

Pero había oído todo y sabía todo. León se había casado con ella por un motivo. Ella encajaba de manera conveniente para sus requerimientos.

Eso dolía. Dolía tanto que ni siquiera podía mirarlo sin sentirse ultrajada.

—Muy bien —repuso el médico con firmeza, al levantar el estetoscopio para guardarlo en su maletín—. ¡Les dará gusto saber que ninguno de los dos tiene problemas! —esbozó una sonrisa por su propia broma.

Jemma no pudo corresponderle la sonrisa, de modo que se entretuvo alisándose el vestido antes de sentarse. Vio que la mano de León se acercaba para ayudarla, pero la ignoró. No deseaba que la tocara. No deseaba volver a verlo.

—Sin embargo, estamos a la mitad de una ala de calor, y estar de fiesta en su condición, señora Stephanades, quizá sea invitar problemas —aseveró el médico—. Le sugiero que lo tome con calma unos días. Disfrute el que su esposo la atienda. Vaya a mi consultorio el viernes y la revisaremos con más detenimiento.

León la acompañó a la puerta, y dejó a Jemma sola en la elegante habitación, donde el decorado color crema y gris parecía tan insípido como se sentía ella. Luego, la criatura la pateó y Jemma sonrió con tristeza para sus adentros. Quizá no tan insípida, corrigió, al acariciarse el abultado vientre.

La puerta se abrió, y entró la mujer que le había llevado el vaso con agua.

—La fiesta sigue animada y León habla con el médico —declaró con tristeza—. Pensé que vendría para acompañarte —con movimientos gráciles caminó y se sentó al lado de Jemma—. ¿Cómo te sientes?

—Supongo que tan bien como es de esperarse —se burló, sin siquiera tratar de pensar en lo que le había causado el desmayo. Sería un pérdida de tiempo, ya que esa mujer había presenciado la disputa en esa habitación.

—Esta familia es fuerte —comentó la otra mujer—. Cada uno y todos ellos son una fuerza que debe tomarse en cuenta. Se pelean de manera tan despiadada entre sí como lo hacen en los negocios.

—Inglés —murmuró Jemma, sin que tuviera importancia—. Todos hablan en inglés.

— ¿No lo sabes? ¡Dimitri es inglés! Bueno, al menos nació en Inglaterra, aunque de padres griegos. Regresaron a Grecia después de una serie de infortunios que los hizo comenzar de nuevo en otro lugar —elegía cuidadosamente las palabras—. El piensa en inglés, aunque

habla bien el griego. En su compañía, sin importar qué nacionalidad tenga, la gente tiende a hablar inglés. El lo espera.

—Parece que sabes mucho acerca de ellos —comentó Jemma, con cautela—. ¿Acaso eres de la familia?

— ¡Ah! —por algún motivo la pregunta la divirtió—. No, no lo soy, pero creo que es hora de que nos presentemos como es debido, ya que los buenos modales faltaron antes —extendió su mano—. Soy Melva Markopoulou, una antigua amiga de León.

Jemma no pudo interpretar cierta mirada de la mujer, era una especie de burla con algo más. Jemma le estrechó la mano.

—Jemma, Dav...

—Stephanades —corrigió una voz tranquila, desde la puerta.

—León, tu esposa y yo comenzamos a conocernos —los ojos de Melva se dirigieron al intruso.

—Eso veo —asintió, al entrar en la habitación. Miraba a Jemma, pero los ojos de ella estaban en blanco, sin enfocar nada—. ¿Te sientes mejor, ágape mou?

—Sí —contestó, pero las palabras cariñosas la estremecieron. Sin embargo se obligó a enfocar un punto entre la barbilla apretada y la piel morena de León—. ¿Podemos irnos ya?

—Por supuesto, ya pedí el coche.

—Muy bien —trató de ponerse en pie, y León extendió los brazos para ayudarla, pero ella se alejó de él—. No —declaró.

Presintió que los otros dos intercambiaban miradas, y supo que debía irse de ahí para no desmoronarse. Las piernas apenas la sostenían y se sentía muy agitada.

—Mi mantilla —murmuró, mirando a su derredor—. No la veo...

—Jemma...

—Ve por la mantilla de tu esposa, León —intercaló Melva, de inmediato. Se puso en pie para apoyar a Jemma de un brazo—. La llevaré a la puerta y te esperaremos allá.

Hubo un momento de tensión, cuando pareció que León iba a discutir, pero los otros dos volvieron a mirarse, y él suspiró con impaciencia, antes de salir.

— ¡Por favor, Jemma! —suplicó Melva, tan pronto León las dejó—. ¡Trata de no condenarlo sólo por lo que ocurrió esta noche! La culpa principal la tuvo su padre, y desde luego Anthia, esa bruja avariciosa. Lleva veintiocho años planeando lo que ocurriría esta noche, pero con un resultado diferente. Es astuta y lista, y no tiene escrúpulos. ¡León debió valerse de sus armas con mucho cuidado, porque de lo contrario ella habría cambiado las cosas a su favor!

"Igual que lo hizo León para su propio provecho", se dijo Jemma.

— ¿Qué significa León para ti? —preguntó—. Para que estés de su lado.

—Ella es la mujer que mi padre eligió como mi futura esposa —de nuevo, León habló—. Pero le di gusto a Melva al no hacer caso a las amenazas de él, ágape mou.

—No embromes a la joven, León —lo amonestó Melva—. Ninguno de los dos deseaba que ese matrimonio se realizara, y así de sencillo fue.

Riendo, dejó a Jemma para besar las mejillas de León. Para cuando Melva se alejó de éste, tenía la mantilla en las manos, y sonriendo cubrió los hombros de Jemma con la prenda.

Esa amabilidad hizo que las lágrimas aparecieran en los ojos de la joven. Melva sabía que ella no deseaba que León la tocara, y les ahorraba a los dos incomodidad.

—Me conocen bien en la isla —le informó a Jemma, muy seria—. Si alguna vez necesitas una amiga, bastará con que preguntes para que te lleven a mi casa.

—Yo... gracias —murmuró Jemma, pero sabía que no lo haría. La otra era amiga de León, y por lo mismo no podría serlo de ella.

Regresaron al yate en silencio, la presencia del conductor impedía que hablaran, al menos acerca de lo que dirían. Y Jemma se alegró por eso. No deseaba hablar con León ni escuchar que tratara de justificar lo que había hecho.

No podía existir ninguna justificación. El se había aprovechado de ella. Desde el momento en que retornó a su vida, había planeado, calculado y manipulado todo a sangre fría, desde que jugó con la dependencia que ella tenía de Trina, hasta la manera en que había pasado las últimas tres semanas, supervisando personalmente la recuperación de su salud. Todo con miras a lo que ocurriría esa velada. Incluso, la belleza del día anterior había sido calculada, y eso volvió a anegar sus ojos de lágrimas. El debió notar la infelicidad de ella, y la tomó como descontento, pero lo último que él necesitaba en ese momento era una esposa infeliz a su lado. Por lo mismo, decidió galantearla para que se convirtiera en la mujer tranquila y satisfecha que deseaba frente a su familia, y ella, tonta que era, había caído en la trampa como un ratón que caminaba hacia su propia destrucción.

Todo el tiempo él supo algo que ella ignoraba. Conocía el sexo de la criatura que ella llevaba en su vientre. Un varoncito. Las lágrimas la causaron escozor y parpadeó enfadada. La última arma en ese juego para ganar el poder era tan despreciable, que la llenó de disgusto contra todos ellos, León y su familia.

El coche entró por la reja de seguridad y se detuvo frente al yate.

Ella trataba de abrir la puerta, antes que el motor terminara de apagarse.

—Jemma… —la mano de León en su brazo la hizo estremecerse de repulsión y se la alejó, sin siquiera mirarlo, cuando ella salió del coche y caminó de prisa hacia la embarcación.

No se detuvo hasta que llegó al camarote y cerró la puerta con llave. Entró al baño, abrió el grifo de la ducha y se colocó debajo del chorro caliente.

Regresó a la alcoba, se puso una bata de toalla blanca, pero se detuvo en seco al ver que León estaba en pie, junto a la ventana oscurecida. El debió presentir lo que ella pensaba, porque murmuró:

—Tengo llave maestra para todas las cerraduras a bordo —no la miró.

"Por supuesto", se dijo Jemma, "es lógico". El yate era de él, y de acuerdo a su filosofía, eso significaba que podía abrir cualquier puerta, y al diablo con la invasión de la vida privada de ella. ¡Había invadido su vida privada desde que decidió convertirla en una de sus preciadas posesiones!

Pues bien, nunca más.

—Estoy cansada —le informó a secas—. ¿Haces el favor de irte?

—Debemos hablar —se volvió para verla de frente.

— ¿Hablar…? —apretó la boca, con lo que perdió toda su suavidad sensual—. Según entiendo, ya se dijo todo.

—No —rechazó—. Hay mucho que todavía no sabes. Mucho que debes saber si has de comprender lo que debí hacer esta noche.

—Te aprovechaste de mí —se burló con amargura—. De nuestro hijo y de su sexo. ¿Cómo medios para lograr tu meta?

—Debes comprender —insistió, y decidió ignorar el comentario dolorido—. Esta noche me jugué el todo por el todo. ¡Te necesitaba a mi lado! ¡Y no irritada por la indignación, y despreciándome abiertamente, tal como lo habrías hecho si te hubiera dicho lo que pensaba hacer!

.— ¿Y eso te excusa? —exigió, mostrando ira en los ojos.

—No —aceptó—. Sólo explica por qué no te lo dije —suspiró, al ver que ella seguía despreciándolo con la mirada—. ¡La compañía es mía por derecho! Y no hay ninguna persona conectada con el apellido Leonadis que no sepa que era de mi madre, del padre de ella y del abuelo. Incluso me pusieron el nombre de Leonadis en anticipación al día en que yo asumiría el mando! Desde luego no permitiré que nadie me quite lo que por derecho es mío.

—De modo que sacrificaste mis derechos por los tuyos —asintió con amargura, al comprender—. ¡Qué honorable! —agregó con furia.

El se encogió, pero no trató de defenderse de ese ataque.

¡Hice lo que debía hacer! —insistió—. Oíste a mi padre esta noche —continuó severo—. Su salud está deteriorándose. Desde hace meses sabe que ya no tiene capacidad para dirigir una compañía de la magnitud de la nuestra. También oíste que dijo que le fue difícil aceptar esa realidad. ¡Conforme él siente que se debilita, necesita ver que yo me fortalezca! Lo resiente, por supuesto. ¡Y en el último intento de demostrar su poder sobre mí, soy la única persona que puede remplazarlo —repuso, con orgullo y enfado—... recordó un antiguo agravio, con el cual daría su último golpe, al casarme con Melva Markopoulou para unir a las dos familias más poderosas en esta isla! Quería retirarse con fanfarrias. ¡Pero como siempre-trata de amedrentarme, me rehusé a darle gusto! Por eso redactó ese estúpido documento para amenazarme con él. ¡Fue sólo una farsa! —Murmuró y encogió los hombros—. Sólo una farsa. ¡Todo el tiempo se dedica a estos juegos conmigo! — de pronto, ella recordó el artículo en un diario, donde decían que el padre había atado las manos de León en cuanto al negocio en Nueva York—. Pero termina cansándose del juego, recobra la cordura y cede —volvió a encogerse de hombros—. No es nada tonto y sabe que la compañía me necesita. Sabe que soy su fuerza y su futuro. Y de haberlo dejado actuar a su manera, habría terminado retirando la amenaza, si Athia no se hubiera enterado —apretó la boca—. De pronto, Niko anuncia que va a casarse y el documento se hace del dominio público, de manera misteriosa. Eso significa que mi padre no puede retractarse sin parecer un tonto. Entonces vuelve a suplicarme. "Cásate con Melva, cásate con cualquier mujer y ten un hijo antes que Niko se te adelante".

—De modo que fui el chivo expiatorio para tu padre —concluyó Jemma, muy dolida—. ¡El hecho de que me hayas encontrado encinta fue muy conveniente para ustedes dos! —se burló—, ¡De hecho, fue la solución ideal a su problema!

—Si estuviera tentado a negarlo no me creerías, así que no lo intentaré —la miró impaciente—. Pero insisto en que me creas cuando te digo que aunque la amenaza no pendiera sobre mi cabeza, las consecuencias al enterarme de tu embarazo no habrían cambiado. De todos modos me habría casado contigo, Jemma. Te tengo cariño, siempre te lo he tenido. —Por supuesto —se mofó—. ¡Me tuviste el cariño suficiente como para subirme a este yate y supervisar personalmente, durante dos semanas, mi recuperación, para que mi aspecto no fuera tan patético cuando hicieras tu jugada esta noche!

El suspiró, porque comprendió la amargura de Jemma. —No es cierto, Jemma. Y te darás cuenta de ello cuando te calmes un poco.

—Lo único que sé, es que todo lo que has hecho desde que regresaste a mi vida ha sido un largo engaño. Todo —repitió, con lágrimas de humillación y dolor en los ojos. Recordó la belleza del día anterior—. Te aprovechaste de mí —suspiró, temblando.

—Sí —repuso—. Lamento que eso te duela, pero así es. Me aproveché de ti.

Y dolía, dolía tanto que Jemma le dio la espalda para que no viera las lágrimas que le quemaban los ojos. Pero al volverse vio, cintilando a través de las lágrimas, el collar y de manera violenta se lo arrojó con desprecio al pecho.

—Toma —indicó—, al ver que por instinto León lo atrapaba—. Una limpieza de tu utilería que te devuelvo. ¡Temo que deberás esperar unos meses más para la otra, la más importante que coronará tu victoria!

— ¡Maldición, Jemma! —explotó, y dio unos pasos hacia ella—. Exageras la situación, al grado…

— ¡No te atrevas a tocarme! —masculló, y giró para no ver la mirada dolida y suplicante de León.

Frustrado, murmuró algo, ella entiesó la columna y él dio otro paso hacia ella.

—Déjame sola —espetó, antes de presionar un puño contra su boca.

Hubo otra pausa en la que él pareció titubear. Jemma no pudo mirarlo. De haberlo hecho, habría visto que la congoja le distorsionaba las facciones y que estaba furioso consigo.

—Está bien, si eso deseas —suspiró con pesadez, y salió callado del camarote.

En ese momento, las lágrimas candentes fluyeron. Ella las dejó salir para que bañaran su dolor, furia y desilusión.

Cuando el llanto por fin se calmó, se metió en la cama y concilio el sueño.

A la mañana siguiente se levantó, vistió, sacó el fajo de dracmas, de la gaveta donde las había guardado, y salió para bajarse del yate. No se detuvo para decirle a alguien adonde iba, ni siquiera trató de buscar a León. Necesitaba tiempo, tiempo para volver a ser la misma de antes y no seguir siendo la mujer en la que la había convertido él. Caminó al muelle y salió de las rejas de seguridad del sitio privado del yate, siguió caminando y dio vuelta en la primera calle que la alejaría de ahí. Deseaba alejarse del yate sin saber que León estaba en pie, junto a la barandilla, observándola, sin saber que él le había dado instrucciones a un hombre de su tripulación para que de inmediato la siguiera.

Finalmente llegó a lo que sólo podía ser la plaza del pueblo, una plaza grande, flanqueada por tiendas adornadas para los turistas y por cafés.

Eligió un café cualquiera y ordenó zumo de naranja y una botella de agua fría, luego se sentó para dejar pasar al mundo, mientras su mente permanecía en blanco.

Fue placentero ser sólo una turista cualquiera, disfrutando un desayuno sencillo, en un café sin pretensiones. Y despacio, lo que la había impulsado a alejarse, comenzó a desaparecer hasta que sintió un poco de paz interna. - -

Después, se pasó toda la mañana caminando por el pueblo, observando sus calles atestadas, y disfrutando el paseo de una manera superficial. Los habitantes fueron amistosos, cálidos y amables, luego de notar su embarazo. Se molestaban para encontrarle una silla en las tiendas y le preguntaban por su salud y la de la criatura. Era gente agradable. Gente genuina que la hicieron desear llorar porque le recordaban al hombre con quien se había casado, o al hombre con quien, pensó, se había casado.

Con tristeza decidió olvidar eso. No quería pensar en León porque no podría tolerarlo. Se recordó que él no le había mentido. Se limitó a ser económico, de manera astuta, con la verdad.

Y aunque aceptara todo eso, decir que él tuvo sus motivos para casarse con ella, no era lo que más la irritaba, era la manera en que la había traicionado al preguntar por el sexo de su hijo.

Las lágrimas volvieron a brotar y le quemaron el fondo de los ojos. Se burló de sí, al recordar que había pensado que él quizá la amaba.

¡Qué tonta fue!

"Juega con él y estarás jugando en la Liga Mayor", le había advertido alguien una vez. Pues bien, ella había jugado y terminó consumida, no una vez sino dos veces.

¿Podría seguir viviendo con un hombre como ese? ¿Deseaba hacerlo?

En ese momento lo comprendió, y se detuvo en seco, con el cerebro ardiendo a causa de una combinación de horror y excitación, por la idea que de pronto se le había ocurrido.

Era un lugar diminuto y en las ventanas habían canelones que anunciaban los servicios que prestaban. Pero fue el logotipo de una de las compañías aéreas de Inglaterra la que captó su atención.

Como no traía sombrero se protegió los ojos del sol con una mano. Los dedos le temblaban. No estaba sorprendida. La idea era tan increíble, que casi no podía creer que la tomaba en cuenta.

Sin embargo, era muy tentadora, al grado de que sus pies la

dirigieron a la tienda...

Acalorada, cansada y lista para darse una ducha y luego descansar, Jemma regresó al yate con la esperanza de que León no estuviera a la vista y la desviara de sus propósitos. Dos tripulantes la vieron subir a bordo, pero fuera de eso pudo llegar a su camarote, donde la frescura del aire acondicionado fue un alivio, en comparación con el calor sofocante de afuera.

Se acercó al tocador y se sentó sobre el taburete. Se aferraba a un sobre y lo observaba, atontada.

Ese era su medio de escapar. Su corazón se le agitó y suspiró con pesadez.

El precio que le habían dado fue en dracmas, y antes de sacar el fajo de billetes y comenzar a contarlos, pensó que no tendría suficiente. Se había equivocado. Según León, lo que sólo eran unas cuantas libras esterlinas resultaron ser unos cientos. Suficiente, más que suficiente para comprar un boleto que la llevaría de regreso a Inglaterra.

Todo fue tan fácil, que creyó que la suerte la había dirigido a la tienda.

Sábado, dos días después. El sobre contenía el boleto hacia su libertad. Dentro de dos días estaría volando a casa y alejándose de León. No sabía qué haría al llegar, con qué medios viviría ni dónde se alojaría, pero de pronto supo que era lo correcto. Lo único que podía hacer. No debía quedarse al lado de un ser que se aprovechaba de ella sin piedad. Era muy doloroso.

Un llamado a la puerta la hizo enderezarse. Giró sobre sus talones, con el rostro pálido y el corazón palpitando con tanta rapidez, que le causó un mareo.

León. Debía ser él. Sólo él se atrevía a llamar de esa manera.

—Jemma —no preguntó, fue una orden en voz tranquila. Era él y Jemma, presa del pánico, abrió la gaveta del tocador y metió el sobre y el dinero que le quedaba, antes de volverse para fijar la mirada en la puerta.

— ¡Jemma! —repitió en voz más fuerte, y el llamado fue impaciente. Ella se dominó, fingió calma en sus facciones y fue a abrir.

"Parece el mismo de siempre", se dijo ella, con amargura. "Quizá un poco cansado, pero ningún indicio de culpabilidad le estropea el bello rostro". "No hay señales de remordimientos". Lo miró con frialdad, y odió el dolor que sintió dentro del cuerpo. El cerró la puerta y la siguió.

— ¿Dónde estuviste? —preguntó, calmado.

—Salí —tronó, y se movió para cerrar la gaveta que había dejado

abierta—. ¿Por qué? —lo retó, con los dedos en la madera de cedro, antes de volverse hacia él—, ¿Es un problema para ti?

El tenía la mirada fija en las manos de ella, y el corazón femenino palpitó, agitado. ¿Sabía lo que ella había hecho? ¿Pudo averiguarlo de alguna manera?' "

—No —contestó—. Pero hubiera sido más... bondadoso que le hubieras dicho a alguien lo que pensabas hacer.

— ¿Tal como lo haces tú? —levantó la barbilla, al hablar con toda claridad.

—El médico dijo que debes descansar —ignoró la pregunta de ella —. Sin embargo, estuviste fuera varias horas. ¿No se te ocurrió que podría preocuparme?

— ¿Por quién, por mí o por el niño? —lo incitó.

—Por los dos —declaró y con un poco de impaciencia, agregó—: Escucha, no vine acá para discutir contigo, Jemma. No soy tonto; soy consciente de que en este momento me consideras despreciable. Pero a pesar de lo que prefieras pensar o creer, tu salud me preocupa. Debo asistir a una reunión esta tarde, pero preferiría irme tranquilo, ya que tu deseo por castigarme podría hacerte cometer tonterías y agotarte.

—Ve a tu reunión —encogió los hombros—. A pesar de lo que parece que piensas, también me importa la salud dei niño. Por hoy, ya no bajaré del yate.

—Muy bien —murmuró—. Y gracias. Tu declaración me tranquiliza.

— ¿Confías en que seré fiel a mi palabra? —se sorprendió de que él aceptara su respuesta con tanta facilidad.

—Siempre te he tenido confianza, ágape mou— murmuró, sin dejar de mirarla—. Recuerda que el mentiroso soy yo y no tú — sonriendo a manera de auto burla, salió del camarote y la dejó para que lidiara con el repentino sentimiento de culpabilidad que la atacó. El le tenía confianza. Pero ella ya planeaba romper esa confianza.

Capítulo 12

JEMMA le dio gracias al cielo, porque ese día no volvió a ver a León, pero la cena le pareció interminable, ya que un camarero de chaqueta blanca le sirvió un apetecible platillo, después de otro, en un esfuerzo de abrirle el apetito que había perdido.

Almorzó poco, no pudo dormir como acostumbraba, unas horas por la tarde, y terminó paseándose inquieta por el yate sin saber qué hacer.

"Lo extrañas", declaró una vocecita dentro de su cabeza. "Y si lo extrañas ahora, estando irritada a causa de su engaño, ¿cómo te sentirás, entonces, cuando el dolor desaparezca y estés de regreso en

Inglaterra, totalmente libre de él?"

A eso de las diez, la vocecita le dijo que el dolor nunca desaparecería. León aún no llegaba y Jemma se acostó, agotada por la tensión de sus emociones lastimadas. "No es-posible que baste con que nuestro hijo se mueva dentro de mí, para que yo recuerde cómo se aprovechó de nosotros con tanta crueldad".

"Nuestro hijo". Cada vez que se permitía pensar esas palabras, los ojos se le anegaban de lágrimas por la cruel traición. No sería una hija con ojos azules y la boca suave de su madre. Ninguna niña dulce con cabello dorado ó con el moreno y erótico físico de su padre. Sería un hijo, con los ojos profundos y oscuros de León y el mismo encanto para cautivar a cualquiera que tuviera contacto con ellos. Un niño de complexión fuerte y mente independiente. ¿Heredará alguno de los genes más suaves de la madre? ¿O será todo kefallíneo, todo León Stephanades, grande, fuerte y despiadado?

Jemma se estremeció porque se sintió mal sin saber por qué. En realidad no le importaba si su criatura fuera niño o niña, siempre y cuando naciera bien y sano. Pero...

"Violación", se dijo. "Parece una violación". Como si alguien le hubiera robado tranquilamente la parte más preciada de su maternidad.

Eso era lo que más la lastimaba, y por lo cual había decidido irse. El le había quitado algo y nunca se lo devolvería. Algo que sí le importaba, al grado de que no podía perdonarlo.

De pronto concilio el sueño, como cuando se apaga la luz con un interruptor. Fue como si su cerebro hubiera decidido alejarla de la tensión de los dos últimos días.

Durmió largo y tendido y despertó por la mañana con jaqueca, y sintiéndose perezosa. Recordó que tenía cita con el médico esa mañana, y se obligó a levantarse para ir al baño, donde hizo una mueca al ver la imagen de su pálido y apático rostro. Las últimas veinticuatro horas habían borrado efectivamente la convalecencia de dos semanas.

Eso sólo ayudó a que confirmara una cosa: León era su debilidad, no su salud.

Se tomó su tiempo en la ducha, al permitir que el agua tibiase deslizara por su cabello, y cuerpo, con la esperanza de que ese rocío refrescante le quitara la jaqueca.

Al regresar a su camarote, apenas quince minutos después, envuelta en una toalla y con el cabello mojado, notó algo respecto al movimiento del yate. Frunció el entrecejo y se acercó a la ventana para ver qué pasaba.

Nada. Su cuerpo se sacudió por la conmoción. Debería estar viendo al otro lado de la bahía Argostólion, las verdes colinas brumosas arriba de Lixoúrion. Frente a ella no había más que una extensión cintilante de agua.

—No —murmuró, y comenzó a temblar—. ¡No! —no era posible que hubieran navegado durante la noche, habría oído los motores. ¡El movimiento la habría despertado! ¡Tenía cita con el médico! ¡León no pudo haber emprendido el viaje!

Se volvió y corrió al guardarropa, donde tomó lo primero que tocó, una holgada camisa blanca, y una diminuta braga antes de salir de prisa.

Corrió por la escalera hasta la cubierta, y se detuvo mientras sus ojos escudriñaban el horizonte, en busca de un punto de tierra. No vio ninguno. Se volvió con el corazón acelerado, y regresó adentro, donde se detuvo frente a la puerta abierta del salón principal.

León estaba ahí, sentado en uno de los elegantes sofás, inclinado hacia adelante para poder descansar los codos sobre sus rodillas extendidas.

— ¿Dónde estamos? —preguntó sin aliento.

—En ninguna parte —respondió, luego de levantar la cabeza. Sus ojos estaban sombreados y de inmediato los bajó de nuevo hacia sus propias manos—. En cualquier sitio —encogió los hombros, como si el asunto no le importara.

En ese momento, ella vio todo extendido sobre una mesita, al lado de él. El corazón le dio un tumbo por los objetos que veía. Su pasaporte; su billetera con poco dinero inglés. El fajo delgado de dracmas y lo más comprometedor: el boleto que la alejaría de León.

-¡Registraste mi gaveta! —lo acusó en voz ronca.

—No pude permitir que lo hicieras, Jemma. Por más que me odies, en estos momentos me necesitas. No pude permitir que lo hicieras —repitió.

Las piernas de Jemma flaquearon, y tuvo que acercarse a la silla más cercana para desplomarse en ella.

— ¿Cómo lo averiguaste?

—Ayer pedí a un hombre que te siguiera, pero él no pudo entrar a la agencia de viajes para preguntar qué vuelo habías elegido. Habría sido muy notorio —hizo una mueca—. El nombre Stephanades es bien conocido en esta isla —explicó—. Habrías causado todo un chisme si hubieran llegado a enterarse de que mi esposa trataba de huir de mí.

—De modo que esperaste hasta que estuviera dormida para hurgar entre mis pertenencias y obtener información —murmuró, y su desprecio por la más reciente invasión a su vida privada fue evidente.

— ¿Y qué fue lo que descubrí? —Preguntó burlón, encogiendo los hombros—. Descubrí que tengo una paciencia infinita, porque esperé a que estuvieras dormida para tratar de averiguar que planeabas. Pero fue una pérdida de tiempo, porque no compraste el boleto con el nombre Stephanades, ¿verdad? No necesitaste hacerlo, puesto que tu apellido de soltera aparece en tu pasaporte. Deberías aprender a aceptar quién eres ahora, ágape mou— agregó con cinismo—. En este caso habría bastado que mencionaras quién eres ahora, para que te pusieran en el primer vuelo que sale de la isla, en vez de esperar dos días completos.

— ¡Pero es un apellido con el cual no quiero que me asocien! —replicó, con amargura.

—Es demasiado tarde. Ya es tuyo y lo será durante el resto de tu vida.

—No si decido lo contrario —brincó para ponerse en pie, porque la perturbó la mirada mortal en los ojos de León—. Sabes que existe el divorcio.

—No conmigo —declaró.

— ¡Más bien, quieres decir no antes de que haya nacido tu hijo! —con movimientos levemente convulsivos, fue al frigorífico para sacar una botella con agua fría—. ¡Recuerda que ese es el único motivo por el que estoy bien!

—No es cierto.

—Lo es —declaró, y se volvió moviendo los dedos con irritación, porque no podía abrir la botella—. ¡Fue cierto desde el momento en que le pediste al médico en Londres que te dijera que sexo tiene nuestro hijo! ¡Maldición! —gimió, acongojada—. ¡No puedo hacerlo!

Las lágrimas de enfado y frustración le velaron la vista, y extendió el brazo para darle la botella a León. El se puso de pie y con facilidad giró la tapa, antes de verter el agua en un vaso, que luego le dio.

—No le pregunté al médico, nada respecto a la criatura, sólo lo relacionado a tu salud —comento, en tanto ella bebía el agua.

— ¿De qué otra manera sabrías el sexo de nuestra criatura? —se burló de él.

—No lo sé —murmuró—. Mentí.

— ¿Qué? —preguntó quieta, incrédula y boquiabierta.

—Mentí —repitió y le quitó el vaso vacío para dejarlo sobre un mueble—. Necesitaba dejar a Anthia y a Nico sin ninguna base que sostuviera sus pretensiones, de modo... —encogió los hombros—... de modo que mentí al decir que sabía que tendríamos un varón. Pero cuando vi el efecto que te causó esa mentira, comprendí lo cruel que fui al valerme de ella.

—No te creo —murmuró, y comenzó a temblar.

—Eso pensé —sonrió con tristeza—. Por lo mismo no traté de decírtelo antes. No esperaba que me creyeras después de la manera en que me aproveché de ti.

Jemma le observó el rostro en busca de la verdad, pero movió la cabeza.

—Mientes ahora, no entonces —se abrazó el cuerpo, como si necesitara que la protegieran—. No te habrías atrevido a decirlo, sin estar seguro de saber la verdad, ya que hay cincuenta por ciento de probabilidades de que tenga una hija y eso te dejaría en el aire, sin ningún fundamento, y en ridículo. Sin compañía, ni nada.

El tuvo las agallas de reír, antes de mover la cabeza con tristeza.

—Te equivocas —declaró—. En lo personal no me importa qué sexo tenga nuestra criatura, siempre y cuando sea sana. Verás, la Corporación Leonadis ya es mía. Mi padre me la legó oficialmente y firmó los documentos ayer... debo agregar que lo hizo aliviado, porque logré sacarlo de una situación molesta sin que él pareciera un tonto. Imaginar que Nico lo remplazaría le causó pesadillas. Pero éste también es su hijo. No quiso lastimar su orgullo al verse obligado a decirle que no es apto para ese puesto.

— ¡De modo que sacrificaste mis sentimientos!

—No tengo excusa para eso —aceptó.

— ¡Me lastimaste!

—Sí —también lo aceptó.

— ¡Premeditaste aprovecharte de mí!

—Sí —asintió—. ¿Me perdonas, por favor?

— ¿Cómo puedo hacerlo? —gimió—. Si la criatura es varón nunca sabré si me dijiste la verdad —sus ojos azules se anegaron de lágrimas —. ¡Nunca podré volver a confiar en ti, León!

El suspiró y quiso tocarla, pero ella se quitó sus manos de encima.

—No, no me toques —protestó.

Ella se debilitaba cuando la tocaba. ¿No fue siempre débil a su lado?

—Al menos escúchame —suplicó—. Por favor, Jemma —insistió, al ver que ella se disponía a volverse—. Escucha, sólo escucha. Y cuando haya terminado, si todavía quieres abandonarme, yo haré los arreglos —a pesar de su congoja, Jemma notó el titubeó en la voz de él y lo comprendió. Levantó los ojos para mirarlo.

— ¿Otra mentira más, León? —lo retó.

—No —negó e hizo una mueca—. Quizá —aceptó—. No quiero dejar que te vayas, y como soy un puerco egoísta, no estoy seguro de que pueda hacerlo —en su frustración, se pasó los dedos por el

cabello. Estaba pálido y Jemma notó que la tensión de las noches en vela le marcaban las facciones.

El corazón se le estrujó, por ella o por él, no estaba segura, pero quiso llorar. Temblorosa, se cubrió los ojos con una mano.

— ¡Me sienta muy feliz! —balbuceó.

—Ven a sentarte —habló con aspereza, y con una mano temblorosa le ciñó un brazo. Jemma permitió que la condujera a uno de los sofás. El ocupó una silla y se sentó frente a ella, se inclinó para apoyar los, antebrazos en las rodillas, en tanto esperaba que ella se dominara.

—Jemma —murmuró—. Te amo.

— ¡No conoces el significado de la palabra! —se entiesó a manera de rechazo, pero su corazón mariposeó de alegría.

—Pensé que no era así. Hasta que te conocí, pensé que nunca querría amar—sonrió con ironía, pero el gesto desapareció al verle los ojos llorosos—. Pero te extrañé cuando estuve en Nueva York —agregó, quedo—. Me pareció que nada merecía mis esfuerzos si no podía regresar a tu lado.

—Me pareció que te iba bien —comentó, al recordar el artículo en el diario, donde lo alabaron.

—Fue porque casi nunca regresaba a casa. Fui audaz en mis decisiones y esas debieron ser mi perdición.

—Tuviste suerte de que el tiro no te saliera por la culata —se burló.

—Cierto —premeditó ignorar el desdén de Jemma—. Luego el asunto de Nico explotó, y mi padre, angustiado, me habló por teléfono porque Nico anunció su intención de casarse. El se arrepintió de haber redactado el estúpido documento para hacerme entrar en razón, porque el asunto se le salía de las manos. Anthia se enteró y aunque la ama, también sabe que su avaricia no tiene limites. Ella deseaba cualquier cosa que fue de mi madre. No sólo por codicia —aceptó—. Ella fue el primer amor de mi padre, su único amor. Pero él la cambió por dinero y si ella lo perdonó, nunca nos perdonó a mi madre y a mí.

Hizo otra mueca, y Jemma, dolorida, se preguntó qué tipo de niñez debió tener León, al lado de una madrastra que resentía verlo.

—Como papá era consciente de esa situación, siempre tuvo cuidado de no darle la menor esperanza en cuanto a que Nico heredaría algo que perteneció a la familia Leonadis. Hay otras cosas, otros negocios que son independientes de la corporación principal. Negocios que mi padre inició y agrandó por mérito propio. Esos serán de Nico. El lo sabe y yo también. Hasta hace poco, Nico estaba contento con lo que sabía sería suyo. Pero no fue así con Anthia. La

oportunidad se le apareció, y ella la tomó con las manos al casar a Nico deprisa y divulgar el contenido de ese documento.

Durante un momento, la frustración y el enfado le engrosaron la voz.

—Mi padre se enfrentaba ante la posibilidad de deber retractarse anulando el documento. ¡No pude permitir que lo hiciera! —murmuró—. Es viejo y está enfermo, y aunque no siempre concordamos, lo amo y estoy orgulloso de todo lo que logró en la vida. No podía permitir que terminara derrotado —respiró profundo y soltó el aire—. "Cásate con Melva", me rogó. "Cásate con cualquier mujer, pero líbrame de este lío". Me di cuenta de que yo sólo deseaba casarme con una y esa eras tú. Sólo tú.

La miraba y deseó que ella levantara la vista, cosa que no hizo porque mantuvo baja la cabeza, mientras se observaba las nerviosas manos.

—Regresé a Londres para verte —suspiró con pesadez—. Quise explicártelo todo y pedirte ayuda, ser tan franco como fuera posible. Pero sabes cómo te encontré, Jemma —declaró—. ¡Embarazada con un hijo mío! Debilitada por los vómitos y luchando por sobrevivir. Mis prioridades cambiaron. O quizá sólo fueron excusas. No lo sé —encogió los hombros—. Pero desde el momento en que volví a verte me preocupaste. Tu salud, felicidad y bienestar. "Al diablo con mi padre", me dije. "Qué pase un tiempo"; "Jemma me necesita". Y fue agradable saber que me necesitabas —anunció, ronco—. Decidí olvidar todo lo demás porque me agradó mucho compensarnos por los meses terribles que pasé en Nueva York, extrañándote. No dejaba de repetirme que te lo explicaría al día siguiente. Pero esa mañana nunca llegó porque éramos felices, y no quise estropear esa felicidad con lo que realmente se había convertido en una parte insignificante de los motivos por los que me casé contigo. ¡De pronto ya no tuve más mañanas! —tronó, enfadado—. Y me dio de lleno cuando mi padre subió al yate. Pensé que ya era tarde, porque lo que yo dijera te lastimaría, ya que parecería un odioso plan premeditado.

Su cubrió los ojos, que habían mostrado una sinceridad quemante durante toda la explicación.

—Jemma —rogó—. Debes creerme cuando te digo que nunca quise lastimarte. Pero llegó un momento en que no podía salir del enredo sin hacerlo. Aunque, si me lo permites, haré todo lo posible por compensarte.

El no lo sabía, pero ya lo había hecho. Sin embargo...

Confusa por las diferentes emociones que la dominaban, se puso en pie para ver a través de la ventana.

—Mentí, Jemma, en cuanto a saber el sexo de nuestra criatura —repuso, quedo—. Mi padre sabe que mentí. Se lo dije antes de que firmara el documento del traspaso.

— ¿No le molesto que mintieras en público? —preguntó, sorprendida.

—Sólo quiso salvar las apariencias. Si tenemos una hija pondrán en duda mi veracidad, .no la de él.

—Y eso sucederá si es niña —recalcó.

—De hecho, me dijiste que existe un cincuenta por ciento de que eso ocurra —sonrió—. Pero, creo que es justo advertirte que han pasado cinco generaciones en que no nace una niña en la familia y eso aumenta las posibilidades.

—A tu favor.

—Lo cual no me ayuda a convencerte de que te mentí, ¿o sí?

—No me convences —aceptó Jemma, al volverse para fijar la vista en el mar Jónico, que cintilaba a la luz temprana de sol. No estaba segura, excepto, quizá, porque deseaba creerle, necesitaba hacerlo si quería perdonarlo y olvidar todo para poder llevar una relación franca a partir de ese momento. Pero...

"Pero, ¿qué?", se preguntó acongojada. "¿Por qué estás tan irritada? ¿Por una mentira que León ya te aclaró y que ya no puede lastimarte? ¿O es por el hecho de que le tuviste tanta confianza que no pudiste tolerar que te defraudara?".

"¿Qué cambió? ¿Qué cambió realmente durante las últimas veinticuatro horas, además de que hayas sido testigo de una faceta más osada en su personalidad y que te hizo comprender que hará cualquier cosa por vencer?".

"¿Qué más puedo esperar de un hombre como León? El es fuerte, tan fuerte que incluso su padre se apoya en él. ¡Tú te apoyas en él! Casi no existes cuando no está cerca de ti! Quedó demostrado anoche cuando estabas sentada en el yate, anhelándolo, a pesar de creer que lo odiabas".

Al volverse para mirarlo, su corazón se estrujó de manera dolorosa porque él tenía los hombros caídos y la cabeza inclinada, observándose las manos. Tenía un aspecto muy vulnerable, solo y aislado. Comprendió que quizá los hombres fuertes debían ser así para no perder ese aire de fuerza.

Verlo así lastimaba algo muy preciado dentro de ella. No era el hombre que había llegado a conocer tan bien, ese hombre cálido y tierno con quien estuvo a solas. El hombre que dijo amarla.

"¿Me atreveré a creerle? ¿Me atreveré a correr el último riesgo para confiar en ese amor?", pensó.

Pasó saliva y su corazón comenzó a latir por la necesidad y el temor, y muchas otras emociones que no quiso analizar. Con cautela, permitió que sus defensas se derrumbaran.

— ¿León? —vio que él levantaba la cabeza con expresión cautelosa. Se humedeció los resecos labios antes de preguntar—: ¿Si te digo que te amo, me romperás el corazón?

El cerró los párpados y ella no supo el motivo, pero sintió que la fuerza en ellos la dominaba. De pronto, él se puso en pie para acercársele.

—Dicen que la belleza es sólo superficial —contestó, ronco al extenderle los brazos—. Pero en ti brilla en cada célula. Gracias. Y no, nunca romperé tu bello corazón —declaró—. ¿Cómo podría hacerlo, puesto que me es muy preciado?

—Entonces, abrázame —rogó—. Necesito sentir que me abrazas.

El cuerpo masculino se convirtió en la roca a la cual ella se aferró. Ella también le rodeó el cuerpo con sus brazos, y extendió los dedos en los músculos de los hombros. Suspirando, temblorosa, le ofreció la boca para que la besara. El la aceptó con pasión y la incitó a una vibrante vida como ningún hombre lo había hecho.

Ahí estaba el motivo por el cual ella se encontraban su lado, aceptó, dentro de la calidez profunda del abrazo. Ese hombre, ese contacto. Su catalizador. No podía negarle nada.

—-Me asusta lo que me haces —indicó sin aliento, cuando él por fin aflojó-la presión pasional—. ¡No puedo resistirme a ti porque desgarras mis sentidos!

— ¿Crees que es diferente para mí? ¡Toca! —ordenó—. Tiemblo —se presionó a Jemma y ella sintió los estremecimientos que lo sacudían, en tanto él deslizaba las manos debajo de la camisa de ella para acariciarle el vientre, antes de moldearle los senos—. Te amo, Jemma —declaró—. Te ruego que no dudes de mi amor, aunque tengas otras dudas respecto a mí.

Ella levantó la mirada y sus ojos buscaron una pista, cualquier pista insignificante que la hiciera dudar de la sinceridad de él. Pero sólo vio al hombre que había llegado a admirar y a respetar por tener una personalidad fuerte y poderosa. El hombre a quien había llegado a amar con locura y del cual dependía tanto que no podría vivir sin él. Aquel que siempre conoció, sin importar los escollos que encontraran, y que la amaba. El cariño se había convertido en amor. Un amor que ella no podía ignorar, sobre todo porque lo veía cintilar en los ojos de León.

—Te creo —habló por fin. Finalmente se había atrevido a creerle.

— ¿Me perdonarás? —Preguntó León—, ¿Podrás perdonarme?

—Sí —sonrió, con un dejo de tristeza—. Puedo perdonarte cualquier cosa cuando me abrazas así —confesó.

—Entonces, tengo una idea mejor —observó—. La cama —se inclinó para levantarla en brazos—. Allá podré abrazarte con más fuerza y durante más tiempo para que tu perdón sea más profundo.

— ¿Qué pasará con la cita que tenía con el médico? —protestó, cuando él comenzó a caminar hacia la puerta.

— ¡Al diablo con él! —gruñó—. En este momento te necesito más que tú a él.

—Pero...

La besó y le cubrió la boca para evitar cualquier protesta. Cuando ella volvió a tomar aire, él la acostó sobre la cama de ella.

León se alejó para cerrar con llave la puerta del camarote. Al regresar, ella sonreía con tristeza.

— ¿Quién tiene la llave maestra? —preguntó Jemma.

—Yo, por supuesto —sonrió y se acostó a su lado.

Hecho extraño, la fiebre de la pasión había desaparecido y ya no pudieron ocultarse detrás de la llama candente. El silencio los envolvió. De pronto, pareció que León estaba concentrado en alisar el cabello femenino sobre la cama. Ella halló un interés parecido al peinarle el vello en el pecho.

— ¿En dónde te gustaría vivir? —preguntó él, de pronto—. ¿Londres? ¿Atenas? ¿Nueva York?

—Elige tú —contestó, mirándolo por debajo de sus pestañas—. No tengo ninguna preferencia, siempre y cuando estemos juntos.

—Lo mismo siento yo —aceptó, y le besó una mejilla—. Pero debemos tener una base en algún sitio, por lo menos hasta que nazca el niño. Después, los dos viajarán conmigo —declaró—. No quiero volver a separarme y pasar una eternidad solo, como la que pasé en Nueva York.

—Yo también te extrañé —Jemma se mordió el labio inferior—. No dejé de desear llamarte para decirte lo sola y asustada que estaba, pero... —suspiró porque no pudo explicárselo.

—Pero no lo hiciste porque creías que no me importabas —terminó por ella.

—No —negó con la cabeza—. Sabía que me tenías cariño, León. Nunca tuve dudas al respecto. Pero eso no bastaba, sobre todo porque esperaba un hijo y tú te oponías al matrimonio. No habría sido justa contigo, ¿o sí?

— ¿Fue justo para ti lidiar sola?

—El asunto entre Cassie y Josh me obsesionaba —encogió los

hombros—. No imaginé que podrías reaccionar de otra manera.

— ¿Premeditaste quedar embarazada? —preguntó él.

— ¡No! —lo miró furiosa—. ¿Cómo crees que podría hacer tal cosa?

—No lo creí. Sólo te hice la pregunta y me la contestaste —encogió los hombros, dando a entender que daba por terminado el asunto.

— ¿Me crees… sin ninguna duda? —preguntó, enternecida.

León fijó los ojos, en los de ella.

— ¿No lo sabes? —se burló amable—. Te creería aunque me dijeras que el mundo es cuadrado. Eres la persona más franca que conozco, ágape mou.

— ¡Ah! —por algún tonto motivo, sintió el escozor de las lágrimas.

—No llores —suspiró, y al abrazarla curvó su cuerpo al de ella, a manera de protección—. ¡Dios, no sabes lo que siento al verte infeliz! Por supuesto que sé que no premeditaste atraparme —la amonestó—. Yo también sé sumar y restar. Y no me hubiera molestado que lo hubieras premeditado. Mi vida no sería completa sin ti, querida —murmuró, y se inclinó tanto, que ella pudo ver la sinceridad que ardía en los ojos de su amado—. Lo comprendí en Nueva York —la besó con ternura—. Aquí soy completo —volvió a besarla—. Contigo, en cualquier sitio, pero a tu lado. Eres… eres, eres tú.